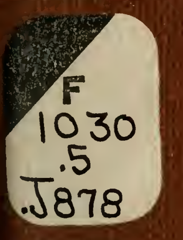

F
1030
.5
.J878


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

DIARIO HISTORICO

DEL ULTIMO VIAJE

QUE HIZO M. DE LA SALE

PARA

DESCUBRIR EL DESEMBOCADERO

Y

CURSO DEL MISSICIPI.

CONTIENE LA HISTORIA TRÁGICA DE SU MUERTE Y MUCHAS COSAS CURIOSAS DEL NUEVO MUNDO.

ESCRITO EN IDIOMA FRANCES
POR M. T. JOUTEL,

UNO DE LOS COMPAÑEROS DE M. LA SALE EN EL VIAJE.

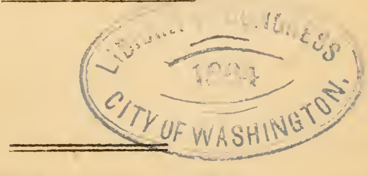
TRADUCIDO AL ESPAÑOL

POR EL

CORONEL JOSE MARIA TORNEL,

MINISTRO DE MEJICO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Et voluisse sat est.



IMPRESO EN NUEVA YORK

POR JOSÉ DESNOUES,

AÑO DE 1831.

SEÑOR JENERAL MANUEL DE MIER Y TERAN.

Wáshington Junio 5 de 1831.

Muy estimado amigo y Señor mio.

Los descubrimientos que se hiciéron en América en los siglos quince y diez y seis, no son objeto de mera curiosidad ó entretenimiento; envuelven cuestiones intrincadas de política, y no pudieran discutirse y arreglarse los derechos de las naciones, sin tenerlos presentes. Parecian olvidados ya, cuando la emancipacion del nuevo mundo despertó el deséo de investigar unos sucesos que fijáron la época acaso mas notable del género humano: en ella, al ménos, se presentó la naturaleza mas rica que lo habia sido jamas, como lo podrá facilmente conocer el que compare á Plinio con el Conde de Buffon.

El espíritu de analísis y de crítica tan dominante en nuestros dias, se empeña en someter al dominio de la historia los desaliñados anales del tiempo, escritos en gran parte por los actores en tan ruidosas é importantes escenas. Aquellas cosas y aquellos hombres pertenecen ya á la posteridad, y el escritor que los califica, no puede temer que las pasiones ó los intereses obstruyan el camino de la verdad.

El primero que ha penetrado el genio de su edad, ha sido Wáshington Irving, uno de los ciudadanos de estos Estados, que mas se ha distinguido por la extension de sus luces y por sus infatigables taréas literarias. La vida que publicó de Cristóval Colon es una aureola de gloria sobre el sepulcro del descubridor del nuevo mundo. El Sr. Irving para dar al acontecimiento toda la luz posible, ha escrito recientemente la vida de los compañeros de Colon, testigos solemnes de una segunda creacion. Seria de desear que trabajando en toda la extension de la escala, le debiésemos la historia

general de los descubrimientos de América, tan abundantes en prodigios como en resultados.

Los españoles, los portugueses y los ingleses no descuidáron el acopio de memorias acerca de sus viages, descubrimientos y conquistas en América. No puede decirse otro tanto de los franceses ; es ciertamente extraño que esa nacion curiosa é investigadora por carácter, que en todas épocas no ha perdonado trabajos y fatigas para aumentar el caudal de los conocimientos humanos, se haya manifestado insensible á su propia gloria, y haya dejado envueltas en el polvo de los archivos las relaciones interesantes de sus empresas en el siglo diez y seis. No puede atribuirse á otro principio la ignorancia, la escasez de noticias sobre la colonizacion francesa de una parte de la América Setentrional.

A fines del año pasado me significó V. su deseo de conocer los pormenores de los viages de M. la Sale, que habian dado lugar á pretensiones absurdas, y los que algunos confinaban al pais de las fábulas. Si una investigacion tan importante no hiciera honor á sus motivos patrióticos, lo recomendaria siempre á los ojos de los que saben estimar los trabajos, cuyo objeto es ilustrar una época histórica.

Por resultado de mis diligencias conseguí el diario de aquellos viajes, escrito ciento cuarenta y tres años ha por M. Joutel, compañero de M. de la Sale y el hombre de su confianza. La traduccion de esta obra es la que doy á luz y le dedica mi amistad.

No disimularé á V. que el diario de M. Joutel es fastidioso en sus pormenores, desaliñado en su estilo, monótono en las ideas y hasta en las palabras. Pero en cambio de estos defectos, tan disculpables en un soldado que no era Julio César, se complacerá V. con el natural y sencillo lenguage de la verdad.

Me prometo que la publicacion del diario derramará luz sobre ciertos hechos, obscurecidos por el transcurso del tiempo y por el acreditado empeño de proteger por medio de novelas aspiraciones desarregladas.

M. Joutel, cuyo carácter ingenuo y desapasionado se encuentra pintado en su escrito, nos hace curiosas descripciones

de los habitantes de los paises dilatados que recorrió. Asombra que el autor de la carta dirijida al librero frances, teniendo el diario á la vista, haya podido atreverse á promover dudas sobre la racionalidad y disposiciones naturales de los indígenas.

M. Joutel representa á las naciones que poblaban las orillas del Missicipi, del Missouri y del S. Lorenzo, humanas, hospitalarias y generosas. Aunque su aislamiento absoluto respecto del mundo civilizado los ponia muy atras de los adelantos de la vida social, será preciso confesar que no habian avanzado mas los pueblos de Grecia, ántes de que los Egipcios desembarcasen en las costas de la Argólida. Inacho y Phoronéo les reveláron que era fecunda su tierra, les enseñaron á formar rebaños, á fabricar casas y á abandonar las cuevas y la sociedad de las fieras.

Los indígenas de esta parte de la América conocian, por una extraña coincidencia con la organizacion que hoy tienen los Estados Unidos, los elementos del sistema republicano. Sus gefes eran electivos, duraban en sus funciones determinado tiempo, consultaban con la junta de los ancianos en todos los negocios importantes del Estado; no se hacia la guerra ni acordaba la paz sin su dictámen; las costumbres eran las leyes del pueblo; el trabajo y la vida era comun; premiaban el valor y honraban el sepulcro de los muertos; sus fiestas nos recuerdan las de los primeros Romanos; tambien ellos ofrecian á un ser desconocido las primicias de sus cosechas. Estas noticias no he ido á buscarlas fuera del diario de M. Joutel. ¿ Como es que se califica de imágenes ó remedos de hombre á los indígenas del magestuoso *Missicipi* ?

Ofendiendo á la naturaleza y tambien á su hacedor supremo, se han ventilado cuestiones horrorosas, que en este siglo de filosofía se miran con desprecio é indignacion Enojados, al parecer, algunos hombres tan miserables como Paw, de que su viejo mundo tuviese que ceder á las bellezas del nuevo, degradáron á nuestros indígenas, aumentáron nuestros monstruos, ponderáron la insalubridad de nuestro clima y aun pretendiéron que *nuestro Colibri de plata y oro* era de

la especie del *Pavo Real*, en un estado de singular anonadamiento. ¡ Cuan pequeñas cabezas!

La traduccion del diario me ha sido penosa por su anticuado estilo y por el desórden imponderable, con que se redactó. No me he permitido las licencias que Diderot aconseja á los traductores, y si alguna vez doy á los conceptos un giro diverso, es en obsequio solamente de la claridad. Las traducciones de esta clase de obras conviene que se desvien cuanto ménos sea posible de su original. No debe olvidarse que no soy responsable de las cualidades del escrito, y que este no es una produccion de Florian ó de M. Tomas.

Si mis trabajos llenaren de algun modo la expectacion de V., quedará recompensado y satisfecho su atento amigo y obediente servidor.

JOSE MARIA TORNEL.

ADVERTENCIAS

DEL

IMPRESOR FRANCES.

Habiendo caido en mis manos el manuscrito del diario de M. Joutel, y manifestádolo á personas inteligentes en la materia, lo han juzgado digno de la luz pública, especialmente ahora que es tan general el gusto por los libros de viages. Este debe merecer particular atencion, porque contiene la descripcion del famoso rio Missicipi y de la Louisiana, en que se proyectan tan grandes establecimientos, lo que hace que sea precisamente de la época. Esta relacion es ademas curiosa, extraordinaria é interesante tambien al honor y gloria de la nacion. En ella se publican las tentativas y las expediciones atrevidas de nuestros aventureros franceses, quienes léjos de contentarse como otros con descubrir el exterior y las costas de las tierras desconocidas, se resolviéron à penetrar á expensas de mil riesgos y aun con el de la vida. Dignos son de alabanza, porque les somos deudores del conocimiento de aquella gran parte del mundo, oculta por el espacio de tantos siglos á nuestros antepasados, hasta que la descubrió Cristóval Colon y le dió su nombre Américo Vespucio, quien pasó á ella algun tiempo despues. Una de las personas, á quienes yo supliqué que leyesen este manuscrito, lo ha retocado cuidadosamente segun mis órdenes; y como se ha ocupado largo tiempo en viajar, ha podido juzgarlo y ponerlo en estado de presentarse al público. Siendo la carta que me escribió no solamente instructiva para la inteligencia de este diario, sinó

que tambien puede formar un suplemento curioso, he creido que seria agradable su insercion. Vedla aquí.

"Os devuelvo, Señor, vuestro manuscrito; su lectura me ha renovado el placer de que tanto he gozado en otro tiempo en mis viages; él me ha hecho volver á leer los de otros muchos que han tratado del Canadá, y me he paseado mentalmente por aquellos paises extensos, bárbaros é ignorados con mas facilidad y ménos riesgo que el heroe de esta relacion. Merece sin duda este título de honor, y no he podido, despues de haber leido sus aventuras, dejar de decir con el poeta:

Illi robur et æs triplex
circa pectus erat.

¿Qué energía, qué vigor de cuerpo y espíritu no le fuéron necesarios para proyectar, emprender y sostener un designio tan nuevo, tan audaz y tan escabroso? ¡Un descubrimiento de mas de ochocientas leguas de paises bárbaros, desconocidos, sin caminos trillados, sin poblaciones, ni algunas de las comodidades que facilitan los viages en otras partes! El viage por tierra se hace á pie; el caminante se ve frecuentemente reducido á no tener por zapatos mas que un pedazo de cuero de toro para cubrir sus pies, á cargar su fusil, su equipage y algunas mercancías para permutarlas con los salvages. Por acaso y muy raras veces se pilla un caballo para ayudarse. Si es necesario viajar por el agua, no hay mas que miserables canoas construidas de corteza de los árboles y pieles de buey, y á las que es preciso llevar ó arrastrar frecuentemente por tierra. cuando los saltos ó caidas de agua de los rios impiden hacer uso de ellas. Acostarse en la tierra expuesto á la inclemencia del aire, con peligro de ser devorado por los cocodrilos y las serpientes de cascabel; renunciar al pan, al vino, á la sal y á todas las comodidades de la vida por años enteros; no comer mas que un ruin manjar hecho con la harina de maiz, pescado medio asado ó mal cocido en agua, potages de buey y corzo hechos cecina, esto es, secados al viento y al humo. ¡Y qué dificultad para encontrar signos para darse á entender á tantas naciones diferentes, todas ellas con un idioma peculiar! A esto debe someterse un aventurero, que proyecte hacer descubrimientos en el Canadá; y difícil

seria creerlo, sinó estuvieran acordes en este punto cuantos sobre él han escrito.

Aquel pais sin embargo es hermoso y bueno, al ménos en la parte del sur, de que se habla aquí; allí la temperatura es admirable, el suelo maravilloso para el cultivo y por su fecundidad en granos y frutos de todas clases; en términos que parece que la tierra produce todo por sí misma en abundancia. Las colinas y los bosques abundan en maderas proprias para todo, en árboles fructíferos tanto de los de las tierras frias como de los paises calientes. Se encüentra allí la viña, á la que no falta mas que un poco de cultivo; hay cañas de azúcar, grandes prados, rios navegables y abundantes de pesca. Cierto es que estan infestados por los cocodrilos, prodigiosos lagartos de agua; pero se puede con un poco de precaucion librarse de ellos, así como de las serpientes de cascabel, que son tan venenosas, pero que jamas muerden sino se les ofende. Los toros salvages se encuentran allí á millares, son mas grandes que los nuestros, de buena carne y en lugar de pelo cubiertos de una especie de lana rizada y muy fina. Ciervos, corzos y todas las especies de caza abundan allí y sobre todo las de Indias. . . . Aunque es cierto que se encuentran ponzoñas y venenos, se hallan tambien remedios activos y maravillosos.

Es inútil que busqueis allí ciudades magníficas y ricas, ni edificios soberbios, ni las maravillas de la arquitectura, ni restos ó monumentos antiguos de la vanidad de los grandes. Pero en cambio admiraréis allí la naturaleza en su bella simplicidad, como salió de las manos de su criador, sin haber sido corrompida ó alterada por la ambicion ó por el arte.

¿ Y un pais tan extenso y tan hermoso, está solo destinado para las bestias, las aves y pesces? ¡Portento inconcebible! Existe allí una infinidad de pueblos divididos en naciones que habitan algunas cabañas de cortezas de árbol, ó cubiertas de cañas ó pieles de toro, cuando no estan ocupados en la caza, la pesca ó la guerra; casi desnudos, sin otro lecho que un cuero de buey, sin mas muebles que una caldera, una hacha y algunos platos de corteza. Tomar el alimento, cuando lo tienen, y como las bestias; no tener ningun cuidado, ni apreciar nin-

gun género de riqueza; cantar, bailar, fumar, comer, dormir, cazar, pescar, ser independiente, hacer la guerra, vengarse, cuando llega el caso, de la manera mas cruel que puede: tal es la vida de un salvage. Hácia el sur los hay ménos estúpidos y brutales que los del Norte, pero unos y otros son salvages; no piensan mas que en lo presente, no apetecen sinó lo que se halla sugeto á sus sentidos: son incapaces de comprender nada espiritual; diestros y hábiles en lo que toca á sus intereses, sin algun sentimiento de honor ni de humanidad, horrorosamente crueles; muy unidos entre sí, á los de su nacion y á sus aliados, pero vengativos é implacables para con sus enemigos. En fin su figura, aunque horrible, anuncia que son hombres; pero sus costumbres y su carácter los asemejan á las bestias y á bestias las mas perversas.

Un autor moderno que ha vivido en el Canadá, y que en otras materias ha escrito muy bien, ha creido poder distinguirse y pasar por mas diestro que otros en el conocimiento del genio de los pueblos, concediendo, como lo hace, mucho mas talento y penetracion á los salvages que lo que se les atribuye generalmente: tambien los hace á veces razonar contra nuestros misterios extensa y sutilmente; su relacion misma inspira la sospecha de ser él mismo el salvage hablador y libertino, que supone, y al que presta la artificiosa malignidad de sus ideas y de sus discursos.

Por lo que toca al carácter de los salvages, creo que es mas acertado dar fé á los misioneros, porque ellos no son ménos hábiles que los demas para descubrir la verdad, y cuando ménos tienen tanta probidad para decirla. Ocupados siempre y aplicados por sus funciones, cien años ha, en el estudio de estas pobres imágenes de hombres, ¿podrán dejar de conocerlos? ¿su conciencia no les hubiera reprendido, si nos hubieran engañado en esta materia? Los misioneros convienen, en que si hay entre los bárbaros algunos ménos ruines ó brutales que los demas, no se encuentran sin embargo algunos buenos, ni muy capaces de percibir lo que se eleva sobre los sentidos; y en que, sean los que fueren, no puede contarse con ellos. Es preciso vivir en desconfianza siempre; en fin, para convertir en cristiano á un salvage, es necesario primero hacerle hom-

bre. ¿Puede creerse que un salvage lo sea, cuando se le ve sin ley, sin rey, y lo que es mas lamentable, sin Dios? Porque si se examinan con atencion sus sentimientos y sus acciones, no parece que tengan ninguna especie de religion ni una idea exacta de la divinidad. Si algunos de ellos dan, en ciertos casos, pruebas de reconocer un ser supremo y soberano, ó de venerar al sol, se explican, con relacion al primero, con tanta confusion, contradicciones y extravagancia, que se conoce que no saben ni creen nada de todo aquello; y por lo que toca al segundo, no es su adoracion mas que una costumbre sin una seria meditacion por su parte.

¡Miserable nacion, aun mas destituida de las luces del cielo y de la naturaleza misma que tantas otras de las Indias de Oriente! Estas, aunque estúpidas é ignorantes sobre el conocimiento de la divinidad, no dejan de tributarle algun culto, y de tener ciertos hermitaños ó faquires, que por medio de horrorosas penitencias procuran hacérsela propicia, y manifiestan en esto que son capaces de algun sentimiento. Pero nada de esto se encuentra entre nuestros salvages americanos, y puede en fin decirse, que generalmente esos pueblos no tienen Dios.

Nuestros franceses nacidos en el Canadá, todos bien formados, de espíritu y de mérito, no gustan de que se describa de esta manera á sus salvages. Sostienen que son hombres como todos y que no les falta mas que educacion y cultura. Pero ademas de que puede creerse, que ellos hablan así para salvar el honor de su patria, nosotros nada avanzamos sin fundarnos en la relacion de muchos hombres hábiles y honrados, que han escrito sobre aquellos paises, apoyados en muy buenos informes. Somos de opinion de que ahora es preciso distinguir dos clases de salvages del Canadá: los que ha 60 ú 80 años viven con los Europeos y los que se descubren diariamente; de estos últimos se habla aquí particularmente y á ellos se atribuyen las odiosas y miserables cualidades de los salvages de la América Setentrional. Porque se sabe que los primeros, como por exemplo los Hurones, los Algonquines, los Yroqueses, los Yllinois, y acaso otros mas, estan ya bastante

humanizados, que su razon se desenrolla y que pueden llegar á ser capaces de instruccion.

¡Asombrosa é incomprensible aunque adorable disposicion de la divina Providencia! Se ve allá una gran parte de la tierra, de una extension inmensa, con un suelo prodigioso para el cultivo y feraz para toda clase de granos y frutos; con una temperatura de aire tan admirable, que parece que sus numerosos habitantes carecen de enfermedades, y que las mugeres, tan débiles entre nosotros, son allí tan fuertes y vigorosas que paren sus hijos sin dolor, y los alimentan por sí mismas en medio del trabajo y de las fatigas sin ninguna de las miserias de nuestro pais. Sin embargo este bello y dilatado pais, que se describe en este diario, tan favorecido de los bienes de la tierra, por muchos siglos ha estado destituido de los del cielo.

Las innumerables gentes, de que está habitado, son hombres, que casi no tienen mas que la figura de tales; son criaturas de Dios, que no conociéndole, están muy lejos de servirle. Que los que tienen el arrojo y el valor de viajar en aquellos paises salvages, y los que lean las relaciones de los viages, se guarden mucho de hacer sobre este punto reflexiones temerarias, y de razonar con exceso; se perderian en el abismo de sus pensamientos. Lo mas fácil y seguro en este caso es adorar la profundidad inconcebible de la sabiduria del criador, y suspender nuestras investigaciones y curiosidades exclamando con el Apóstol: ô *Altitudo:* y no cesar jamas de dar gracias á su bondad por habernos participado con tanta abundancia de sus luces y de sus gracias, y de rogarle que comunique alguna cosa á aquellos pobres americanos abandonados, y que, siendo como es omnipotente, convierta á esas piedras en hijos de Abraham. Todos los católicos deben pedirlo con instancia, porque por brutos y estúpidos que sean aquellos salvages, son nuestros hermanos, pues que descienden como nosotros de Adan y Eva.

Grandes son nuestras obligaciones para con los atrevidos viageros que emprenden nuevos descubrimientos; que con peligro de la vida, á sus expensas, y expuestos á todas las fatigas, nos desentierran no solo mil objetos de nuestra curio-

sidad y de admiracion, que ignorariamos sin ellos, sinó que tambien nos hallan y descubren una parentela, que nos fue largo tiempo desconocida. Por lo mismo que es brutal é indócil, será mas meritorio trabajar en hacerla humana y susceptible de las luces de la razon y de la fé. No; no es posible expresar dignamente el reconocimiento, á que son acreedores los que se ocupan en nuevos descubrimientos; miéntras mas difíciles son, mas se debe á los que los emprenden. Que la avaricia, la ambicion, la inquietud, el desórden de los negocios acontezcan en ellos con frecuencia, no importa. Dios que sabe sacar bien de los males, hace servir todas las pasiones á su gloria y á la salud de sus escogidos; y si los grandes viages no santifican comunmente á los viageros, la culpa es solo de ellos. Pero al ménos facilitan la santificacion de tantos bárbaros, allanando el camino á los misioneros que van á catequizarlos. Así todo el mundo les está obligado: los salvages por el conocimiento de Dios que les procuran, y nosotros porque encontramos por su medio una infinidad de pueblos desconocidos, que se unirán con nosotros á servir y glorificar al criador del universo.

El que estos viageros no sean siempre exactos y acordes en sus relaciones, descripciones y cartas geográficas, es un defecto que no pueden evitar. Pero aun así son útiles al público, porque sus sucesores en la empresa se excitan á examinar las cosas con mayor esmero, á corregir, á esclarecer y perfeccionar sus informes.

Para recompensar el servicio que nos hacen estos ilustres aventureros y pagarles de algun modo sus trabajos, hacemos pasar, por medio de nuestros escritos, sus nombres á la posteridad, aplaudimos sus empresas, leyendo y alabando sus relaciones. La presente merece sin duda ser leida y elojiada, por lo que contiene de curioso, extraordinario y trágico. Es tambien, como ya hemos dicho, interesante en la coyuntura presente, en que se proyectan establecimientos en el pais de que habla, que pueden tener resultados los mas honrosos y útiles á la nacion. El viage á que se refiere, es uno de los mas grandes y penosos, que se han emprendido. Como el relato se hace por un testigo ocular y de una manera

ingenua, simple y circunstanciada, merece crédito; pero no siendo mas que un diario, no es susceptible de adornos y compostura. El lector excusará tambien la repeticion que se nota de las mismas expresiones, por la imposibilidad de evitarlo, y se contentará con que la sequedad de la narracion esté compensada con la curiosidad de las materias. He creido que las pequeñas notas que he agregado,* no serán desagradables, porque aclaran algunas cosas, que no son comunmente entendidas de los que no han practicado grandes viages.

Mas despues de haber dicho lo bueno y lo malo que contiene la América setentrional, la hermosura y la bondad de su clima, la brutalidad de sus habitantes, y manifestado los males infinitos á que deben someterse los que viajan, me persuado que será conveniente decir alguna cosa del difunto Mr. de la Sale, que hace de persona principal, y es como el heroe de esta relacion; y que habiendo sido asesinado por los suyos, fue la víctima desgraciada del descubrimiento de que aquí se trata. Es tambien á propósito dar á conocer todo lo que precedió á los sucesos contenidos en este diario, y las consecuencias felices que ha tenido esta malhadada empresa en nuestros dias. He aquí lo que yo he indagado por mis conocimientos particulares y por lo que se ha escrito.

Roberto Cavelier, llamado comunmente Mr. de la Sale, natural de Roüen, de buena familia, habiendo recibido una educacion piadosa y literaria, pasó muy jóven al Canadá, donde se aficionó al comercio y mas aun á los proyectos de nuevos descubrimientos en lo interior de aquellos dilatados paises. Para fijarse en ellos y constituirlos su patria, compró una casa en la isla de Montreal, donde se ha formado la segunda ciudad del Canadá, sesenta leguas abajo de Quebek, que es la capital con obispado, gobernador, intendente y consejo superior. El pais no tiene mas que estas dos ciudades y algunos pueblos. Se hallan situadas sobre el gran rio S. Lorenzo, que viniendo del sudoeste se forma, ó se aumenta con las aguas de cinco prodijiosos lagos de agua dulce, que se comunican unos con otros, y por los cuales se dirige á descar-

* *Se omiten en la traduccion.*

gar en el oceano por una muy ancha boca, que abre camino á los buques que quieren penetrar al Canadá.

Hasta el tiempo de Mr. de la Sale se habian hecho muchos descubrimientos hácia el Norte, porque siendo allí buena y abundante la peletería, los negociantes de Quebek y Montreal, por medio de los aventureros que son llamados *coureurs des bois*, á causa de sus correrías en los bosques, habian penetrado mucho en los territorios de aquella parte. Pero no se habia avanzado mucho hácia el sur ni hácia el sudoeste mas allá del fuerte de Frontenac, que se halla sobre el lago Ontario, el que de los cinco está mas cercano en esta direccion. Se conjeturaba sin embargo, descansando en los informes de los salvages, que habia allí grandes y bellos descubrimientos que hacer. Se habia oido hablar frecuentemente de las ricas minas de Santa Bárbara en el reino de México, y habia nacido la tentacion de ir á visitarlas.

Se tenia alguna noticia del famoso rio *Missicipi*, que se creia entónces posible que desembocase en el mar del sur y que abriese un camino para él. Estas conjeturas causáron impresion en Mr. de la Sale, quien apasionado por la gloria de su nacion, deseaba señalar el nombre frances, haciendo descubrimientos extraordinarios, mas allá de los practicados hasta entónces. Formó el designio y resolvió executarlo; y en verdad que era muy á propósito para él, y lo realizó á expensas de su vida; porque en esta linea nadie ha hecho tanto como él en los veinte años, que estuvo empleado. El tambien era un hombre reglado en sus costumbres, de una vasta extension de espíritu, muy literato é instruido en las matemáticas, emprendedor, atrevido, intrépido, diestro, insinuante, que con nada se desanimaba, que hallaba recursos para todo, sin temor alguno de las fatigas mas duras, maravillosamente constante en la adversidad, y lo que es mas ventajoso, muy versado en muchos idiomas salvages. Mr. de la Sale con tantos talentos, de que habia dado testimonio en muchos casos, se adquirió la estimacion de los gobernadores del Canadá; y Mr. de Courcelles, Talon y de Frontenac se acreditáron sucesivamente en varias ocasiones para honor y utilidad de la colonia.

Se le dió el gobierno del fuerte de Frontenac, el punto avanzado hácia los salvajes, y vuelto á Francia en 1675, el rey le concedió la propiedad con el encargo de ponerlo en mejor estado, que el que tenia. Así lo hizo, luego que regresó al Canadá; de allí volvió á Paris, lleno de nuevos conocimientos en lo perteneciente al rio Missicipi, el pais que atraviesa, sus minas, especialmente las de plomo y cobre, los rios navegables, y sobre el negocio que podia hacerse con las pieles y lana muy fina de los toros salvajes, que se matan con facilidad y tanto abundan en infinidad de aquellos bosques. Poseia tambien mejores memorias acerca de aquel pais, que las fábulas divulgadas entónces con el título de viage del Señor Joliet; fue bien recibido en la corte, y despachado con órdenes competentes para trabajar en sus descubrimientos.

El gran crédito de que gozaba Mr. de la Sale, y sus vastos proyectos le adquiriéron celosos y envidiosos. Sus compatriotas mismos pusiéron obstáculos á sus designios; pero él se sobrepuso á todos ellos, y volvió al Canadá hácia el año de 1678 con el caballero Tonty, gentilhombre italiano, hombre de provecho y de mérito, que se unió á su empresa. Tomó igualmente en el pais cuarenta á cincuenta personas útiles para la expedicion, de cuyo número fuéron tres frailes recoletos, que llevó consigo para ensayar lo que pudiera hacerse entre los salvajes en favor del cristianismo, por que conocia y estimaba con razon la virtud, la habilidad y el celo de estos buenos relijiosos, que comenzáron por sí solos la mision en el nuevo mundo, y que secundados por otros la han conservado hasta el dia con tanta edificacion. Mr. de la Sale despues de dos años de idas y de venidas, embarazadas en gran manera por los envidiosos del pais, hasta el punto de que sin la triaca hubiera muerto del veneno que le diéron unos malvados, no pudo poner en órden sus negocios y comenzar su expedicion hasta el año de 1682. En fin partió luego, y para que su descubrimiento del Missicipi fuese completo, hizo marchar al padre Hennepin, recoleto, con algunos otros hácia el norte, á fin de que buscasen el órijen de este rio, y lo halláron á los cincuenta grados de latitud norte. Por lo que toca á él, extendió su viage al oeste, encontró el

rio de *Illinois*, al que dió el nombre de rio de *Seignelay*, y siguiendo su curso llegó al *Missicipi*, en el que descarga aquel. Allí creyó que no le restaba que hacer otra cosa, que dejarse llevar hácia su desembocadero en el mar, fuera el que fuese, el del sur ó el de México. Halló por todas partes, á lo largo de sus orillas, muchas naciones salvages, con las cuales por medio de regalos hizo alianza, y dió al pais el nombre de Louisiana para honrar el nombre y la memoria de nuestro augusto monarca, en cuyo reinado se hiciéron estos descubrimientos. En fin la corriente del Missicipi condujo á Mr. de la Sale á su desembocadero por dos canales en el golfo de México en el mes de Abril de 1682 á 1683, porque estas dos fechas se encuentran en lo que se ha escrito sobre la materia. Se detuvo algunos dias en hacer sus observaciones y en colocar algunas señales que pudiera hallar á su vuelta. Contento de haber descubierto parte de lo que buscaba, retrocedió por la misma ruta, volvió á Quebek en el Canadá, para restituirse á Francia, y hacer desde allí otra tentativa por el golfo de México, para buscar aquel desembocadero del Missicipi que habia hallado por el Canadá, y asegurarse de él. Porque él juzgaba mas ventajoso conocerlo por el mar que ir á él por tierra, en razon de que el viage por el Canadá es mucho mas largo y difícil, y de que no puede hacerse mas que una vez al año, en vez de que por el mar de México no es mas largo, es mas cómodo y en todas las estaciones se puede ir y venir. El consideró tambien que el desembocadero descubierto por el mar prestaba una comunicacion mas fácil y segura con el Canadá, remontándose este hermoso rio, cuya navegacion no se halla obstruida por saltos y caidas en mas de seicientas leguas hácia su orígen.

Estas consideraciones estimuláron á de la Sale á volver á Francia, donde fue aplaudida su expedicion y aprobado el nuevo proyecto, haciendo el rey que se le diesen dos buques para que regresase y continuase sus empresas. Todo el detalle se encuentra en este diario. Este negocio tan bien comenzado, prometia los resultados mas ventajosos; pero se desgració por la perfidia y la maldad de los mismos compañeros de este ilustre aventurero.

He aquí lo que he creido que podria servir de preliminar á vuestro diario, y que si no juzgais que lo desfigura, puede ponerse á su cabeza, y á su fin lo que sigue, que dará á conocer cual fue el término de la bella empresa de descubrir el rio *Missicipi*.

PREFACIO
DE
MR. MICHEL,

Quien puso en órden este diario.

Aunque el viage del difunto Mr. de la Sale haya tenido un fin muy desgraciado para su persona, no será un obstáculo para que la posteridad le conserve siempre el nombre de viagero ilustre.

La historia de su empresa será grata á los siglos venideros, porque les manifiesta cual ha sido la energía del genio, la grandeza del valor y la noble constancia de un hombre semejante, para inventar y poner en ejecucion los medios de descubrir los restos del nuevo mundo.

Y como las particularidades del descubrimiento de aquellas grandes y extensas provincias serán en todo tiempo el objeto de las gentes curiosas y de los sabios, no parecerá extraño que despues de lo escrito por el padre recoleto Hennepin, el caballero Tonty y algunos otros, se publique aquí un diario histórico del último viage, que emprendió Mr. de la Sale para ir á la Louisiana por el golfo de México, para consumar lo que habia proyectado en su viage antecedente, si la traicion de los suyos no le hubiera cortado la carrera.

Este diario de Mr. Joutel, del que hace mencion Mr. Tonty en el libro que ha impreso acerca de los últimos descubrimientos de la América, páj. 319, tiene de particular, el que contiene exactamente cuanto aconteció dia por dia á Mr. de la Sale en su funesto viaje desde su partida de la Rochelle hasta su muerte y regreso de Mr. Cavalier sacerdote, hermano de Mr. de la Sale, de Mr. Cavelier su sobrino, del reverendo

padre recoleto Anastasio y del mismo señor Joutel, quienes para restituirse á Francia hiciéron por tierra la larga travesía que hay desde el golfo de México hasta el Canadá, cuya extension es de mas de ochocientas leguas.

Muchas aventuras de todas clases, de las que son trágicas la mayor parte, complacerán al curioso lector; y se admirará sobre todo de la proteccion de la divina Providencia para conducir y conservar tan pequeña tropa en aquellas dilatadas regiones y en medio de tantos pueblos bárbaros.

No se pretende aquí criticar la obra del padre Hennepin ni la de Mr. Tonty; pero sus partidarios no disimularán que el autor no hable muchas veces tan bien como aquellos; que diga simplemente lo que vió y que sin inventar ni exagerar cosa alguna, exponga desnudamente todas las verdades de que fue testigo.

Cierto es no obstante, que pueden unos y otros ser excusados sobre ciertas circunstancias; el padre Hennepin y Mr. Tonty pudiéron ver algunas cosas que no llegáron á noticia de Mr. Joutel; pero hay un hecho de importancia en la historia de Mr. la Sale, que no puede pasarse en silencio.

Este es el que Mr. Tonty asegura en su libro, que Mr. de la Sale habia en fin encontrado el desembocadero del Missicipi, y Mr. Joutel sostiene lo contrario, y dice que eso es tan falso, que en el último viage que hizo hácia los *Cenis*, acompañado de Mr. Joutel, quien nunca se separó de él, el empeño mas grande de Mr. de la Sale fue el informarse entre todas las naciones por donde pasaban, donde estaba el *Missicipi*, sin que jamas pudiera averiguarlo; que la prueba de ello es, que si Mr. de la Sale hubiera conocido el punto del desembocadero de este rio, hubiera tomado infaliblemente otro camino y otras medidas; y todas las apariencias son de que pasó todo, como se verá en esta relacion.

Es necesario por tanto decir en descargo de Mr. Tonty, que no lo asegura sinó es refiriéndose al informe de Mr. Cavelier sacerdote y hermano de Mr. de la Sale, y que el mismo Mr. Cavelier pudo tener sus razones para afirmar, que se habia hecho el descubrimiento del *Missicipi*, por los mismos motivos que tuvo para ocultar la muerte de su hermano.

Y como se ha de ver á Mr. de la Sale dar vueltas sobre las costas de la América setentrional para descubrir el desembocadero de este rio, es conveniente instruir de la causa á los que no han visto su primer viage, y manifestarles de donde provino que fuese inútil aquella investigacion y que se viese precisado á tomar tierra en otra parte.

Despues que Mr. de la Sale descubrió aquel vasto continente que es una parte de la América setentrional, despues que pasó el Canadá por Montreal, remontando el rio de San Lorenzo, el pais de los *iroqueses* é *illinois* y otros, á que dió el nombre de Louisiana, su designio fue buscar un camino mas corto y mas fácil que el que habia seguido por tierra.

Esta fue la razon de que habiendo hallado en su primer descubrimiento el gran rio llamado por los bárbaros *Missicipi* ó *Mechassipi*, segun el padre Hennepin, y al que dió el nombre de *Colvert*, y juzgando por su curso que desaguaba en el golfo de México, se propusiese buscar su desembocadero.

En efecto, con mucho peligro y con trabajos que la imaginacion no puede concebir, bajó por este rio y encontró, que se dividia en dos brazos; de estos siguió el mas setentrional, hasta donde entra en el mar; tomó la altura de este desembocadero, y lo situó entre los 28°. y 29°. de latitud Norte, segun Mr. Joutel asegura que le oyó decir; dejó allí señales, retrocedió al Canadá y de allí á Francia, satisfecho de su descubrimiento, que hubiera sido enteramente glorioso, si en su segundo viage lo hubiera conseguido.

Pero sea que él no hubiera tomado bien sus medidas, cuando hizo sus observaciones por tierra, ó sea que este rio en su desembocadero corra en una playa tendida, y que no presente mas que señales imperceptibles de su curso á los que vienen por mar, lo cierto es que habiendo arribado al golfo de México, en vano buscó durante tres semanas el mismo desembocadero, y se vió obligado á tomar tierra mas al Sudoeste del verdadero punto, en que estaba.

Mr. Tonty dice en su libro, paj. 192, que se hallaba presente, cuando Mr. de la Sale tomó la altura del desembocadero

del *Missicipi* en su primer viage, y nota que lo halló entre los 22°. y 23°. de latitud Norte: pero este es un error que debe atribuirse al impresor ó al copista, por que en la carta que el mismo Señor Tonty ha acompañado á su libro, coloca este desembocadero en la latitud 26°. 30′. Norte y hay fundamento para creer que aun se engaña en esto.

Mr. Joutel y algunos otros creen que el desembocadero del brazo que bajó Mr. de la Sale, está en la bahía del Espíritu Santo, y que se halla efectivamente entre los 28°. y 29°. de latitud Norte, como lo encontró Mr. de la Sale. Con respecto al otro brazo, el mencionado Señor Joutel cree que está mas al Sudoeste y hácia los bancos, que encontráron el 6 de Enero de 1689, de los 27°. á los 28°. de latitud Norte, recorriendo las costas del golfo de México, y que eran la señal del desagüe de algun rio, que descuidáron de indagar. Si es así, Mr. de la Sale se aproximó mucho, y aun pasó delante de uno y otro desembocadero; pero desgraciadamente sin reconocerlos, lo que fue la causa principal de su pérdida y de la ruina de su empresa.

Por último es necesaiio convenir en que, si la vuelta de esta pequeña expedicion de un pais tan distante y entre tantos peligros es un efecto visible de la proteccion divina, no lo es ménos de su justicia, el que se hayan conservado estos testigos, y el haberlos conducido á la patria de Mr. de la Sale para restablecer su reputacion, que sus enemigos habian obscurecido.

Mr. de la Sale hubiera pasado por un visionario y aun por un impostor; se hubiera condenado su empresa y despreciado su memoria; pero el cielo no quiso permitir, que el honor de un hombre de mérito tan distinguido se perdiese así; él ha reunido y conservado testigos irreprochables, quienes de viva voz y por otras pruebas incontestables de los bellos descubrimientos que hizo Mr. de la Sale, han cerrado la boca á sus enemigos, y confirman la verdad de lo que se aseguró al principio de este discurso, y es que no faltó mas que fortuna á Mr. de la Sale para merecer y gozar del título de hombre grande y de ilustre viajero.

DIARIO

HISTORICO

Del último viage, que el difunto Mr. de la Sale hizo en la América setentrional para el descubrimiento del Rio Missicipi. (*)

A tiempo en que Mr. de la Sale hacia sus preparativos para su último viage de la América setentrional, me hallaba yo en Roüen, lugar de su nacimiento y del mio, y volvia yo ntónces del ejército despues de 16 ó 17 años de servicio.

La reputacion de Mr. de la Sale, el tamaño de su empresa, la curiosidad natural á los hombres, el conocimiento que tenia de sus padres y de las personas de la misma ciudad, que debian seguirle, me decidiéron á comprometerme en la expedicion, y fuí admitido en la clase de voluntario.

El punto de reunion fue *la Rochelle*, donde debiamos embarcarnos. Los señores Cavelier, el uno hermano y los demas sobrinos de Mr. de la Sale, los Sres. Chedeville, sacerdote, Planteroze, Thibault, Ory, algunos mas y yo llegámos en el mes de Julio de 1684.

Despues de haber Mr. de la Sale concluido los preparativos de todas las cosas necesarias para su viage, de haber vencido las dificultades, que varias personas mal intencionadas quisiéron suscitarle, y de haber Mr. Arnoult, Intendente en *la Rochelle*, dádole sus órdenes, conforme á las que habia recibido del Rey, nos hicímos á la vela el 24 de Julio de 1684

(*) Mr. Joutel es el que habla en todo el diario. Las notas son del traductor.

con 24 buques, de los que 4 estaban destinados á nuestro viage y los demas para las islas y el Canadá.

Los cuatro buques que debian servir á la empresa de Mr. de la Sale, llevaban como 280 personas, inclusa la tripulacion, siendo del número 100 soldados con sus oficiales, el apellidado Talon con su familia Canadiense, como 30 voluntarios, algunas mujeres y el resto de enganchados ó artesanos de todos los ramos necesarios para plantear un establecimiento.

El primero de estos buques era un navio de guerra, llamado el Joly, de 36 á 40 cañones, mandado por Mr. Beaujeu y en él nos embarcámos Mr. de la Sale, su hermano el sacerdote, dos padres recoletos, los Sres. Dainmaville, el sacerdote Chedeville y yo. El segundo era una pequeña fragata de 6 cañones, que el Rey habia dado á Mr. de la Sale, mandada por dos capitanes de mar ; una urca de 300 toneladas, perteneciente al Señor Massiot, comerciante de la Rochelle, mandada por el Señor Aygron, la que cargaba todos los efectos de que creyó necesitar Mr. de la Sale para su establecimiento, y un Queche, (*) en el cual cargó Mr. de la Sale 30 toneladas de municiones ó mercancias, é iba fletado para Santo Domingo.

Toda la flota, mandada por Mr. Beaujeu, tenia órden de navegar reunida hasta el cabo de Finisterra, de donde cada uno debia tomar su derrota ; pero esta marcha se interrumpió por un accidente imprevisto. Nos hallábamos á los cuarenta y cinco grados 23 minutos Norte y cerca de 50 leguas distantes de la Rochelle, cuando, sin que hiciese mal tiempo, el palo de trinquete de nuestro buque, el *Joly*, se rompió de repente, lo que nos obligó á arriar las otras velas, y á cortar generalmente las jarcias, que sostenian el palo roto.

Cada uno pensó como quiso de este accidente. Algunos creyéron que era cosa concertada, y se discutió en el consejo, si se iria á Portugal, ó se regresaria á *la Rochelle* ó á *Rochefort*, y se adoptó el segundo partido. Los otros buques, destinados para las islas y el Canadá, se separáron y continuáron su navegacion; nosotros virámos hácia el rio de Rochefort, á

(*) *Queche es un buque pequeño.*

donde nos siguiéron los otros tres buques, y se despachó una lancha para avisar al Intendente lo ocurrido, la que volvió àlgunas horas despues conduciendo un palo que fue próntamente colocado, y despues de algunas conferencias que tuvo el Intendente con Mr. de la Sale, partímos de aquel punto en Agosto de 1684.

Volvímos á tomar nuestra derrota al Oeste cuarto al Sudoeste, y el 8 del mismo mes doblámos el cabo de Finisterra, que está á los 43 °. Norte, sin haber experimentado ningun contratiempo. El 12 llegámos á la altura de Lisboa, cerca de 39 °. Norte. El 16 estábamos á los 36 °. latitud del estrecho, y el 20 descubrímos á Madera, que se halla á los 32 °., donde Mr. de Beaujeu propuso á Mr. de la Sale, que anclásemos cerca de esta Isla para hacer aguada y tomar algunos víveres frescos.

Pero Mr. de la Sale no fue de este dictámen, considerando que no habian pasado mas que 21 dias desde nuestra partida de Francia; que habia la agua suficiente; que las provisiones frescas debian estar hechas, y que esto seria perder siete, ocho ó mas dias inútilmente; que el secreto era necesario para nuestra empresa y podrian los Españoles descubrir alguna cosa por medio de aquellos isleños, y que en fin no era esta la voluntad del Rey.

Esta respuesta no la acojíeron Mr. Beaujeu y sus oficiales mejor que la tripulacion del navio, la que murmuró mucho, yendo la cosa tan adelante, que un pasajero llamado Paget, Hugonote de *la Rochelle*, se atrevió á hablar con furia y poco respeto á Mr. de la Sale, quien se vió precisado á quejarse de él á Mr. de Beaujeu, y á preguntarle, si era de su aprobacion el que un hombre de aquella clase le hablase de tal manera; Mr. de Beaujeu no le hizo dar ninguna satisfaccion. Estas desavenencias precedidas de otras, que no eran mas favorables al servicio del Rey, fuéron las secretas semillas que produjéron en lo sucesivo los efectos trágicos, que acabáron con la vida y la empresa de Mr. de la Sale, y causáron nuestra ruina.

Como quiera que sea, tomó la resolucion de no detenernos en aquella isla; sobre lo cual dijo Mr. de Beaujeu, que en

ese caso no se haria demora en otro punto mas que en la isla de Santo Domingo. Continuámos nuestro viage, doblámos la isla de Madera, y comenzámos á ver aquellos pequeños peces voladores, que para defenderse de los *Dorados* que los persiguen, saltan fuera del mar, hacen un vuelo del largo de un tiro de pistola, vuelven á caer en el agua y muchas veces en los buques que pasan; este pez es del tamaño de un arenque y de muy delicado gusto.

El 24 experimentámos los vientos alisios que soplan siempre del Este al Oeste, y por esta razon son llamados por algunos autores vientos *subsolanos:* vientos que siguen el movimiento del Sol. El 28 nos hallábamos á los 27 °. 45′ Norte y á los 344 °. de longitud. El dia 30 se levantó un tiempo fuerte, cuya violencia duró dos dias; pero como soplaba en popa, solo perdímos de vista al Queche, que habia sido mal gobernado, y se nos unió algunos dias despues.

El 6 de Setiembre llegámos al Trópico de Cáncer á los 23 °. 30′ Norte y á los 319 °. longitud, y allí fue donde la resistencia que opuso Mr. de la Sale á la ceremonia que los marinos llaman Bautismo, le atrajo nuevas murmuraciones y odios secretos. Han escrito y referido tantos las circunstancias de esta necedad, que seria ocioso reproducirlas aquí; bastará decir que tres cosas la autorizan: primera, la costumbre: segunda, el juramento que se hace prestar á los bautizados en los términos siguientes: *que no dejarán pasar á ninguno bajo los trópicos ni bajo la linea, sin sugetarlos á la misma ceremonia:* tercera, y es la mas fuerte, el interes de algunos refrescos ó de alguna plata en su defecto, con que los pasajeros obsequian á la tripulacion para ser tratados con suavidad.

Habiendo entendido Mr. de la Sale, que se preparaba todo lo necesario para este impertinente bautismo, y que la cuba llena de agua estaba sobre cubierta, envió á decir, que no consentiria que las gentes dependientes de él fuesen sometidas á aquella locura, y habiendo llegado á noticia de Mr. de Beaujeu, prohibió la ejecucion con gran disgusto de los oficiales subalternos y de la tripulacion, que esperaban una suma considerable y muchos refrescos, porque eran en gran

número, los que estaban por bautizar y echáron la culpa á Mr. de la Sale.*

El 11 de Setiembre arribámos á la altura de la isla de Santo Domingo, á los 20 ᵒ. Norte, 320 ᵒ. de longitud; nos dirijíamos hácia el Oeste; pero habiendo caido el viento, entrámos en una calma que nos obligó á parar; en el mismo dia Mr. Dainmaville, sacerdote misionero, fue á la barca *la Belle* para administrar los sacramentos á un artillero, que murió á pocos dias. Mr. de la Sale le fue á visitar y tuve el honor de acompañarle.

El dia 12 se nos incorporó la lancha que habiamos perdido de vista; y habiéndose dado á Mr. de la Sale algunas quejas por algunos particulares de la expedicion, me mandó que fuese á componer sus diferencias, que no tenian otro principio que ciertos celos entre unos y otros.

El 16 pasámos la isla de *la Sombrere*, y el 18 sufrímos un tiempo tan fuerte, que temímos que fuese un huracan; el mal tiempo duró dos dias, durante los cuales nos mantuvímos á la capa y perdímos de vista los demas buques. Se celebró consejo en nuestro navio el *Joly* para discutir si se esperaria á los otros buques, ó se continuaria el viage, y se resolvió, que atendiendo á que comenzaba á faltar el agua, y á que habia mas de cincuenta enfermos en el navio, de cuyo número eran Mr. de la Sale y los cirujanos, se haria fuerza de vela para arribar al primer puerto frances de la isla de Sato Domingo, que era el puerto de *Paix*, de lo que se instruyó una sumaria verbal.

El 20 descubrímos la primera tierra de la isla de Santo Domingo, en el cabo de *Samana*, situado á los 19 ᵒ. Norte y

* *El conde de las Casas, en su diario de Santa Helena, refiere circunstanciadamente cuanto pasó en el navio que conducia al Emperador Napoleon al llegar á la linea y que aquel hombre extraordinario é indomable se redimió del tremendo bautismo por medio de una gratificacion á la gente de mar. Pero sin embargo de que su penosa situacion no era muy á propósito para chanzas, tuvo que autorizar con su presencia aquella farza, y hacer sus cumplimientos nada ménos que al dios Neptuno. F.*

á los 308°. de longitud. El 25 se debia arribar al puerto de *Paix*, tanto por que así estaba acordado, como porque no solamente era aquel punto el mas ventajoso en realidad para tomar refrescos, sinó que ademas era el lugar en que residia Mr. de Cussy, gobernador por el Rey de la isla de la Tortuga, que estaba instruido de que Mr. de la Sale tenia órdenes particulares que comunicarle, para que le proveyese y facilitase las municiones, de que pudiera tener necesidad.

No obstante estos graves motivos, Mr. de Beaujeu resolvió pasar adelante en la noche, doblando la isla de la Tortuga, distante algunas leguas del puerto de *Paix* y de la costa de Santo Domingo; hizo que pasásemos en seguida la punta de san Nicolas, y el 16 del dicho mes entrámos en el golfo de *Tagouana*, costeando la isla de la *Gouanable*, que se halla en el medio de este gran golfo, y por último el 27 de Setiembre arribámos al pequeño puerto *Gouave*, despues de una travesía de 58 dias desde nuestra partida de *Chefdebois* cerca de *la Rochelle*.

El cambio de lugar para la escala de nuestra pequeña flota, y cuya causa se ignora, fue muy desventajoso, y se verá despues, como ya he notado, que las desavenencias de los oficiales impulsáron las causas, que debian concurrir á nuestra desgracia.

Luego que anclámos, vino una piragua del puerto, tripulada con 20 hombres á reconocernos; habiendo virado dando el *¿ quien vive?* é impuéstose de que éramos franceses, nos instruyéron de que Mr. de Cussy se hallaba en el puerto de *Paix* con los Sres. Marques de S. Laurent, teniente general de las islas de América y Mr. Begon intendente, lo que causó un vivo disgusto á Mr. de la Sale, porque eran de suma importancia los negocios, que tenia que tratar con ellos; no obstante fue preciso tener paciencia, porque ya no habia remedio.

En la mañana del 28 cantámos el *Te Deum* en accion de gracias por la felicidad de nuestro pasage. Encontrándose mejorado Mr. de la Sale de su indisposicion, bajó á tierra con varios señores de su comitiva con el objeto de adquirir algunos refrescos para alivio de los enfermos, y para solicitar

algun medio de dar aviso de su llegada á los Sres. de S. Laurent, de Cussy y Begon, y de manifestarles su sentimiento de que no se hubiera hecho escala en el puerto de *Paix*. Escribió en lo particular á M. de Cussy, suplicándole que le viniese á ver, si le era posible, para auxiliarle y tomar algunas medidas que expeditasen su empresa : todo para el servicio y la gloria del Rey.

Miéntras tanto, como los enfermos padecian mucho á causa del calor en el navio, en el que estaban un poco oprimidos, se hizo poner en tierra á los soldados en una islita cercana al pequeño *Gouave*, en la que por lo comun se entierran los miembros de la religion protestante reformada. Allí se les distribuyéron víveres frescos y pan que se hizo amasar. Con respecto á los enfermos yo recibí órden de Mr. de la Sale para buscarles una casa, á la que fuesen conducidos con los cirujanos, y se les proporcionó cuanto hubiéron menester.

Algunos dias despues cayó gravemente enfermo Mr. de la Sale ; la mayor parte de sus criados se sintiéron muy indispuestos ; una fiebre continua acompañada de delirio le puso en el mayor peligro ; la situacion de sus negocios, la escasez en que se hallaba de numerario, las dificultades de una grande empresa, cuya ejecucion no sabia á quien poder confiar, enfermáron su espíritu aun mas que su cuerpo. Sin embargo su paciencia y su firmeza se sobrepusiéron á todo ; puso los ojos en Mr. Gros y en mí para que le reemplazásemos, mandó vender algunas provisiones del navio, del que extrajo la moneda, y su salud se restableció merced á nuestras atenciones y á la bondad de su temperamento.

Entre tanto que él se hallaba en este estado, dos de nuestros buques que se habian separado el 18 de Setiembre por la violencia de los vientos, arribáron el dia 2 de Octubre al pequeño *Gouave*. El gozo de su vuelta se disminuyó por la noticia que diéron de la pérdida del Queche, que fue tomado por dos piraguas españolas ; y esta pérdida fue mas sensible, porque venia cargado de víveres, municiones, utensilios y las herramientas necesarias para establecerse en las nuevas colonias. Esta desgracia jamas hubiera acontecido si Mr.

de Beaujeu se hubiera detenido en el puerto de *Paix*, y los Sres. de S. Laurent, de Cussy y Begon que llegáron al mismo tiempo para ver á Mr. de la Sale, no pudiéron dejar de manifestárselo y darle sus quejas.*

Estando ya repuesto Mr. de la Sale, tuvo con aquellos Señores muchas conferencias acerca de su viaje, se celebró una junta de pilotos para acordar el punto en que se haria escala ántes de abordar á la costa de América, y se convino en que se iria derecho al extremo occidental de la isla de Cuba ó al cabo de S. Antonio, distante 300 leguas ó cerca de ellas de Santo Domingo, para esperar allí el tiempo y viento favorable para entrar en el golfo, que no tiene de travesía mas que 200 leguas.

Se comenzó á trabajar en seguida para reponer las provisiones perdidas, y Mr. de la Sale apresuró mas nuestro embarque, porque la mayor parte de su gente estaba desertando, ó era sonsacada por los habitantes del lugar. Como el *Aimable*, uno de nuestros buques, era el ménos velero de nuestra pequeña escuadra, se dispuso que llevase el fanal y que los demas buques le siguiesen. Mr. de la Sale, Mr. Cavelier su hermano, los padres recoletos Cenobio y Anastasio, Mr. Chedeville y yo nos trasbordámos y todos nos hicímos á la vela el 25 de Noviembre.

Sufrímos algunas calmas y vientos muy recios, que entre tanto nos lleváron á vista de tierra de la isla de Cuba el treinta del mismo mes, cuyo dia demorábamos al Norueste, donde cambiámos de ruta por el Oeste cuarto al Norueste. Estando el tiempo un poco cubierto en el 31 por la mañana, perdímos de vista la isla; se tomó direccion al Oesnorueste, y despejado ya el tiempo tomámos nuestra altura á medio dia, encontrándonos á los 19°. 45' minutos norte, lo que nos hizo conocer, que las corrientes nos habian separado á lo largo de la isla de Cuba.

* *Es extraño que Mr. Joutel no manifieste en esta ocasion temor alguno de que los Españoles descubriesen el secreto de la expedicion, habiéndose apoderado de uno de sus buques. En este caso era mas probable que en la arribada á la isla de Madera.*

El 1º. de Diciembre descubrímos la isla del Cayman. El 2 corrímos al Norueste cuarto al Oeste, á fin de costear la isla de Cuba por la altura de los 20º. 32'. de latitud norte. El 3 descubrímos la isla de *Pinos*, pequeña isla cercana á Cuba. El 4 pasámos una punta de esta isla, y como el viento nos cargaba de cerca, nos vímos obligados á ir en ziczac y á correr muchas bordadas* hasta la tarde del 5, en que anclámos en una punta, en que hay 15 brazas de agua y demorámos hasta el dia 8.

Durante esta corta mansion Mr. de la Sale bajó con muchos Señores de su comitiva á la isla de Pinos, mató de un tiro de fusil un cocodrilo, y volviendo á bordo notó que su compañía no estaba completa por la falta de dos voluntarios, que se habian desviado y acaso perdido en los bosques; se disparáron varios tiros de fusil para llamarlos, y no los oyeron: yo recibí órden de esperarlos en tierra con 30 soldados, se nos reuniéron al siguiente dia despues de haber estado muy afligidos.

Entre tanto nuestros soldados que sentian buen apetito, hiciéron cocer y comiéron el cocodrilo que habia matado Mr. de la Sale, cuya carne era blanca y de gusto de almizcle, por lo que no la pude comer; uno de nuestros cazadores mató un puerco, llamado *Maron* por los habitantes de las islas. Los hay de esta misma especie en Santo Domingo; son salvages y de aquellos que los Españoles echáron en todas estas islas, cuando las descubriéron; yo lo envié á Mr. de la Sale, quien obsequió con la mitad á Mr. de Beaujeu.

Esta isla se halla cubierta de bosques muy espesos, cuyos árboles son de diferentes especies, produciendo algunos de ellos un fruto semejante á la bellota, aunque mas duro; hay en ella un gran número de papagayos de mayor tamaño que los del pequeño *Goüave*, muchas tórtolas y otros pájaros, y ciertos animales que tienen la figura de un raton; pero que son del tamaño de un gato, de pelo rojo, de los que los nuestros matáron muchos, é hiciéron buena comida, así como de una porcion de pescados, de que está llena la costa.

* *Bordadas. Voz técnica que significa las idas y venidas de un buque.*

Nos reembarcámos luego que pareciéron los dos hombres extraviados, y el dia 8 por la mañana, fiesta de la concepcion de la Santa Vírgen, despues de oir misa, nos hicímos â la vela; y como cambiaba el viento, seguímos varias direcciones. El 9 descubrímos el cabo de *Corrientes* de la isla de Cuba, donde experimentámos una calma seguida de un viento fuerte, que nos hizo apartar 5 leguas al Este. El 10 pasámos toda la noche en *ziczac.* Habiendo cambiado el viento el dia 11, doblámos el cabo *Corrientes* para ganar el de *S. Antonio;* y en fin despues de varias bordadas y de haber sondeado, anclámos el 12 en un buen fondeadero en 15 brazas de agua en la punta de aquel cabo, que está situado á los 22°. norte y á los 288 ° . 35'. de longitud.

No demorámos mas que hasta la mañana siguiente del 12, que pareció propio el viento para entrar en el golfo de México ; nos aparejámos é hicímos á la vela con proa al Nordeste cuarto al Norte y Nornordeste, para doblar el cabo y emprender nuestra ruta; pero no llevábamos mas que cinco leguas de camino, cuando mudó el viento, é ignorando la direccion de las corrientes, gobernámos hácia el Este cuarto al Nordeste, y continuámos hasta el dia 14, en que Mr. de Beaujeu que navegaba en el *Joly*, se nos reunió y habiendo conferenciado con Mr. de la Sale acerca de la contrariedad del viento, le propuso volver al cabo de *San Antonio*, en lo que convino Mr. de la Sale para no darle motivo de queja, aunque la medida no era muy necesaria, y anclámos en el mismo punto, de donde acabábamos de partir.

En la mañana siguiente, el 15, envió Mr. de la Sale dos hombres á tierra para averiguar, si podian hacerse algunas barricas de agua. Volviéron diciendo que la habian encontrado no muy mala en los bosques; pero que allí era imposible rodar las barricas; para vencer esta dificultad se mandáron barriles, en los que se condujo el agua, con que se llenáron seis ó siete barricas.

Los mismos hombres refiriéron que habian encontrado una botella de vidrio, en la cual habia quedado un poco de vino ó de otro licor medio torcido. Estas fuéron todas las provisiones que hallámos en aquel sitio. Esto manifiesta

cuan mal informado está Mr. Tonty, cuando en la pág. 242 de su libro asegura, que encontrámos en aquella isla muchos toneles de vino de España, de buen aguardiente y de maiz, que los españoles habian dejado ó abandonado; todo no es mas que una ficcion inventada contra la verdad.

El 16 continuando el tiempo en calma, se volvió á tierra para hacer provision de 5 á 6 barricas de agua; yo hubiera sido de la partida, si una indisposicion que me comenzó en la isla de *Pinos*, y se convirtió en fiebre terciana, no me lo hubiera impedido; por este motivo nada puedo decir de aquella isla, mas que lo que pude ver desde el buque, que fue una porcion de árboles llamados *Lataneros*, que solo sirven para hacer escobas y algunas frioleras mas: vímos aquel dia algunas humaredas muy á lo interior de la isla, que nos persuadímos serian señales del número de nuestros buques ó algunos cazadores del pais extraviados.

La noche siguiente, acercándose el dia 17, habiendo refrescado el viento que venia del Nordeste y arreciado de repente, hizo correr al buque la *Belle* sobre su ancla, vino á dar sobre el baupres de la *Aimable*, le rompió la verga de *cebadera* y la de *juanete*, y si no se hubiera largado inmediatamente el cable de la *Aimable*, hubiera estado expuesto á perderse; se zafó con la pérdida del palo de mesana, la de cien brazas de cable y de una ancla rota.

El 18 refrescó el viento, aparejámos, y nos hicímos á la vela como á las 10 de la mañana con proa al Norte y Norte cuarto al Norueste, y no remontámos hasta el medio dia la punta del cabo de san Antonio, que nos demoraba al Este, y continuámos nuestra ruta hácia el Norueste, hasta que el 19 al medio dia nos hallámos á los 22°. 58'. latitud Norte, 287°. 54'. de longitud.

Como dominaban vientos de varios rumbos, los seguímos tambien diferentes; pero lo que nos fue mas ventajoso fue el hermoso tiempo que nos favoreció de tal modo, que no se pasó un solo dia sin que tomásemos nuestras alturas.

El 20 se observó que la aguja variaba cinco grados hácia el Norueste, y nos hallámos á los 26°. 40'. latitud Norte y á los 285°. 16'. de longitud.

El 23 se levantó una gruesa nube por el Norte, que amenazaba mal tiempo, y nos preparámos para recibirlo; pero duró poco nuestro cuidado, por que la nube por varias direcciones se disipó; continuámos por los 28°. 14'. Norte; y tanto por las alturas reconocidas como por el cálculo se juzgó que no estábamos muy distantes de tierra.

Se mandó á *la Belle* á reconocer y adelantarse con la sonda en la mano, y media hora ántes de que se pusiese el sol, vímos á la *Belle* largar su pabellon y ponerse en facha para esperarnos, y habiéndosenos incorporado, dijo el piloto que habia hallado un fondo cenagoso de 32 brazas de agua. A las ocho fondeámos nosotros tambien y encontrámos 40 brazas, á las diez solo 25, y habiendo sondeado *la Belle* á media noche, no halló mas que 17, lo que indicando la proximidad de tierra, nos detuvímos con objeto de esperar al *Joly* y de saber la intencion de Mr. de Beaujeu, quien se nos reunió á poco.

El 27 Mr. de Beaujeu mandó al caballero de Airre, su segundo y dos pilotos, para convenir con Mr. de la Sale en el rumbo que se debia seguir, y se acordó que se navegaria al Oesnorueste, hasta que nos hallásemos á seis brazas de agua; que despues se seguiria al Oeste, y que apénas se descubriese tierra, se mandarian dos lanchas á reconocer el pais. Arregladas así las cosas, partímos con la sonda en la mano para no ser sorprendidos, y como á las diez nos encontrámos á 10 ú 11 brazas de agua, arena fina, de color gris y cenagosa, y al medio dia estábamos á los 28°. 37'. Norte.

El 28 estando sobre 8 á 9 brazas de agua apercibímos á la barca la *Belle*, que iba delante de nosotros y enarboló su pabellon, que era señal de que habia visto alguna cosa; hicímos subir á la gavia á un marinero, el que descubrió la tierra al Nordeste, á distancia de cerca de seis leguas, y habiéndolo entendido Mr. de Beaujeu, juzgó á propósito que anclásemos.

Como no habia entre nosotros quien tuviese conocimiento de aquel golfo, en el que se nos habia dicho, que las corrientes eran muy penosas y llevaban precipitadamente á los bu-

ques hácia el Este, creímos que nos habiamos apartado y que la tierra que veiamos era la bahía de *Apalache*, lo que nos obligó el dia 29 á hacer rumbo al Oesnorueste, costeando siempre la tierra, y se dispuso que el *Joly* nos siguiese por las seis brazas de agua.

A poco tiempo de habernos detenido, observámos que la barca *la Belle* hacia señal de haber descubierto tierra, que divisámos nosotros cuatro leguas ó cerca de ellas. Se avisó á Mr. de Beaujeu, quien se nos acercó y se acordó que se enviaria á alguno para reconocer y tomar noticia de la que nos parecia tierra.

Se hizo armar con este objeto una lancha, en la que se embarcáron Mr. de la Sale, Mr. el caballero de Airre y otros varios; se echó al mar otra lancha, en la que me embarqué con 10 ó 12 de nuestros compañeros, para unirnos á Mr. de la Sale; y la barca *la Belle* recibió órden de seguir siempre costeando la tierra, á fin de que si venia el viento, nos trasbordásemos para no perder tiempo.

Parte de los que iban en la lancha de Mr. de la Sale y que nos precedian, bajáron á tierra, viéron un gran pais llano con grandes pastos; pero no tuviéron tiempo de reconocer nada, porque habiendo refrescado el viento, se reembarcáron para volver á bordo; lo que fue causa de que no llegásemos á tierra, y de que regresásemos con ellos.

El 2 se levantó una niebla que nos hizo perder de vista al *Joly*. Habiendo aclarado el tiempo en la mañana siguiente, se tiráron algunos cañonazos á que contextó el *Joly*, y por la tarde le vímos siguiendo nuestro viento. Continuámos nuestra ruta haciendo diferentes maniobras hasta el 4 por la tarde, que hallándonos á dos leguas y á vista de tierra, anclámos para esperar al *Joly*, que nos tenia en cuidado.

El 5 nos hicímos á la vela, siguiendo el rumbo de Oesudoeste, costeando siempre, hasta cerca de las seis de la tarde que virámos hácia el sur, y en aquella noche anclámos en seis brazas de agua.

El 6 quisímos aparejar; pero habiendo advertido el piloto que el viento refrescaba por la popa y que habia algunos

bancos de arena, se juzgó acertado demorar al ancla hasta que cambiase el viento. Permanecímos allí los dias 6 y 7. Cambiado el viento en el dia 8, navegámos á un largo para evitar aquellos bancos, que son muy peligrosos, y fuímos á anclar á una legua de distancia; y por el informe de que *la Belle* habia descubierto un islote, que parecia situado entre los dos extremos de la bahía, Mr. de la Sale hizo que se subiese á la gavia, y se descubriéron en efecto uno y otro, y se creyó que aquella bahía fuese la llamada del *Espíritu Santo*, segun la relacion de las cartas que teniamos.

El 9 mandó Mr. de la Sale á reconocer los bancos; los que fuéron á hacerlo, refiriéron que era un banco extendido á lo largo de la costa; que habian estado hasta en una braza de agua y que descubriéron la pequeña isla, de que acabamos de hablar, la que no se distingue del banco en las cartas. Habiendo examinado Mr. de la Sale los cálculos, se confirmó en la idea, de que nos hallábamos en la bahía de *Apaláche*, é hizo continuar la ruta.

El 10 tomó la altura que encontró á los 29 °. 23'. Norte. El 11 entrámos en calma y Mr. de la Sale resolvió ir á tierra para ver si descubria algo de lo que buscaba; pero cuando se preparaba, el piloto se puso á murmurar de que acompañásemos 5 ó 6 á Mr. de la Sale, quien con demasiada facilidad desistió del intento, por no disgustar á aquellos brutos. En esto cometió una falta irreparable; porque la opinion de los conocedores, que han visto como yo los resultados del viage, es de que el desembocadero de uno de los brazos del *Missicipi*, el mismo de que Mr. de la Sale tomó la altura en el viage que hizo por el Canadá, no estaba distante de allí, y que debiamos estar muy cerca de la bahía del *Espíritu Santo*.

El designio pues de Mr. de la Sale era el de buscar esa bahía, y descubierta que fuese, habia resuelto echar á tierra treinta hombres, que siguiesen la costa á derecha é izquierda, lo que hubiera hecho encontrar infaliblemente aquel rio fatal y evitado muchas desgracias; pero el cielo le rehusó este favor, y le distrajo de la atencion que le debia merecer un asunto de tal importancia, pues se contentó con enviar al piloto

con uno de los maestres de la barca *la Belle* los que regresáron sin haber visto nada, por causa de una niebla que se levantó; lo único que pudo adelantarse fue lo que dijo el maestre de la barca, y fue que él creia que aquel era un rio que corria á lo largo de los bancos, lo que era muy verosímil; pero no hizo alto ni el menor aprecio de aquel informe.

Habiendo cambiado el viento el dia 12, se levó el ancla, seguímos la ruta hácia el Sudoeste para alejarnos. Habiendo tomado la altura al medio dia, nos encontrámos á los 28°. 50' Norte, y como el viento acababa de cambiar y la corriente que venia del Sur nos llevase á tierra, fuímos precisados á anclar en cinco ó seis brazas de agua y pasámos allí la noche.

El 13 se encontró que el agua comenzaba á faltar y que era necesario bajar á tierra para proverse de algunas barricas; Mr. de la Sale me propuso la ejecucion, de que me encargué con seis de nuestros compañeros que se brindáron; nos embarcámos con nuestras armas; la lancha de *la Belle* con 5 ó 6 hombres siguió á la nuestra y juntos nos dirijímos á tierra.

Nos hallábamos muy cerca, cuando divisámos, una porcion de hombres desnudos que venian á lo largo del rio y juzgámos que serian salvages; nos aproximámos á dos tiros de fusil de tierra, y como las orillas son playas que se ven desde léjos, y las oleadas son altas y gruesas, echámos el ancla temerosos de que naufragase la lancha.

Cuando los salvages nos viéron anclados, hiciéron señal con pieles para que fuésemos á donde ellos estaban; nos mostráron sus arcos y los pusiéron en tierra, avanzando del rio; pero como nos era imposible desembarcar y continuaban ellos sus señas, puse yo mi pañuelo en la punta de mi fusil á manera de pabellon, y les hice señal para que viniesen, á donde estábamos, pasó algun tiempo para que se revolviésen, y en fin muchos de ellos se metiéron en el agua hasta los hombros; mas cuando viéron que las olas los tragaban, saliéron, fuéron á buscar una gruesa y larga pieza de madera, que echáron al agua, y colocándose á los dos lados, apoyado un brazo encima y nadando con el otro, se acercáron á nuestra lancha.

Como esperábamos que Mr. de la Sale pudiese sacar algunas noticias de aquellos salvages, no dudámos meterlos en

nuestra lancha hasta el número de cinco, pero uno despues de otro por cada lado; hicímos á los otros señal de que fuesen á la otra lancha, lo que verificáron y los condujímos á nuestro bordo.

Mr. de la Sale estuvo muy contento de verlos creyendo sacar de ellos algun conocimiento del rio que buscaba; pero fue inutilmente, porque les habló varios idiomas de salvages que sabia y les hizo varias señas, que ni entendiéron ni comprendiéron; si conociéron algo, al ménos hiciéron señas de que ignoraban lo que se les preguntaba; despues de haber fumado y comido, se les enseñaron nuestras armas y el navio, y cuando viéron en uno de sus botes algunos carneros, cerdos, gallinas y pavos y la piel de una vaca, que habiámos matado, expresáron por señas que tenian de todos aquellos animales.

Se les obsequió con algunos cuchillos y cantidad de vasos, y hecho esto se les despidió ;* y como cerca de tierra las oleadas no permitian abordar, se viéron precisados á arrojarse al agua, despues que les atámos al cuello y al mechon de cabellos, que tienen sobre la cabeza, los cuchillos y otros pequeños presentes con que los habia agasajado Mr. de la Sale.

Fuéron á juntarse á los otros que los esperaban y que nos hacian señas para que fuésemos á donde estaban; pero como no podiamos aproximarnos á tierra, revirámos y volvímos á bordo. Es necesario advertir que cuando los devolvímos, hiciéron algunas señales, por las que creímos que nos querian decir, que habia un gran rio, por donde habiamos pasado y que era el que formaba los bancos que habiamos visto.

En el mismo dia, cambiado el viento, levámos el ancla y pusímos la proa al sur para ganar viento, hasta que en la mañana del 14 entrámos en calma; al medio dia la altura fue de 28°. 51'. Norte; refrescó el viento y por la tarde volvímos á tomar nuestra ruta, mas por poco tiempo, porque llevándonos

* *Es muy laudable que Mr. de la Sale no hubiera mandado que alguno de los sacerdotes de su comitiva leyese la biblia en latin á aquellos infelices, para asesinarlos despues, por que no la entendian.*

el viento á tierra, nos vímos precisados á anclar. Esto obligó á Mr. de la Sale á renovar el designio de enviar á algunos á tierra, y los mismos nos reembarcámos en las mismas chalupas para este efecto.

Encontrámos las mismas dificultades que el dia ánterior, es decir, las oleadas tan gruesas, que no nos dejáron acercar á tierra, precisándonos á anclar á cuatro pies de agua: la vista de porcion de corzos y de toros de diferente figura que los nuestros,(*) y que corrian á lo largo de la costa, avivó el deseo, que teniamos de bajar á tierra; sondeámos para el efecto, á fin de ver si desnudándonos podiamos abordar, y encontrámos que nos hallabámos sobre un banco que no dejaba mas que cuatro pies de agua; pero que mas allá, entre la tierra y el banco, habia un canal profundo; cuando estábamos deliberando para saber lo que hariamos, se levantó una tormenta que obligó á Mr. de la Sale á llamarnos por medio de un cañonazo, lo que fue causa de que volviésemos con sentimiento á bordo.

Nuestro informe causó mucha complacencia á Mr. de la Sale, y ánimó mucho á nuestra gente á ir á tierra para cazar y tener carne fresca. Con la esperanza de regresar allí muy pronto, pasámos la noche hasta que cambiado en la mañana el viento, nos hizo levar el ancla y navegar hasta la tarde que anclámos en seis brazas de agua; la tierra, de que no nos alejámos, nos pareció muy bella, y habiendo permanecido hasta el 16, en dicha mañana nos hicímos á la vela con direccion al Oesudoeste, salvámos una punta alejándonos por causa delas rompientes (*) que la batian é hicímos ruta hácia el Sur.

Al medio dia nos encontrámos en los 28°. 20′. Norte, y por lo tanto la diminucion de latitud nos dió á conocer que la costa se extendia al Sur: en la tarde anclámos á seis brazas de agua.

(*) *El búfalo, de que hace una brillante descripcion el ilustre Chateaubriand.*

(*) *Rompientes: escollos ó costa en que se corta el curso de las olas y se levanta el mar.*

No habiendo cambiado el viento, el dia 17 continuámos nuestra ruta al Sudoeste, y habiendo descubierto á cosa de las diez una especie de rio, Mr. de la Sale dispuso que nos embarcásemos en número de diez hombres en una lancha para ir a reconocer aquella playa, y para indagar si habia algun sitio, en que pudíesemos desembarcar; me dió órden de que si encontrábamos un lugar cómodo, se lo avisásemos por medio del humo ó del fuego.

Partímos y hallámos que las rompientes eran contrarias á nuestro desembarque; uno de nosotros se echó desnudo al agua para sondear aquella especie de barra, que habia entre la tierra y nosotros, y habiéndonos manifestado un lugar por el que podiamos pasar, metímos con dificultad nuestra lancha en el canal y saltámos á tierra seis ó siete, despues de haber prevenido á la chalupa que entrase en lo que nos habia parecido un rio, para ver si se encontraba agua dulce.

Luego que bajámos á tierra, hice humo para avisar á Mr. de la Sale, entre tanto avanzámos de un lado y otro sin desviarnos para recibir á Mr. de la Sale, que debia venir, como lo hizo á poco tiempo; pero habiendo encontrado gruesas las oleadas, se volvió; nuestra lancha no halló agua dulce, retrocedió y se puso al ancla para esperarnos.

Nos paseámos de una y otra parte, advertímos un pais seco, que, segun las apariencias, se inundaba de tiempo en tiempo, grandes lagos de agua salada, un poco de yerba, el rastro de los corzos señalado en la arena, de los que vímos muchos sin podernos acercar á ellos; matámos algunos patos y avutardas, y cuando á la tarde nos volviámos, echámos de ménos á un marinero ingles de nacion, que nos faltaba; disparámos algunos tiros de fusil para avisarle, le buscámos en las inmediaciones, nos detuvímos hasta cerca de la caida del sol, y no habiendo adquirido por último niguna noticia, volvímos á la lancha para regresar á bordo.

Dí cuenta á Mr. de la Sale de lo que habiamos visto, lo que le habria complacido, si hubiera sido de agua dulce el rio, que descubrímos; tambien le inquietaba la pérdida del hombre; mas á la media noche vímos una lumbrada en tierra en el mismo lugar, en que habiamos estado, lo que nos hizo

juzgar que era nuestro hombre, al que la lancha fue á buscar luego que amaneció el dia 18.

Hicímos en seguida varias maniobras, continuando nuestra ruta al Sudoeste, las que fuéron seguidas de una calma que nos hizo volver á anclar ; la necesidad de agua nos obligó á concebir de nuevo el designio de retornar al rio, en que estuvímos el dia anterior. Mr, de la Sale tomó al mismo tiempo la resolucion de desembarcar la gente en tierra en bastante número con las municiones necesarias, y ser él mismo de la expedicion, para descubrir y tomar conocimiento del pais ; me mandó que le acompañase ; se viró de bordo para el efecto, y fuímos á anclar al mismo punto.

Habiéndose dado todas las disposiciones necesarias al intento el dia 19, una partida se embarcó en una lancha ; pero habiéndose levantado una niebla muy espesa, que impedia la vista de tierra, se ocurrió á la brújula, y como al acercarse á tierra, se disipó la niebla, vímos un navio que derecho venia á nosotros y que reconocímos ser el *Joly*, en el que navegaba Mr. Beaujeu, lo que nos causó júbilo ; pero no fue de larga duracion, y las consecuencias harán ver que hubiera sido de desear, que Mr. de Beaujeu no se nos hubiera juntado, y que sin vernos mas, hubiera regresado á Francia.

Esta llegada frustró la ejecucion de nuestra empresa ; Mr. de la Sale que se habia puesto en camino y los que se habian adelantado, volviéron á bordo, y algunas horas despues Mr. de Beaujeu le envió á Mr. de Airre, su segundo, acompañado de varias personas, tanto eclesiásticas como de otras de cuyo número era el señor Gabaret, segundo piloto del *Joly*. Mr. de Airre dió grandes quejas á Mr. de la Sale de parte de Mr. Beaujeu, porque, decia él, le habiamos dejado de intento. Esta era una falsedad, pues que, como ya he dicho, el *Joly* estaba anclado delante de nosotros, cuando nos separámos de él ; habiamos disparado un tiro de fusil, á que habia contestado ; y ademas, si hubiéramos querido separarnos, no hubiéramos permanecido siempre á vista de tierra, como lo hicímos, y si Mr. Beaujeu hubiera seguido la misma ruta, segun se habia convenido, no se hubiera separado.

Hubo en seguida muchas disputas entre los capitanes y pilotos tanto en el buque de Mr. de la Sale como en el de Mr. de Beaujeu al regreso de aquellos señores, para saber con exactitud el lugar en que estábamos, y la ruta que nos convenia seguir; los unos sostenian que estábamos mas léjos de lo que pensábamos, y que las corrientes nos habian hecho decaer de rumbo; los otros, que nos hallábamos próximos al rio *Magdalena.*

La primera opinion fue la mas general, y por ella juzgó Mr. de la Sale, despues de haber reflexionado, que habia propasado su rio, lo que era verdad. Como este rio entra en el mar por dos desembocaderos, no podia ménos de que el uno de ellos pasase por aquellos bancos, que descubrímos el seis del mes; y tanto mas cuanto que las alturas que habiamos tomado de los bancos, diferian muy poco de las que habia anotado Mr. de la Sale, cuando vino por el Canadá á reconocer el desembocadero de este rio, segun me lo dijo varias veces el mismo Mr. de la Sale.*

Esta reflexion estimuló á Mr. de la Sale á proponer el designio que tenia de volver á aquellos bancos; dió sus razones y explicó sus dudas; pero su mala suerte quiso, que no se le escuchase; la travesía, por causa de las calmas, habia durado mas tiempo del que se pensó; habia mucha gente en el *Joly* y pocos víveres, segun se decia, para regresar, si se demoraba la partida. Esta razon obligó á Mr. de Beaujeu á pedirlos á Mr. de la Sale; pero como los queria para un largo tiempo, Mr. de la Sale le contestó que no podia darle mas que para 15 dias, y que no necesitaba de tanto tiempo para volver al punto á que tenia intencion de partir, y que ademas no le era posible suministrarle los víveres, sin remover ántes todos los efectos, que estaban en su buque en el fondo de la cala, cuya operacion le expondria á perecer; así nada se resolvió y Mr. de Beaujeu se volvió á bordo.

Miéntras tanto la necesidad de agua nos urgia, y Mr. de

* *Mr. de Joutel en una nota colocada en esta parte dice, que aquel rio puede ser* el que los españoles llaman Rio Escondido. *Esto persuade que Mr. Joutel sabia que los españoles habian precedido á Mr. de la Sale en su reconocimiento.*

la Sale resolvió mandarla buscar en las cercanías del rio inmediato; para el efecto destinó á las dos lanchas que el dia anterior estuviéron dispuestas á partir; se embarcó en una de ellas y me mandó que le siguiese; Mr. de Beaujeu mandó tambien á su lancha á acopiar leña. Al ir encontrámos al expresado señor de Beaujeu en su bote, que volvia de tierra con el señor Minet, ingeniero, que nos dijéron habian estado en una especie de lago salado, en el que los buques habian anclado; seguímos nosotros nuestra ruta y saltámos á tierra.

Una de nuestras lanchas que se habia adelantado, habia remontado legua y media del rio sin encontrar agua dulce en su curso; pero algunos que se habian dispersado á derecha é izquierda, habian descubierto muchos charcos de muy buena agua, de que se llenáron muchas barricas y se mandáron á bordo.

Dormímos en tierra, y habiendo hecho aquel dia nuestros cazadores buena caza de patos, avutardas y cercetas, y de dos corzos en el siguiente, Mr. de la Sale mandó parte á Mr. Beaujeu. Con el resto hicímos una buena comida, y aquella buena caza indujo á varios señores del buque de Mr. Beaujeu, de cuyo número fuéron Mr. du Hamel Alférez, y el Escribano del Rey, á venir á tomar parte en la diversion; pero ellos se fatigáron mucho y no fuéron felices en su caza.

Se llenáron entre tanto muchas barricas de agua tanto para nuestro buque como para el de Mr. de Beaujeu, y pasados algunos dias el teniente Mr. d'Airre vino á tierra á fin de conferenciar con Mr. de la Sale, y saber las providencias que daba sobre víveres: pero como insistian tanto el uno como el otro en sus primeras proposiciones, y viese Mr. de la Sale que Mr. de Beaujeu no queria contentarse con tomar víveres para 15 dias, lo que él juzgaba suficiente para ir al lugar, en que creia encontrar uno de los brazos del *Missicipi*, y que él, conforme á las apariencias, opinaba debia hallarse hácia los bancos de que hemos hablado, nada se concluyó con relacion á este punto. Mr. de Airre se volvió y Mr. de la Sale tomó la resolucion de desembarcar toda su gente, lo que no pudo hacer en algunos dias á causa del mal tiempo, y entre tanto nosotros lográmos muy buena caza.

Impaciente Mr. de la Sale por adquirir alguna noticia de lo que buscaba, resolvió en este pequeño intervalo ir á descubrir por sí mismo y buscar algun rio, mas útil y mas cómodo, que el en que estábamos. Para el efecto llevó consigo cinco ó seis de nosotros; partímos una mañana con una niebla tan espesa que nos hizo perder la huella de los que iban por delante, de tal manera que por algun tiempo perdímos á Mr. de la Sale.

Continuámos nuestra marcha hasta las tres de la tarde, encontrando un terreno arenoso en su mayor parte, un poco de yerba, agua dulce solamente en algunos charcos, el rastro de muchos corzos, címenegas llenas de patos, cercetas y gallinas de agua, y despues de mucha fatiga no hicímos nada de provecho.

Habiendo ido el siguiente dia el salvage, que llevaba consigo Mr. de la Sale, á buscar corzos, encontró un lago que el frio habia elado un poco y multitud de pescados moribundos en las orillas. Vino á avisarnos y fuímos á hacer provision de ellos; los habia allí de un tamaño asombroso y entre ellos truchas extraordinariamente gruesas ó peces muy parecidos á ellas. Hicímos cocer de unos y otros en agua salada y los encontrámos muy buenos; teniendo ya porcion de carne y pesca, nos acostumbrámos á comerlo todo sin pan.

Miéntras que lo pasábamos tan á gusto, Mr. de la Sale esperaba con impaciencia la resolucion que tomase Mr. de Beaujeu: ó para ir al punto en que pretendia encontrar el *Missicipi* ó para tomar cualquiera otra medida; pero viendo en fin que nada adelantaban los negocios, resolvió por sí mismo poner en ejecucion su designio, cuyo plan era bajar á tierra de 120 á 130 hombres para ir á lo largo de la costa y que siguiesen adelante hasta encontrar otro rio; que entre tanto la barca *la Belle* siguiese por mar el mismo camino, sin separarse de la costa para socorrer en caso de necesidad á los que estaban en tierra.

Nos dió á Mr. Moranget, su sobrino, y á mí el mando de esta pequeña expedicion; nos proveyó de víveres de todas clases para ocho ú nueve dias, de armas, utensilios y herramientas, de que pudiéramos necesitar y de lo que cada uno

formó su paquete; nos dió una memoria con sus instrucciones y las señales, de que debiámos usar, y el 4 de Febrero de 1689 nos pusímos en camino.

Seguímos nuestra ruta á lo largo del mar. No fue larga la primera jornada; acampámos en una pequeña altura, oímos un cañonazo que nos puso en inquietud, hicímos las señales prevenidas, y el cinco por la mañana continuámos nuestro camino, Mr. Moranget á la retaguardia y yo á la cabeza de nuestra tropa.

No me detendré en referir algunas pequeñas occurrencias personales ó de poca importancia, de las que la falta de agua dulce era las mas considerable, para decir solamente, que despues de tres dias de marcha encontrámos un gran rio, donde hicímos alto y las señales convenidas, acampando en un sitio cómodo, entre tanto recibiamos noticias de la lancha, que debia seguirnos ó de nuestros buques.

Pero comenzando á faltarnos los víveres y no pareciendo nuestros buques, temiendo ademas algun mal resultado de las diferencias de los señores de Beaujeu y de la Sale, reunímos á los principales de nuestra partida para resolver lo conveniente; se acordó que economizásemos nuestros víveres, miéntras tratábamos de dirigirnos á donde pudiésemos encontrar reses. Pero era preciso pasar el rio y no sabiamos como, porque nuestra tropa era mucha y fue necesario por esta razon tomar el partido de hacer trabajar á algunos carpinteros, que se hallaban entre nosotros, para hacer una canoa, en lo que se ocupáron el 11 y 12 de Febrero.

El dia 13 salímos de este cuidado por la aparicion en el mar de dos buques, y que reconocímos ser el *Joly* y la *Belle*; les hicímos nuestras señales con humo, y no llegáron porque era muy tarde; pero el dia 14 por la mañana la chalupa con el Sr. Barbier y el piloto de la *Belle* avanzáron y sondeáron juntos la entrada del rio.

Encontráron en la barra de 10 á 12 pies de agua, y pasada esta, de 5 á 6 brazas y medio cuarto de legua de ancho; dispusiéron que se sondease cerca de la isla que está entre las dos puntas de la ensenada, en que halláron el mismo fondo; la lancha del *Joly* vino tambien á sondear al otro lado del canal y en especial á lo largo de los bajos; ignoro con cual

objeto vino en el mismo dia Mr. de la Sale, que nos tenia en tanto cuidado, y luego que llegó, mandó cargar la lancha de los víveres que necesitábamos, y que nos los condujese; pero estando el viento en contra, no pudo arribar hasta el dia quince.

En el mismo dia bajó á tierra Mr. de la Sale á visitar el punto y á examinar la entrada del rio que juzgó muy hermosa. Examinado todo, resolvió hacer entrar á la barca *la Belle* y al *Aimable* para ponerlas al abrigo; para el efecto mandó que se sondease é investigase si podian estos dos buques entrar en el mismo dia. Mr. de Beaujeu hizo tambien sondear y durmió en tierra al otro lado del rio, donde observó viñas arrastraderas,* algunos bosques y hastas de ganado vacuno, que supuso habia muerto de sed.

El dia 16 los pilotos del *Joly*, de la *Aimable* y de *la Belle* fuéron tambien á sondear, halláron la entrada fácil y formáron su relacion sumaria; el 17 colocarón valizas para señalar el camino y facilitar la entrada de los buques: todo prometia felices resultados.

El 18 el caballero de Airre vino á tierra á conferenciar con Mr. de la Sale, quien deseando hacer entrar en el mismo dia á la Urca la *Aimable*, mandó descargar las cosas mas pesadas, como el cañon, el fierro y otras. Por fortuna mia mi baul se halló á la mano y fue descargado tambien; pero esta operacion no pudo efectuarse hasta el dia 19, y apénas se concluyó, el capitan aseguró que entraria hasta los ocho pies de agua.

El 20 Mr. de la Sale mandó órden á este capitan de que se aproximase á la barra, y de que entrase con maréa llena, de lo que se le harian señales; mandó tambien al piloto de *la Belle* que fuese á ayudar á la Urca en su entrada.

* *El descubrimiento de las viñas por Mr. de Beaujeu sirve para probar que no fuéron introducidas* por *los europeos en América, si quiere suponerse que ántes de la expedicion de Mr. de la Sale no habian arribado otros de aquella parte del mundo. Pero si se insiste en que no pudiéron plantarse mas que por mano europea, esta fue sin duda la de los españoles, únicos que habian precedido á los franceses en los descubrimientos sobre aquellos terrenos. Uno ú otro resultado es importante.*

El capitan no le permitió entrar, asegurándole que sin él conduciria bien su buque. Todas estas precauciones fuéron inútiles; Mr. de la Sale no pudo evitar su desgracia; habiendo notado sobre la orilla del rio un árbol grueso, que habia juzgado propio para construir una canoa, envió siete ú ocho trabajadores para cortarlo, dos de los cuales volviéron algun tiempo despues muy espantados á decirle, que una muchedumbre de salvages los iba cojiendo, y que creia habian cojido á los demas; Mr. de la Sale nos mandó tomar las armas inmediatamente y marchar en derechura con tambor batiente sobre los salvages, los que habiéndonos visto en esta actitud, volviéron caras y se retiráron.

Deseando Mr. de la Sale unirse con estos salvajes para adquirir alguna instruccion, dispuso que diez de nosotros dejásemos nuestras armas, nos aproximásemos á ellos, y les hiciésemos tambien señas, de que se acercasen. Cuando nos viéron en esta postura y sin armas, la mayor parte de ellos dejó tambien sus arcos y sus flechas; viniéron á juntársenos agasajándonos á su modo, llevando sus manos sobre su pecho y despues sobre el nuestro, é igualmente sobre sus brazos primero y luego sobre los nuestros; con estas demostraciones nos significaban que eran nuestros amigos, lo que daban á entender poniendo la mano sobre el corazon; por nuestra parte hicímos lo mismo.

Seis ó siete de estos salvajes nos siguiéron, y los demas retuviéron como en rehenes á tres de los nuestros; los que viniéron con nosotros fuéron regalados; pero Mr. de la Sale ni por señas ni por otro modo pudo recabar ninguna noticia; todo lo que pudiéron darle á entender fue, que habia buena caza de toros en el pais. Advertímos que su *Ouy* era un cierto grito del fondo de la garganta, semejante al qne hace la gallina para conducir á sus polluelos; Mr. de la Sale les regaló algunos cuchillos, hachas y otras frioleras, con las que se manifestáron contentos y se retiráron. Mr. de la Sale estaba muy complacido de la salida de aquellas gentes, porque se proponia estar presente, cuando entrase la Urca; pero su fatal destino no lo permitió: quiso llevar por sí mismo á los salvages, y nosotros le seguí-

mos en la creencia de hallar á nuestros compañeros en el lugar en que los habiamos dejado; mas encontrámos por el contrario que los salvages los habian llevado á su campo, distante de nosotros legua y media; y como Mr. de la Sablonniere, teniente de infantería, era uno de los que se habian llevado los salvajes, quiso Mr. de la Sale ir tambien á redimirlos; este desgraciado contratiempo le costó bien caro.

Hallándonos en camino para el campo de los salvajes, echámos la vista hácia el mar y observámos que la Urca se hallaba á la vela, lo que admiráron los salvajes que nos acompañaban, y considerando sobre el suceso Mr. de la Sale, nos dijo que aquellas gentes la conducian mal, y que se dirigian hácia los bancos, lo que le causó gran inquietud, sin impedir por esto que avanzásemos. Llegámos al campo de los salvages, que estaba situado sobre una altura, y se componia de cerca de cincuenta chozas de esteras de junco y de otras con pieles secas, construidas por medio de estacas clavadas en forma de cimborio, á manera de los grandes hornos, estando la mayor parte de los salvajes sentados al derredor como en centinela.

Continuábamos avanzando en el pueblo, cuando oímos un cañonazo cuyo estrépito asombró tanto á los salvajes, que todos se arrojáron á tierra; pero Mr. de la Sale y nosotros conocímos que nuestro buque se habia barado en lo que nos confirmámos viendo que cargaba las velas; entre tanto, nos hallábamos demasiado avanzados para retroceder, era preciso rescatar á nuestros compañeros, é ir para el efecto hasta la cabaña del gefe.

Luego que llegámos, fue introducido á ella Mr. de la Sale; se presentáron muchas mugeres salvages, que eran muy feas y completamente desnudas, á excepcion de una piel que las ceñia y llegaba hasta sus rodillas. Pretendiéron conducirnos á sus cabañas; pero Mr. de la Sale habia mandado que no nos separásemos, y que estuviésemos en observacion de si los salvajes se reunian; estuvímos en consecuencia juntos á nuestros centinelas y yo próximo á el.

Nos trajéron algunos trozos de carne de toro, fresca ó acecinada, pedazos de puerco, que cortaban con una especie de

cuchillo de piedra, poniéndole el pie encima y afianzándolo con una mano, para cortarlo con la otra. No vímos entre ellos ningun instrumento de fierro; habian dado de comer á nuestros compañeros que viniéron con ellos, y como Mr. de la Sale se hallaba en una terrible inquietud, nos despedímos muy pronto para regresar. Al partir observámos como cuarenta canoas, construidas algunas á la manera de las que Mr. de la Sale habia visto sobre el *Missicipi*, lo que le hizo creer que este rio no distaba mucho.

Llegámos á poco tiempo á nuestro campo, y encontrámos que la desgracia temida por Mr. de la Sale era demasiado cierta. La urca habia barado en los bancos; la mala maniobra del capitan ó del piloto, que no siguiéron las valizas plantadas, los gritos de un marinero, que se habia colocado sobre la gavia, y que no cesaba de gritar *á la orza*, es decir, que se gobernase hácia el paso marcado, miéntras que el malicioso capitan gritaba por su parte *arriba á la banda*, es decir, por rumbo contrario; la negligencia del dicho capitan en no hacer echar una ancla, luego que sintió que el buque tocaba, lo que hubiera impedido que barase; la afectacion de dejar caer la vela mayor, la de poner su cebadera para llegar mejor y evitar el naufrajio; la resistencia del capitan á recibir al piloto de la barca *la Belle* que Mr. de la Sale le habia enviado para que le ayudase; la sonda que se habia practicado sin necesidad sobre los bancos, y muchas otras particularidades referidas tanto por la tripulacion del buque, como por los que presenciáron esta maniobra, eran testimonios y pruebas incontestables, de que este golpe se habia dado por un designio premeditado, uno de los mas negros y detestables, que han podido jamas entrar en el corazon humano.

La desgracia era tanto mas grande, cuanto que el buque contenia casi todas las municiones, utensilios, herramientas y otros artículos necesarios para el establecimiento de la empresa de Mr. de la Sale. Le fue necesaria toda su constancia para sobrellevarla; pero su firmeza no le abandonó y se ocupó sin turbacion en aplicar al mal los remedios posibles. Se sacó á toda la gente del buque, suplicó él á Mr. de Beaujeu, que le prestase su lancha, para que le ayudase á ex-

traer todo lo que se pudiese; se comenzó por la pólvora y la harina, se salváron como treinta barricas de vino y aguardiente; y como la fortuna se habia encarnizado contra nosotros, hubo dos cosas que contribuyéron á la pérdida total del resto.

La primera fue, que con toda malicia se hizo perecer á nuestra lancha, que durante la noche se hallaba amarrada á la popa del buque encallado, por cuya ocurrencia quedámos reducidos á la lancha de Mr. Beaujeu. La segunda, que soplando fuertemente el viento hizo crecer las olas, que golpeando al buque con violencia, lo rompiéron y entreabriéron, saliendo por esta abertura los efectos y materias ligeras que quedáron al arbitrio del agua. Este accidente ocurrió durante la noche; tan cierto era que todo conspiraba contra nosotros, porque muchas cosas se hubieran salvado, si esto hubiera acontecido de dia.

Miéntras que nos empleábamos en tan tristes ocupaciones, se presentáron los salvajes en nuestro campo en número de ciento ó ciento veinte con sus arcos y sus flechas. Veinte de ellos se mezcláron con nosotros para examinar lo que habiamos salvado del naufragio, estableciéndose allí cuatro centinelas para impedir que se acercasen á la pólvora.

El resto de los salvajes estaba en pelotones. Mr. de la Sale que conocia sus costumbres, nos mandó que observásemos sus movimientos, y que nada se tomase de ellos, lo que no evitó que algunos recibiesen trozos de carne. Deseando poco tiempo despues irse los salvajes, nos invitáron á que los acompañásemos á la caza; pero ademas de que habia mérito para desconfiar de ellos, teniamos otras cosas que hacer. Nos aprovechámos sin embargo de esta ocasion para saber, si querrian vendernos algunas canoas, en lo que conviniéron. El Sr. Barbier fue con ellos, cambió dos por hachas, y las trajo.

Algunos dias despues advertímos fuego en la campaña, que se extendia, y quemaba con rapidez las yerbas secas en direccion al punto en que nos hallábamos; esto obligó á Mr. de la Sale á hacer arrancar inmediatamente la yerba que habia cerca de nosotros y particularmente la mas inmediata á la

pólvora. Queriendo indagar de donde provenia aquel fuego, tomó consigo á veinte de nosotros, avanzámos por aquella parte, y aun mas allá del fuego, sin ver á nadie. Observámos que caminaba hacia el Oesudoeste y juzgámos que habia comenzado por nuestro primer campamento por el pueblo inmediato á aquel sitio.

Habiendo descubierto una cabaña cercana á la orilla del lago, nos aproximámos encontrando á una muger vieja que se hallaba dentro y que se puso en fuga luego que nos vió; pero habiéndola detenido y héchole conocer que no intentábamos causarle mal alguno, volvió á su cabaña, en la que hallámos cántaros de agua de la que bebímos todos. A poco rato vímos venir una canoa con dos mugeres y un muchacho, los que habiendo desembarcado y advertido que no habiamos perjudicado á la vieja, se acercáron á abrazarnos de un modo particular, soplándonos las orejas y avisándonos por señas que sus gentes se hallaban cazando.

Algunos momentos despues apareciéron cerca de nosotros siete ú ocho salvajes, que se habian ocultado probablemente entre la yerba cuando nos divisáron. Al llegar nos saludáron lo mismo que lo habian hecho las mugeres, lo que nos hizo reir. Permanecímos algun tiempo entre ellos. Algunos de los nuestros permutáron cuchillos por pieles de corzo. Despues de esto regresámos á nuestro campo, y estando en él, Mr. de la Sale me mandó entrar en *la Belle*, en la que habia embarcado parte de la pólvora, con órden de no consentir ni llevar fuego á su bordo, porque despues de lo acontecido, habia razon para temerlo todo. Para el efecto se me llamaba á mí y á los que estaban conmigo á comer fuera todos los dias.

En el tiempo en que la *Aimable* baró y se abrió durante la noche, se vió á la mañana siguiente flotar en el mar por uno y otro lado todo lo que habia salido de poco peso, y Mr. de la Sale mandó gente en todas direcciones, que recobró treinta barriles de vino y aguardiente, algunos de carne, harina y legumbres.

Despues de que reunímos tanto lo que se desembarcó del buque naufragado, como lo que se habia podido encontrar

y recobrar del mar, se trató de arreglar lo que habia en realidad de víveres con proporcion á la gente que habiamos y como no teniamos mas galleta, se entregó la harina que se cocia con agua que no era muy buena, alguna haba gruesa y maiz, del que parte estaba mojado, y se distribuyó todo con mucha discrecion. Como nos incomodaba mucho la falta de calderos, Mr. de Beaujeu dió uno á Mr. de la Sale, quien hizo sacar otro de *la Belle* y nos fuéron muy útiles.

Teniamos aun necesidad de canoas y Mr. de la Sale envió al campo de los salvajes á negociar algunas, y los que fuéron mandados advirtiéron que se habian aprovechado ellos de nuestro naufragio y que tenian algunos fardos de covertores de Normandia, de los que se vió que algunas mugeres los habian cortado en dos lienzos y se habian hecho vestidos. Se viéron igualmente pedazos de fierro del buque naufragado, y los nuestros regresáron luego á dar conocimiento á Mr. de la Sale y á decirle que convendria procurarse algunas canoas en cambio y resolvió mandarlos otra vez en el dia. Mr. du Hamel, alférez de Mr. de Beaujeu, se ofreció á ir allá con su lancha, lo que le fue concedido por Mr. de la Sale, quien para el efecto mandó á los Sres. Moranget, su sobrino, Desloges, Oris, Gayen y otros mas, que le acompañasen.

Estos señores que tenian mas exaltacion que prudencia, apénas desembarcáron, marcháron en derechura al campo de los salvajes con las armas en la mano, como si su objeto fuera entrar por la fuerza, lo que hizo que muchos salvajes huyesen. Habiéndose introducido á las chozas, encontráron á algunos de ellos, y les diéron á entender que se proponian recobrar los covertores que habian tomado; pero desgraciadamante ni unos ni otros se entendiéron. Los salvajes tomáron el partido de retirarse, dejando algunos covertores y pieles de animales que tomáron esos señores, y al volver encontráron algunas canoas, se apoderáron de dos y subiéron á ellas para traerlas.

Pero como carecian de remos, no sabian el modo de conducir las canoas y no tenian mas que algunas ruines estacas de que no sabian servirse, y como el viento ademas les era

contrario anduviéron poco camino, lo que visto por el Señor du Hamel que iba en su lancha, y que la noche se aproximaba, tomó la delantera, los abandonó y regresó al campo.

Entre tanto vino la noche, lo que obligó á nuestros navegantes, muy cansados ya, á tomar tierra para reposar ; y como hacia frio, encendiéron fuego, al rededor del cual se acostáron y durmiéron, haciendo lo mismo el centinela que habian establecido. Habiendo notado los salvajes, que habian vuelto á su campo, que se les habian quitado dos canoas, pieles y covertores, se persuadiéron que se les habia declarado la guerra y se resolviéron á tomar venganza. Como observáron un fuego extraordinario, no tuviéron duda de que nuestros compañeros habian hecho alto. Saliéron en gran número sin hacer el menor ruido, encontráron á nuestros descuidados partidarios dormidos en sus covertores, hiciéron una descarga cerrada y repentina de sus flechas, habiendo precedido su grito acostumbrado ántes de dar sus golpes.

El señor Moranget se sintió herido y habiendo despertado con el ruido, se levantó, disparó muy á tiempo su fusil, tiráron otros tambien, lo que bastó para poner en fuga á los salvajes. El Señor Moranget vino á ponernos en alarma, aunque estaba herido de una flecha en el brazo por la parte del hombro y tenia ademas otro golpe en el vientre que habia resbalado. Mr. de la Sale envió inmediatamente gente armada á aquel sitio, la que no encontró á los salvajes ; pero á la llegada del dia vió muertos á los Sres. Oris y Desloges en el puesto, al Sr. Gayen mal herido y á los demas sin novedad.

Esta desgracia sucedida la noche del cinco de Marzo afligió vivamente á Mr. de la Sale ; él lamentaba sobre todo al Sr. Desloges, jóven de espíritu y que servia bien ; pero en fin la falta fue suya y obró contra lo que se le habia recomendado : la desconfianza y vigilancia. Se temia que las flechas con que fuéron heridos los Sres. Moranget y Gayen, estuviesen emponzoñadas ; mas las consecuencias manifestáron que no. Sin embargo el S. Moranget se curó con dificultad, porque se encontró con una pequeña vena cortada.

Este nuevo contratiempo produjo ciertos resultados, que juntos al disgusto que la pérdida de nuestro buque causó entre la mayor parte de los hombres de honor, que habian seguido á Mr. de la Sale, dió pábulo al designio de los que pretendian regresar y abandonarlo: del número de ellos fuéron Mr. Dainmaville, sacerdote del seminario de S. Sulpicio, el S. Minet, ingeniero, y otros mas. Las conversaciones que tenian los enemigos de Mr. de la Sale para desacreditar su conducta y la pretendida temeridad de su empresa no contribuyéron poco á estas deserciones. Pero él apoyado en sola su constancia, entendia y escuchaba todo con paciencia y daba siempre sus órdenes sin desalentarse en lo mas mínimo.

Hizo conducir los muertos y enterrarlos honrosamente; los cañones supliéron la falta de campanas. Se ocupó en seguida en buscar y hacer un establecimiento mas seguro. Dispuso que se reuniese en un sitio todo lo que se habia salvado del naufragio, que se estableciesen trincheras á su derredor para poner en seguridad los efectos; y advirtiendo que las aguas del rio en que nos hallábamos, se precipitaban en el mar con violencia, le ocurrió que podia ser muy bien uno de los brazos del Missicipi, y se propuso remontarlo, para ver si encontraba las señales que habia fijado cuando se dirigió á su desembocadero por tierra.

Entre tanto Mr. de Beaujeu meditaba su partida. El caballero de Airre tuvo muchas conferencias con Mr. de la Sale sobre varios artículos que el segundo habia pedido á Mr. de Beaujeu, especialmente los cañones y balas que se hallaban en el navio *Joly* y habian sido destinados para él; pero Mr. de Beaujeu lo reusó, diciendo, que estando todo en el fondo de su buque, no podia extraerlo sin que pereciese; no ignoraba Mr. de Beaujeu que teniamos ocho piezas de cañon sin una sola bala.

Yo no he podido saber como terminó el negocio entre los dos; pero sí que Mr. de la Sale dejó embarcar con Mr. de Beaujeu al piloto de la barca la *Aimable*, que tan digno era de un castigo ejemplar, si se hubiera obrado en justicia. Su tripulacion le siguió, sin embargo de que Mr. de Beaujeu habia ofrecido que no admitiria á nadie. A vista de tantas

injusticias, no le quedó otro recurso á Mr. de la Sale que escribir á Francia y quejarse á M. de Seignelay, ministro de Estado, á quien dió noticia de cuanto habia pasado, segun supe á mi regreso, entregando el paquete de correspondencia á M. de Beaujeu, que tomó el camino de Europa.

Como he perdido los apuntes que formé entónces, y lo que escribo es sacado solamente del fondo de mi memoria, me propongo no citar fechas en lo de adelante por temor de equivocarlas; por este motivo no puedo fijar el dia de la partida de M. de Beaujeu, que creo sin embargo fue el 14 de Marzo del 1685.

Despues de ella nos ocupámos en construir un fuerte tanto con los restos del buque naufragado como con piezas de madera que arrojaba el mar, y durante este tiempo, ocurriéron muchas deserciones, que aumentáron los cuidados de M. de la Sale. Un cierto español y un frances se desapareciéron y escapáron, sin volverse á saber de ellos. Cuatro ó cinco mas los imitáron y sabido esto por M. de la Sale, los mandó perseguir y fuéron traidos; fue condenado uno de ellos á muerte y el resto á servir al rey por diez años en aquel pais.

Cuando nuestro fuerte estaba ya adelantado, resolvió M. de la Sale instruirse y remontar el rio en que estábamos, á fin de indagar si era uno de los brazos del *Missicipi.* Para el efecto mandó que le siguiesen cincuenta hombres, de cuyo número fuéron M. Cavelier, su hermano y M. Chedeville, sacerdotes ambos, dos padres recoletos y varios voluntarios que partiéron en cinco canoas que teniamos con las provisiones necesarias. Cosa de 130 personas quedámos en el fuerte, cuyo mando me confirió M. de la Sale con órden de no tener relacion alguna con los salvajes, sinó que por el contrario les hiciésemos fuego, si se presentaban.

En la ausencia de M. de la Sale mandé fabricar un horno que nos fue de grande utilidad, y yo me ocupé en perfeccionar nuestro fuerte y en ponerlo en estado de resistir á los salvajes, que venian frecuentemente por la noche á corretear cerca de nosotros imitando el ahullido de los lobos y perros; mas tres ó cuatro tiros de fusil bastaban para hacerlos

huir. Una noche en que se habian disparado seis ó siete tiros, los oyó Mr. de la Sale que no estaba léjos, entró en cuidado, retrocedió con siete ú ocho hombres y lo halló todo en buen estado.

Nos dijo que habia descubierto un hermoso pais propio para sembrar y plantar toda clase de semillas, abundante en ganado vacuno y en caza y que se proponia levantar un fuerte mas en el interior del pais : me dejó órden para el efecto de labrar toda la madera que pudiera encontrar y de la que el mar arrojaba á las orillas gran cantidad. Habia dado la misma órden á los hombres que quedáron en aquel sitio, y ocho que se separáron del grueso dela tropa, en un dia en que se empleaban en aquel trabajo, viéron una reunion de salvajes; se pusiéron en fuga y dejáron en el puesto, muy fuera del caso, las herramientas. Al volver M. de la Sale encontró un papel atado á una caña, en que se le avisaba el accidente, que sintió por la pérdida de las herramientas, no considerando tanto su valor, como el que esto era proveer á los salvajes de cosas, de que pudieran servirse para nuestro daño.

En el principio del mes de Abril nos alarmámos por la aparicion en el mar de un buque, tan cerca de nosotros que podiámos distinguir sus velas ; creímos que pertenecia á los españoles, (*) que podian haber sabido nuestro arribo y estar recorriendo las costas para descubrirnos. Esta ocurrencia nos obligó á estar vigilantes, á reunirnos en el fuerte y prevenir nuestras armas. A poco vímos dos hombres en el buque, el que en vez de dirigirse hácia nosotros, se pasó á la otra punta sin apercirbirnos.

Habiendo observado un dia que el mar bramaba y se alborataba y que los peces eran llevados acá y acullá, hice traer una red, y lográmos una pesca asombrosa de varios pes-

(*) *La aparicion del buque español y el alarma que causó, merecen considerarse. La expedicion de Mr. de la Sale se hallaba altamente comprometida en un punto, que los españoles juzgaban suyo, que sin duda descubriéron ántes y podian disputar á mano armada. ¡ A cuantos peligros estuvo expuesto aquel puñado de bravos franceces !*

cados de los que una gran cantidad era de dorados, barbudos y sargos y de otras clases del tamaño de un arenque, con los que por muchos dias tuvímos buena comida. Esta pesca que yo hacia muchas veces, ayudaba en gran manera á nuestra subsistencia.

En el dia de pascua de este tiempo fue cuando ocurrió al Sr. le Gros un accidente desgraciado: despues del servicio divino tomó un fusil para ir á matar gallinas ciegas en las inmediaciones del fuerte; tiró sobre una que cayó en un pequeño pantano; se descalzó para irla á buscar y al volver pisó inadvertidamente una serpiente de cascabel, llamada así por unas pequeñas escamas que tiene en la punta de la cola, con las que hace ruido; esta serpiente le mordió en el empeine del pie, y aunque fue cuidadosamente atendido, esto no evitó que al fin muriese, despues de haber sufrido mucho, como se dirá en su lugar.

Tuvímos otro accidente, aun mas desastroso todavía: nadando uno de nuestros pescadores cerca de la red para juntar los peces, fue arrebatado por las corrientes y se ahogó, sin que le pudiéramos socorrer.

Nuestras gentes acostumbraban ir á varios pequeños lagos, situados en las cercanías de nuestro fuerte, y halláron sobre la rivera ciertos pescados planos como el rodaballo, que estando dormidos, traspasaban con gruesos palos armados en punta; el pescado era muy bueno. La Providencia quiso que descubriésemos un criadero de sal, que el sol formaba en pequeños charcos de agua salada, situados en diferentes puntos, y habiendo advertido que se formaba una especie de nata, cuidaba yo todos los dias de mandar quitar la flor á aquella agua, y resultaba una sal muy blanca y buena, de que hice un gran acopio, y nos fue de mucha utilidad.

Habiendo advertido algunos de nuestros cazadores que los corzos corrian espantados, creyéron que eran perseguidos por los salvajes, y viniéron á refugiarse al fuerte, y á darme el aviso. En efecto, algun tiempo despues descubrímos á los salvajes amontonados, que avanzáron á colocarse en una altura á tiro de cañon, de los que destacáron una partida, que se aproximó á lo largo de los médanos. Mandé inmediata-

mente poner á nuestra tropa sobre las armas, y para evitar los efectos del fuego que los salvajes arrojan algunas veces con sus flechas, dispuse que nuestras cabañas se cubriesen con los covertores mojados. Entre tanto tres de los que habian sido destacados, se aproximáron mas y mas, manifestando por medio de señas su deseo de que fuésemos á encontrarlos; pero Mr. de la Sale me habia prohibido tener ningun género de commercio con ellos. Sin embargo como no traian ni arcos ni flechas, les hicímos señas de que se acercáran y lo verificáron sin vacilar.

Salímos á juntarnos á ellos fuera del fuerte; M. Moranget les hizo sentar y nos diéron á entender por señas, que sus compañeros se hallaban en la caza, no muy distantes de nosotros. Como no se podia sacar ninguna utilidad, M. Moranget fue de opinion de que les diésemos muerte en venganza del asesinato, que cometiéron en nuestros compañeros; pero yo no lo consentí, etendiendo á que habian venido confiados en nuestra buena fé; les avisé entónces por señas, que partiesen, lo hiciéron con precipitacion, por algunos tiros de fusil al aire echáron á correr y un cañonazo que dirijí hácia la eminencia, en que estaban los demas, los puso á todos en fuga.

Estos encuentros nos obligáron á doblar las centinelas, puesque nos hallábamos en guerra abierta con aquella nacion astuta, que no cesaba de acecharnos para sorprendernos al menor descuido. Por esta consideracion se impusiéron castigos para los que se encontrasen dormidos, estando de centinela; el potro estaba destinado sin esperanza de misericordia, para los que incurriesen en aquella falta. A tales precauciones debímos la vida.

Así pasámos el resto del mes hasta principios de Junio; entre tanto M. de la Sale habia comenzado otro establecimiento en el lugar de que nos habia hablado, y que el preferia en razon de que se hallaba mas adentro del pais; para llevarlo adelante nos envió al Sr. de Villeperdry y órden al S. Moranget para que se le reuniese, si estaba ya curado, y para que partiese toda la gente, á excepcion de trienta hombres los mas capaces de defenderse, que debian permanecer conmi-

go en el fuerte; el resto que constaba de setenta personas así hombres como mujeres y niños, marchó con el Señor Moranget; y como por esta disposicion quedábamos pocos en el fuerte, disminuí su extension para no vernos obligados á conservar tantos centinelas.

Nuestro pequeño destacamento comenzó á sentir satisfaccion por la abundancia y calidad de los víveres, que no se disfrutan cuando es grande el número de gente, y que nosotros adquiríamos de sobra, tanto por la caza como por la pesca, que eran nuestra mayor ocupacion, y vivíamos así muy contentos, esperando que se levantase nuestro campo. Hubo sin embargo algunos disgustados, que tomáron la resolucion de desertarse; pero como la ejecucion de su designio se les dificultó, porque carecian de armas, pólvora y balas, que el Sr. le Gros y yo habíamos encerrado y custodiábamos, para que no se extragesen indebidamente, se decidiéron á adoptar el cruel partido de deshacerse de nosotros.

El sangriento asesinato debia comenzar por mí, miéntras estaba durmiendo, y seguir por el Sr. le Gros, que se acostaba en el almacen y no podia defenderse por el mal estado de su pierna que continuaba inflamada y le causaba mucha pena, y la ejecucion pensaban hacerla por medio del puñal; uno de los conjurados confió el proyecto al Sr. Davault, cazador, quien me lo notició inmediatamente; yo no dí muestra de estar instruido; pero á la tarde despues de la caza prendí á uno, que confesó luego todo, y su cómplice fue arrestado, costándonos gran trabajo y cuidado el guardarlos hasta que se levantó el campo.

Hácia el mes de Julio la barca *la Belle* vino á anclar cerca de nosotros; se me intimó órden de parte de Mr. de la Sale, de que me fuese á incorporar con él, de que embarcase todos los efectos que se hallaban en el fuerte y formase una balsa con la madera que habia mandado labrar, si lo permitia el tiempo, ocultándola en tierra en el caso de que no fuese posible; trabajámos todos con el mayor empeño: nuestros prisioneros fuéron embarcados.

Lo fuéron tambien el S. Gros y su cirujano con todos nuestros efectos. La balsa se habia comenzado con infinita dificultad; mas sobrevino un mal tiempo, tan violento y largo, que me ví precisado á mandar desbaratar lo que se habia hecho y á enterrar la madera en la arena lo mejor que se pudo, para ocultarla de la vista de los salvajes.

Emprendímos en seguida nuestra marcha con direccion al sitio, en que estaban acampados los salvajes la primera vez que fue á verlos M. de la Sale. A nadie encontrámos y descansámos allí la primera noche: continuámos á lo largo del mar sin novedad alguna hasta el campo del S. Hurie, que era un depósito en el que M. de la Sale habia mandado guardar todos los efectos; no tenia otras trincheras que los baules y barricas, bien que nada habia que temer en aquel punto de los europeos.

En aquel puesto pasámos la noche y habiendo llegado al siguiente dia dos canoas, me embarqué con parte de mi tropa y me junté al otro dia con M. de la Sale en el lugar en que habia resuelto hacer su nuevo establecimiento. Le dí cuenta de cuanto habia pasado, y me asombré de ver las cosas tan mal comenzadas y tan poco adelantadas; la siembra de granos y semillas habia sido casi destruida por la sequedad y por los animales. Varios muertos, de cuyo número fue el S. Villeperdry, porcion de enfermos, entre los que se contaba al sacerdote Mr. Cavelier; el que no hubiese mas cubiertas que algunas pieles, en que estaba la pólvora y algunos barriles de aguardiente, y otras muchas incomodidades presentaban todo en la mas triste situacion.

Era necesario pensar en construir un gran alojamiento; este era el intento de M. de la Sale y la dificultad consistia en adquirir madera para formarlo. Habia un pequeño bosque del que podia sacarse cantidad de ella; pero distaba una legua al interior del pais, careciámos de caballos y carros para el trasporte. Mr. de la Sale mandó sin embargo artesanos y gente para que los ayudasen y escoltasen; mas la ignorancia de los carpinteros era tan crasa, que M. de la Sale se vió en la precision de hacer de maestro director y de marcar las piezas para el objeto que se proponia; algunas

piezas de madera se arrastráron hasta nuestro campo por encima de la yerba de que está cubierta la llanura; despues se echó mano de una cureña de cañon con tal trabajo, que aun los mas robustos se rendian.

Este trabajo excesivo, el poco alimento que tenian los obreros y que solia disminuírseles por haber faltado á su deber, la pena que causaba á Mr. de la Sale el que los resultados no correspendiesen á lo que se habia imajinado, lo que lo arrastraba hasta el exceso de maltratar á los suyos frecuentemente sin motivo: esta reunion de circunstancias desagradables entristeció tanto á algunos, que declináron sensiblemente, muriendo mas de treinta de ellos; á tan considerable pérdida se siguió la del maestro carpintero en una tarde que regresaba conmigo; se habia separado un poco en el camino para cazar; volví á nuestra habitacion sin encontrarle y jamas ha vuelto á saberse de él; este accidente contribuyó á aumentar nuestros disgustos, porque aunque no era muy diestro en su oficio, le necesitábamos sin embargo.

A pesar de todos estos obstáculos se condujo, ó mas bien se arrastró madera suficiente para la casa que proyectaba M. de la Sale; él fue tambien el arquitecto; trazó las medidas, las espigas y los ajustes, supliendo por este medio la falta de trabajadores; y habiendo recordado que en la primera habitacion habia yo enterrado muchas piezas de madera que podrian ser útiles, me mandó tomar dos canoas y veinte hombres para irlas á traer con la barca *la Belle*, que nos siguió.

Habiendo llegado al lugar, nos halláмos con que los salvajes habian descubierto nuestra madera y quitado tablas para coger los clavos con que estaban unidas y que apreciaban mucho para armar sus flechas. Nos ocupámos en formar una balsa, cargámos á la barca con el resto de las tablas y otros efectos y emprendímos nuestro regreso; durante nuestro trabajo se presentáron algunos salvages, que huyéron tan luego como nos viéron marchar sobre ellos con las armas en la mano.

Arribámos felizmente á donde estaba Mr. de la Sale, quien se manifestó muy contento de vernos, aunque perdímos una canoa que no se amarró bien á la balsa, porque la madera

que habiamos conducido era un grande auxilio para su empresa y de mas provecho que la trahida con tanta dificultad del bosquecito; con esta madera se pudo levantar otro edificio, que se unió al primero. Todo se cubrió con tablas y por encima de ellas con pieles de toro. Se dividiéron las habitaciones, que se cubriéron todas perfectamente; á los almacenes se destinó un lugar separado y á todo el establecimiento se dió el nombre de san Louis, lo mismo que á la bahía cercana.

El señor Gros que habia quedado en la barca *la Belle* desde el primer viage que hizo á la primera casa, fue sacado y llevado á la nueva, y como su pierna se inchaba mas y mas, el cirujano temió que sobreviniese la cangrena y le aconsejó que se la dejase cortar, en lo que convino aunque con repugnancia : se hizo la operacion y la fiebre le entró tan pronto que murió á los dos dias, en el de la degollacion de S. Juan Bautista, con sentimiento general y en especial de M. de la Sale, á quien era muy útil por su inteligencia en los negocios que tenia entre manos y por su fidelidad á su persona. M. Carpentier, hijo del maestro de obras, y el Sr. Thibault, ambos de Roüen, y algunos otros falleciéron tambien en aquel tiempo.

Como M. de la Sale deseaba emprender un viaje para buscar su funesto rio *Missicipi*, y no esparaba otra cosa que el restablecimiento de su hermano M, Cavelier que le debia acompañar, comenzó á hacer sus preparativos, y entre tanto salia á recorrer las inmediaciones á distancia de cuatro ó cinco leguas, con lo que no adelantó mas que el descubrimiento de un pais muy hermoso, cerrado por un lado por una pequeña montaña, que distaba, segun parecia, quince ó veinte leguas, cubierto de muy bellos árboles y regado por muchos arroyos, de los que era el menor el inmediato á nuestra habitacion y al que dímos nombre de *rio de toros*, por los muchos que habia en las cercanías.

M. de la Sale que formaba varios designios para lograr noticia del *Missicipi*, concibió que podria introducirse por la bahía próxima, y resolvió que se reconociesen las costas que la rodean por medio de *la Belle ;* para este fin me mandó que

me juntase á la expresada barca con cinco hombres y una canoa, en la que él embarcó su ropa y porcion de efectos en algunos baules.

Este corto viaje nos fue muy penoso por el mal tiempo, los vientos y tempestades que estuviéron al punto de hacernos perecer y lo que fue mucho peor no hallámos á la barca *la Belle*, donde la habiamos dejado; avanzámos una legua mas allá inutilmente, y como los víveres comenzaban á faltarnos, porque en vez de tres dias habiamos empleado seis, resolvímos volver al punto, del que habiamos salido.

Viéndonos venir á lo léjos M. de la Sale sálió á encontrarnos; nuestra relacion le hizo entrar en cuidado por la barca de que tanto necesitaba, y resolvió ir á buscarla por sí mismo, embarcándose en una canoa, é hizo que yo partiese en otra con igual fin por otro lado. Al cabo de dos dias de vueltas advertímos que se habia puesto al abrigo en una pequeña ensenada, habiendo estado próxima á perecer por el mal tiempo que sufrímos; perdió su lancha por descuido en amarrarla bien.

M. de la Sale que se hallaba por otro rumbo descubrió tambien la barca; bajó entónces á tierra y mandó su canoa á la barca, en la que el Sr. Moranget que la mandaba, se metió para venir á verle; la pérdida de la lancha disgustó á M. de la Sale, quien mandó una canoa á buscarla sin utilidad alguna; entre tanto los baules se embarcáron en *la Belle*.

Restablecido ya M. Cavelier, dispuso su marcha M. de la Sale. Tuvo á bien honrarme con la comandancia en su lugar, entregándome cuanto habia en la casa por inventario. Quedáron ocho cañones, doscientos fusiles, otros tantos sables, cien barriles de pólvora, tres mil libras de balas, trescientas libras, ó cerca de ellas, de plomo, algun fierro en barras, veinte paquetes de fierro propio para hacer clavos, hierro viejo y algunas herramientas como hachas y otras.

De provisiones de boca me dejó por todo veinte barriles de harina, una barrica y media de vino, las tres cuartas partes de una de aguardiente, y por lo que toca á animales, algunos cerdos, un gallo y una gallina. Todo esto dista mucho de lo que ha referido el autor de un libro titulado *El primer establecimiento en la nueva Francia*. El escribió descansando en

memorias tan poco dignas de crédíto en lo relativo á las provisiones de boca y guerra, que quedáron en nuestra habitacion, como en lo tocante al buen estado del fuerte y á los almacenes subterraneos, puramente imaginarios, pues que no teniamos mas que la casa de que he hablado, empalizada con estacas.

Ademas M. de la Sale me ordenó que no admitise á ninguno de los que llevaba sin órden suya por escrito; de no contraer con los salvages relacion alguna y de hacer fuego sobre ellos, con otras cosas que tuvo por conveniente mandar observar. Antes habia mandado construir una coraza con duelas para defenderse de las flechas, y la llevó consigo; juntó todas las canoas para la expedicion, ofreciéndome devolver una: cinco cañonazos anunciáron su partida.

Tomó su camino rio abajo para ir por tierra á lo largo de la bahía vecina, á la que se habia dado el nombre de S. Luis, miéntras que las canoas le seguian á una vista. Yo quedé en la casa con treinta y cuatro personas entre hombres, mugeres y niños, entrando en el número tres padres recoletos, el Sr. Hurié que debia tomar el mando en mi ausencia, uno de los Sres. Duhaut, el Sr. Tibault y un cirujano.

Como nuestras provisiones eran escasas y era necesario guardarlas para los enfermos, fue preciso dedicarse á la pesca y á la caza. De pronto tanto una como otra fuéron cortas, particularmente la segunda, porque no estábamos aun ejercitados y M. de la Sale habia llevado consigo el cazador. Pero en fin la necesidad nos hizo inteligentes: matámos toros, de que hice acecinar la carne que nos fue muy útil para la subsistencia.

Algunos dias despues arribó la canoa que me habia ofrecido M. de la Sale con tres soldados, quienes nos informáron de la pérdida del cazador que él habia llevado, y que fue encontrado muerto de frio en un hoyo en que se habia metido para descansar á vuelta de la caza, y fue muy sentido de todos.

Nos dijéron tambien que habiendo avanzado M. de la Sale hácia algunas casas, que los salvajes habian abandonado despues de una corta resistencia, resultáron en la fuga algunos

heridos de ellos; que se habia alcanzado y tomado á una jóven y á una muger herida en un muslo de un tiro de fusil, la que murió.

La canoa nos fue de gran provecho para conducir nuestra caza, la que, cuando llegaba á la habitacion, servia para ocupar á todo el mundo: unos la preparaban, otros la cortaban y acecinaban. En las demas horas empleaba yo parte de mi gente en cavar un foso al rededor de nuestra casa.

Así pasámos el tiempo hasta el mes de Enero del 1686, que hallándonos todos en casa, me avisó el centinela que hácia la parte del rio se percibia una voz: se ocurrió inmediatamente, y se encontró á un hombre en una canoa gritando *Dominique*, que era el nombre del jóven Duhaut, que estaba con nosotros. La aparicion de este hombre, me hizo temer que hubiera acontecido á M. de la Sale algun fracaso; me acerqué á el y me hallé con que era Duhaut el mayor.

Le pregunté si traia cartas de M. de la Sale y contestó que no. Yo me encontré embarazado por la prohibicion que se me habia hecho de admitir á nadie sin órden por escrito: estuve por lo mismo resuelto á arrestarle; pero el modo con que me refirió el motivo de su regreso, le justificó enteramente; yo le recibí y él contó lo que le habia pasado, en los términos que siguen.

Habiéndose detenido M. de la Sale algun tiempo en la orilla del mar, cerca del punto en que la barca se habia detenido, quiso reconocer el fondo de las costas inmediatas para averiguar, hasta donde podia aproximarse la barca *la Belle*; para el efecto mandó al piloto con cinco hombres á sondear.

El piloto cumplió con sus órdenes; sondeó y reconoció las cercanías de varias costas; por la tarde hallándose cansados, segun parece, él y su gente, juzgáron conveniente bajar á tierra y dormir en ella; hiciéron fuego, tal vez para cocer alguna carne; pero no habiendo tenido la precaucion de poner un centinela, fuéron sorprendidos y muertos todos por los salvajes, que rompiéron tambien la canoa, vengándose de este modo de la irrupcion de M. de la Sale en su campo.

Pasado en este viaje mas tiempo del que habia prescrito M. de la Sale, entró en cuidado, y marchó él mismo á lo largo de la costa para ver, si lograba alguna noticia de sus hombres y siguiendo el rio, descubrió los tristes restos de aquellos desgraciados, cuyos cadáveres esparcidos á uno y otro lado, estaban descarnados y como devorados por los lobos, ó por los perros* de los salvajes; este espectáculo le conmovió vivamente. Sin embargo de que esta pérdida y especialmente la del piloto, que era un hombre instruido, le causó afliccion, no se abatió por ella como era de temerse; hizo acecinar carne, con la que y con otras provisiones habilitó á la barca, mandando que avanzase á la bahía: dispuso que se embarcase un número considerable de hombres para guardarla, y lo fuéron el sacerdote M. Chedeville y Planterose de Rouen, mandándoles que no abandonasen aquel punto, hasta que recibiesen noticias de él, y que no bajasen á tierra sin una buena escolta y con las precauciones necesarias.

Tomó para sí veinte hombres; se embarcó en las dos canoas que le habian quedado, y habiendo llegado á tierra hizo internar en el rio las canoas, y que todos formasen su equipage compuesto de armas, herramientas, algunos utensilios de cocina y vagatelas para comerciar con los salvajes en el caso de que se manifestasen sociables: entónces penetró al interior del pais á buscar noticias del *Missicipi*.

Despues de varios dias de camino encontráron un hermoso rio á que diéron el nombre de *Maligno*. Como M. de la Sale marchaba á la cabeza de la tropa y habia dado órden al Sr. Moranget de permanecer á retaguardia, este encontró á Duhaut, que se habia detenido para componer su equipage y sus zapatos, que se hallaban en muy mal estado, y le previno

** Se cree generalmente que la raza de los perros se introdujo en América por los Europeos: si se quiere suponer esto cierto, es natural inferir que ántes de los franceses habia sido descubierto y visitado el pais por otros Europeos que no podian ser mas que los españoles. No digo lo mismo de los toros, porque sin duda los que vió M. Joutel eran búfalos ó bisontes.*

que marchase, y aunque le rogó que esperase un rato, no consintió y siguió su camino. Poco despues continuó Duhaut; pero como se habia demorado mucho, no le fue posible alcanzar á la tropa y se halló á la entrada de la noche en una llanura de yerba, en la que aunque se descubrian varias señales de caminos de ganado, ignoraba cual le era conveniente tomar. Tiró algunos fusilazos, sin que por esto adquiriese noticia de la expedicion; y no le quedó otro arbitrio que pasar la noche en aquel mismo lugar.

En la mañana siguiente volvió á tirar, pasó el dia y la noche en el mismo sitio, y no hallando que hacer, retrocedió. Durante un mes anduvo solamente de noche de miedo de encontrarse con los salvajes; vivió de la caza que hacia con dificultad y peligro, porque habia acabado sus provisiones. En fin, despues de infinitos males y angustias llegó al punto en que se dejáron las canoas, sacó una con trabajo indecible y que seria largo referir, y se dirigió á nuestra habitacion de S. Luis. Así es como el Señor permitió, que uno de los futuros asesinos de M. de la Sale saliese de dificultades, y lograse vencer infinitos riesgos.

Esta relacion que juzgué verosímil, me decidió á admitir al Sr. Duhaut, y en realidad yo no podia obrar de otra manera; sin embargo observé cuidadosamente su conducta y nada hallé de que reprenderle. Pasámos algun tiempo mas en las mismas ocupaciones que ántes, y en el intervalo mandé construir otra casa de madera para colocar con separacion á las mugeres.

Como nada he dicho de la situacion de la habitacion de S. Luis ni de la naturaleza del pais, en que nos hallábamos, procuraré dar una descripcion verdadera, aunque desaliñada. Estuvímos colocados á los 27 grados latitud Norte, dos leguas al interior, en el terreno cercano á la *bahía de S. Luis* y al *rio de toros*, sobre una pequeña altura, desde la cual se descubrian muy á lo léjos bellas y extensas campiñas situadas al occidente, unidas y cubiertas de yerbas que sirven de pasto á infinito número de ganado vacuno y á otros animales.

Del occidente al mediodia se veian tambien otras llanuras, adornadas con muchos bosques de árboles de diferentes especies. Por la parte del mediodia y hácia el oriente se descubria la bahía de S. Luis y las campiñas que la rodean ; del oriente al setentrion se presentaba el rio á lo largo de una ladera, y del otro lado de él grandes campiñas con grupos de árboles de distancia en distancia, y terminadas por una muralla de árboles que nos pareciéron muy altos.

Entre esta colina y la habitacion habia una especie de pantanos, abundantes en caza, como chorlitos, gallinas de agua y otras clases ; habia en aquellas cíenegas algunos estanques llenos de peces. Teniamos ademas innumerable ganado vacuno, corzos, conejos, gallinas de la India, avutardas, anzares, cisnes, tordos, pardales, gallinas ciegas, perdices y otras muchas aves, buenas de comerse, entre ellas la que se llama *gran gaznate* por que lo tiene en efecto muy grande, y otra del tamaño y tan carnosa como una gallina, á la que llamábamos *espátula*, porque esta es la figura de su pico, y su pluma de un encarnado obscuro es muy hermosa.

Por lo que toca al pescado, lo teniamos de muchas clases, tanto en el rio como en los estanques, de que he hablado. El rio produce una especie de barbudos diferentes de los nuestros por su redondez, por tres espinas que tienen, una sobre la espalda y las otras dos en ambos lados de las agallas, y porque su carne es semejante á la del bacalao y carece de escamas ; el rio nos proveia de otros muchos pescados cuyos nombres ignoro. El mar nos suministraba ostras, anguilas, truchas, ciertos peces encarnados y otros, cuyo pico largo, puntiagudo y duro rompia todas nuestras redes.

Teniámos una porcion de tortugas, tanto de mar como de tierra, cuyos huevos contribuian á sazonar nuestras salsas ; las de tierra se diferencian de las de mar, en que son mas pequeñas, de figura redonda y con una concha mas hermosa ; se retiran á los hoyos que cavan en la tierra. En la caza de estas tortugas, aconteció que uno de nuestros cirujanos, que las buscaba en uno de los agujeros, fue mordido en el brazo por un animal venenoso, que creímos ser una especie de sapo con cuatro pies, y la parte superior de la espalda con puntas

tan duras como diamantes y una pequeña cola; perteneciese á esta clase de animales ó á la de las culebras, lo cierto es que se le inflamó mucho, y aunque se curó con los remedios que se le hiciéron, le costó un dedo, que fue necesario cortarle.

Entre las serpientes dañosas hay cantidad de víboras, aspides y de otras clases, siendo las mas comunes las que se llaman de cascabel; se encuentran ordinariamente en las malezas, en las que hacen ruido con las escamas que tienen en la punta de la cola, y por lo que se les llama de cascabel. Su carne no pareció mala á algunos de los nuestros, que comiéron de ella, y cuando matábamos algunas, nuestros cerdos las comian con mucho gusto.

Hay tambien en los rios porcion de cocodrilos, de los que algunos son de un espantoso tamaño y grueso: yo maté uno que tenia de cuatro á cinco pies de grueso y veinte de largo que sirvió de alimento á nuestros cerdos. Este animal tiene las piernas cortas, lo que le precisa á arrastrarse mas bien que á andar y hace que se descubra facilmente por las huellas, que deja en la yerba ó en la arena, por donde pasa. Es muy carnívoro y se arroja sobre los hombres y animales, cuando los encuentra metidos en el rio; suele tambien ir á tierra para buscar que comer. Este animal huye de los que le persiguen y persigue á los que huyen: á muchos maté yo con tiros de fusil.

Los bosques se componen de diferentes especies de árboles. Hay encinos, de los que unos conservan siempre su verdor y jamas se despojan de sus hojas, y otros parecidos á los de Europa, que producen un fruto semejante á la nuez de agalla, y que pierden sus hojas en el invierno; los hay aun mas parecidos á los de Francia, pero con la corteza mas gruesa: la bellota de unos y otros es diferente en gusto y en tamaño, de la que producen nuestros encinos.

Se encuentra tambien una especie de árbol que tiene unos pequeños granos, muy encarnados, cuando estan maduros y que son muy dulces; los produce dos veces al año; pero en el segundo no llegan á madurar. Hay otro, cuyo fruto tiene un gusto y virtudes semejantes á los de la caña fístola.

Se hallan allí otros árboles, los mismos que habia visto en las islas, cuyas hojas son como las de la higuera, cuyo nombre tiene el árbol; sus flores nacen al rededor de las hojas, y de aquellas el fruto muy parecido á los higos; pero tanto las hojas como el fruto estan llenos de espinas, que es necesario frotar y limpiar con mucho cuidado ántes de comerlo, porque si no se hace así, se inflaman peligrosamente la boca y la garganta, y puede causar la muerte, como sucedió á un soldado que habia comido con gran ansia y no adoptó aquella precaucion.

Vi allí un árbol semejente al de la palma, cuyas ramas altas y largas se extienden á modo de las de los Lataneros, y cuyo fruto dicen que es muy bueno. Otros hay parecidos á aquel, cuyas hojas son de la figura de un canal tan duras y puntiagudas, que no hay tejido por duro que sea, que no traspasen. Este árbol lleva en lo alto un tallo que florece á manera de ramillete de color blanco-amarillo: algunos tienen en la cima del tallo sesenta flores pendientes, muy semejantes á las de lis,* y cuando se caen aparece un fruto largo como un dedo y mas grueso que el pulgar, lleno de pequeñas semillas, de tal suerte que la cáscara es únicamente lo que se puede comer y cuyo sabor es dulce, como el alzúcar, y muy delicado.

Se encuentran tambien en aquel pais viñas arrastraderas y de otras especies, que trepan hasta la cima de los árboles, y estan cargadas de uvas carnosas y agrias, que distan mucho le la delicadeza de las de Europa†; las pusímos en agraz y sabia muy bien en las salsas. Hay muchos morales á lo largo de los rios; su fruto es mas pequeño, pero mas dulce que el nuestro: sus hojas son hermosas y largas, las que podrian ser muy útiles para la cria de gusanos de seda.

* *No podia dejar de pertenecer á los franceses del siglo* 16 *un pais en que los árboles producen flores como las de lis. Por este principio el Africa que abunda en leones, partenece á los españoles.*

† *Las viñas silvestres y sin cultivo producen siempre uvas tan agrias como las que comió M. Joutel.*

Las campiñas estan sembradas de una especie de pequeña acedera, cuyas hojas son como las del trebol, y su sabor agrio como el de la nuestra : se hallan allí en gran cantidad cebollitas, gruesas como la punta de un dedo, y del mas delicado gusto. Cuando el calor ha penetrado á la tierra, esta planta es la primera que brota y produce flores que forman el mas delicioso esmalte. Nada es mas hermoso que la vista de aquellas extensas llanuras, al tiempo de aparecer las flores ; mil especies de colores diferentes y del mas agradable olor adornan aquellos campos y tienen el aspecto mas encantador. Noté una, que tiene el mismo olor que la *amiga de la noche*, pero cuyas hojas se parecen á las de nuestra borraja ; ví tambien narcisos que huelen lo mismo que los nuestros, claveles de la India y una clase de anémona simple. En el otoño se ponen las flores armarillas en su mayor parte, y esto hace que las campiñas aparezcan del mismo color.

Por último, el clima es dulce y templado, no obstante de que el pais se halla á los 27 grados latitud norte ó cerca de ellos. Sin embargo las semillas que hice sembrar no progresáron, sea por que se habian mojado con agua del mar ú otra causa desconocida. Hubo algunas que naciéron muy bien, como por exemplo, las calabazas, los melones, las remolachas y las escarolas ; pero los animales y en particular los insectos nos dejáron pocas. Me reservo para cuando hable de nuestra mansion entre los indios *Cenis*, despues de haber pasado por tantas naciones que nos separaban de ellos, el tratar de la religion, costumbres, casas y modales de los salvajes porque en lo general se diferencian muy poco entre sí, aunque colocados en diversos paises.*

* *Esta semejanza de los indígenas que llamó justamente la atencion de M. Joutel, es mas notable, si se observa la grande que se encuentra entre los indios de los Estados Unidos y los del Canadá con los de México. En mi viage del año anterior por el Canadá, ví algunos indios completamente semejantes en estatura, facciones, color, modales y trage á los de mi patria, particularmente á los del Estado de Veracruz. Estas observaciones son muy conducentes para la resolucion del problema*

Hacia tiempo que M. de la Sale habia partido y teniámos por él algun cuidado, cuando hácia el mes de Marzo de 1686, estando yo por casualidad en lo alto de la casa, descubrí siete ó ocho hombres que venian con direccion á ella; mandé inmediatamente que me acompañasen ocho hombres armados para ir á encontrarlos, y apénas nos acercámos, vímos que eran M. de la Sale, M. Cavelier su hermano, M. Moranget su sobrino y cinco ó seis mas: el resto de la partida habia ido por otro camino á avisar á los de la barca *la Belle* el regreso de M. de la Sale.

Estaban todos ellos en el peor estado que se puede imaginar, sus vestidos hechos pedazos, la sotana de M. Cavelier en tiras; la mayor parte venian sin sombrero y su ropa blanca no era de mejor condicion: todos sin embargo nos regocijámos por el regreso de M. de la Sale. La relacion que nos hizo de su viaje, reanimó nuestras esperanzas y no pensámos mas que en manifestar nuestro contento del mejor modo que nos fue posible. Solamente la vista de M. Duhaut lo interrumpió por algun momento, porque M. de la Sale algo encolerizado me preguntó la razon que tuve para admitirle; pero habiendo manifestado Duhaut sus motivos y yo los mios, quedámos en paz.

Al dia siguiente, los Sres. le Barbier, le Petit, Cavelier el sobrino, el cirujano y otros que M. de la Sale habia man-

aun pendiente sobre las emigracioncs de los primeros pobladores de América. Las tradiciones de los antiguos mexicanos y una gran parte de las relaciones históricas estan de acuerdo, en que las emigraciones se hiciéron del Norte al Sur; la situacion geográfica de estos paises lo persuade igualmente. La tribu de Natchez del Missicipi es tan parecida á los indios mexicanos que seria muy difícil encontrar alguna desemejanza entre ellos. Hoy se conserva aquella en el pueblo de Saint Andrew, y en mi opinion puede gloriarse de ser el tronco de tantas ramas que se extendiéron por el territorio mexicano. No hago mas que indicar rápidamente mi juicio sobre una cuestion tan grave como interesante en sus consideracionis morales, políticas y religiosas.—

dado á buscar y á dar instrucciones *á la Belle*, regresáron diciendo que no la habian encontrado, lo que causó á M. de la Sale una nueva y grande pena. Habia cometido el error de poner en la barca sus vestidos, ropa blanca, sus papeles y los mejores de sus efectos, de que tan urgente necesidad se tenia: ademas, esta pérdida frustró cuantas medidas habia tomado en su último viaje, y particularmente la de que la expresada barca entrase á los rios que descubrió y avanzase hácia las naciones, con las que habia tenido algunas relaciones; y tambien la de enviarme en la barca con su sobrino M. Moranget á las islas á demandar socorros y acaso el volver por el mar á buscar otra vez su deseado rio.

Desvanecidas todas sus pretensiones, tomó la resolucion de partir segunda vez y hacer un viage por tierra á fin de buscar su rio: descansó algun tiempo y estuvo meditando sobre su partida; pero como carecia de vestidos y de ropa blanca, le proveí de lo que tenia y dí tambien ropa blanca á los Sres. Cavelier su hermano y Moranget su sobrino; les ofrecí en fin cuanto poseia, privándome de lo que les podia ser útil, hasta de 10 ó 12 libras de abalorios, de algunos cuchillos y lesnas que tomó M. de la Sale.

Como el Sr. Duhaut tenia muchos efectos, lienzo, hachas y varias herramientas y mercancias que se habian salvado del naufragio, Mr. de la Sale se aprovechó del lienzo para hacer camisas á los que habian menester de ellas y las herramientas que les eran necesarias: los equipages de los Sres. Tibault, le Gros y Carpentier que habian fallecido, se repartiéron tambien, y con un gran cinturon que yo tenia, se hiciéron zapatos para los Sres. La Sale y Cavelier.

Concluidos estos preparativos, tomó consigo M. de la Sale veinte hombres, de cuyo número fuéron su hermano Mr. Cavelier, el padre recoleto Anastasio, su sobrino M. Moranget, los Sres. Bihorel, Le Clerc, Hurier, Duhaut el jóven, Híens, su cirujano y sus criados. Dejó á los que no podian emprender este segundo viaje y de ellos fuéron su sobrino M. Cavelier, el Sr. Barbier Canadiense y algunos mas. Prepáraron todos los viageros su equipage, verificándose la marcha á fines de Abril de 1686, despues de haberme dado el Sr. la Sale las

órdenes necesarias, lo que por esta vez quiso hacer sin ceremonia alguna.

Algunos dias despues de la partida, oí una voz rio abajo que gritó dos veces *¿ qvien vive?* me adelanté y reconocí al Sr. Chedeville sacerdote, al Sr. Marques de la Sabloniere y á otros de los que habian sido trasbordados á la barca *la Belle*, y se hallaban en una canoa; pregunté inmediatamente por la barca y se me informó que por una serie de desgracias que les habian occurrido, habian encallado en la otra costa de la bahía; mandé que se descargase la canóa, en la cual habia entre otras cosas vestidos de M. de la Sale, una parte de sus papeles, alguna ropa blanca, un poco de abalorios y treinta ó cuarenta libras de harina, que les habian quedado.

En el dia siguiente me instruyó M. Chedeville del pormenor de la desgracia, y me dijo, que habiendo permanecido algun tiempo en la barca, en el sitio prevenido por M. de la Sale, les comenzó á faltar el agua, lo que los obligó á mandar la lancha á tierra para procurársela y llenar cuatro ó cinco barricas; que M. Planterose con seis de los mejores hombres se embarcó en la lancha; que por la tarde la viéron venir; pero como les era contrario el viento y la noche avanzaba, se habia puesto un farol, cuya candela se acabó descuidando el capitan reemplazarla con otra, lo que hizo sin duda, que la lancha no pudiera ver á la barca; que la referida lancha no se habia vuelto á ver y que era muy probable que hubieran perecido cuantos se hallaban en ella.

Me refirió, que sin embargo de esta ocurrencia permaneciéron algunos dias en el mismo punto; que entre tanto muriéron tres ó cuatro, y que careciendo ya de agua, se habian comido los cerdos ántes de que falleciesen de sed. En este estado resolviéron levantar el ancla para aproximarse á la habitacion; pero como estaban faltos de gente y para colmo de su desventura tenian el viento en contra, fuéron arrojados al otro lado de la bahía, donde encalláron.

Como en tales circunstancias ya no tenian lancha ni bastante gente para extraer los efectos, no les quedó otro recurso que construir una balsa con algunas barricas y tablas; pero como estaba mal hecha y mal liada, pereciéron los primeros que

subiéron á ella. Habiendo construido otra balsa mejor amarrada, consiguiéron por este medio salvar algunas velas y jarcia, mucho pertrecho, ropa, equipages y los papeles de M. de la Sale y de otros. En seguida se detuviéron en tierra en espera de noticias, y habiendo encontrado una canoa, la misma que se habia perdido ántes á orillas de la bahía, y que el mar habia llevado á la costa opuesta, se embarcáron en ella para buscarnos, porque los víveres les habian faltado totalmente. Se consideraban muy afortunados en no haber sido descubiertos por los salvajes en el tiempo de su mansion en tierra que fue de tres meses, y de haber hallado una canoa en que poder regresar.

El Sr. Barbier estaba encargado desde la partida de M. de la Sale de proveernos de caza y ademas de acopiar cortezas de árbol para cubrir nuestras casas, en lugar de los cueros que secados por el sol, se encogian y dejaban descubierta una parte de los techos de nuestros edificios. Tambien le previne que cortase estacas para formar una palizada al rededor de nuestra habitacion, y como el Sr. Chedeville me habia dicho que enterráron varias cosas, que no pudiéron conducir, mandé al expresado Sr. Barbier con dos canoas y quince hombres á aquel lugar, en el que encontráron algunos pedreros, jarcia y velas; los salvajes habian descubierto el escondrijo y se tomáron pedazos de lienzo y algun fierro, de que son tan codiciosos.

Vuelto el S. Barbier y continuando en su ejercicio de caza, tuvo un encuentro con los salvajes, de los que algunos estaban provistos con los fusiles que habian quitado á los nuestros; disparáron sin acierto algunos tiros, y tres ó cuatro que se dirigiéron contra ellos, bastáron para hacerlos retirar. Se hallaba entónces en una canoa sobre el rio que deseaban remontar; pero el encuentro le habia precisado á tomar un camino contrario; lo notáron los salvajes, pasáron ocho el rio á nado, hiciéron por adelantarse á la canoa, se colocáron entre la yerba cerca del punto por el que ella debia pasar, y cuando viéron que no distaba mucho, disparáron sus flechas de que varios resultáron heridos; un fusilazo que tiró M.

Barbier los puso en fuga ; él continuó su camino y regresó á nuestra habitacion.

Algunos dias despues vímos una banda de toros, que huia : juzgámos que los salvajes andaban en su persecucion, y esta fue la verdad. Algunos de ellos se acercáron á nuestra casa ; pero un cañonazo que yo dirigí al monton y un fusilazo del S. Barbier bastó para que se dispersasen y huyéron.

Cuando el Sr. Barbier iba á caza, enviaba yo una que otra vez algunas muchachas y mugeres para acecinar las carnes ; pero habiéndoseme avisado que se separaba de la tropa con una muchacha de la que estaba enamorado, de lo que se hacian bien fundadas burlas, y sabido por M. Barbier que todo estaba en mi conocimiento, me llamó aparte, y me pidió permiso para casarse con aquella muchacha ; de pronto se lo dificulté, diciéndole que aguardase á la vuelta de M. de la Sale ; pero en fin, considerando que podian haber hecho algunas anticipaciones al matrimonio, seguí el consejo de los padres recoletos y del padre Chedeville, y le dí licencia para que se casase. A su ejemplo el Sr. Marques de la Sablonniere pretendió el mismo permiso para casarse con una jóven que amaba ; pero se lo negué absolutamente, prohibiéndole ademas que volviese á verla.

Algun tiempo se pasó sin que ocurriesen cosas dignas de memoria ; referiré sin embargo dos relativas á los padres recoletos : la una es que hallándose el padre Anastasio conmigo en la caza de toros, se acercó demasiado presto á uno que yo habia tirado y abatido, y el animal se levantó, se arrojó sobre él y le derribó, costándole trabajo retirarse y á mí socorrerle, porque no me atrevia á disparar de miedo de matarle ; pero el toro volvió á caer por su debilidad, se libertó el padre y estuvo enfermo algunos meses. La otra cosa fue, que el padre Máximo habia escrito memorias sobre la conducta de M. de la Sale, que el reprobaba en muchos puntos ; habiéndoseme dado aviso, encontré medio de hacerme de las memorias y las eché al fuego sin disgusto por ello del padre.

En este mismo tiempo aconteció que la mayor parte de los nuestros comenzase á murmurar, viendo que M. de la Sale no parecia ; el Sr. Duhaut, que acaso fué el primero en ex-

citar aquellos movimientos, apoyaba las quejas de los descontentos, les prometia mucho de su mando, les ofrecia auxiliar con los efectos de que estaba en posesion, queriendo, me parece, insinuarse de esta manera en los espíritus para cierto designio que probablemente habia concebido desde entónces.

No tardé en ser instruido de todo y hubiera hecho un gran servicio á M. de la Sale, si yo hubiera hecho perecer desde aquel tiempo al que habia de ser su asesino ; pero me contenté con darle una severa reprension y con amenazarle de que le arrestaria, si no se enmendaba : en la situacion en que yo me encontraba, no podia obrar de otro modo. Entre tanto hablé á unos y á otros y les dí tan buenas esperanzas del regreso de M. de la Sale, y de que los negocios cambiarian prontamente de aspecto á su gusto, que logré tranquilizar los ánimos.

Mas como la ociosidad engendra muy frecuentemente el fastidio y la impaciencia, procuraba yo evitarla cuanto estaba en mi arbitrio, ocupando á mi gente en trabajos ligeros, á unos en cortar la maleza cerca de la habitacion, á otros en derribar los árboles que quitaban la vista ; otros arrancaban la yerba al derrededor de nuestro cercado hasta cierta distancia, á fin de que naciese nueva para nuestros animales, y por la tarde disponia que se divirtiesen en cantar y bailar.

Miéntras que nosotros pasábamos el tiempo del mejor modo que nos era posible, M. de la Sale habia penetrado mucho en el interior con direccion al Méjico Setentrional. (*) Habia atravesado por muchas naciones, cuyos pueblos eran sociables en su mayor parte, y con los que habia contratado una especie de alianza, particularmente con los *Cenis* y otros, cuyos nombres diré despues. Habia descubierto paises encantadores, abundantes en cuanto podia apetecerse, tanto para el alimento, como para formar cómodos establecimientos, y despues de haber sufrido tanto él como su sobrino M. Moranget grandes enfermedades, volvió á nuestra habitacion con cinco

(*) Recordando el punto de que partió Mr. de la Sale, es digna de considerarse esta noticia de Mr. Joutel.

caballos (*) que habia comprado en el mes de Agosto de 1686.

Oí su voz y fuí uno de los primeros en salir á encontrarle. Tomámos dos canoas para pasar su gente y equipages, y los caballos fuéron conducidos á nado. Estuvímos muy contentos de ver á nuestro gefe de vuelta, aunque nada habia adelantado en este viaje. M. de la Sale no halló su rio y no estuvo, como esperábamos, por el lado de los *Illinois*; no regresó mas que con ocho hombres de veinte que llevó al partir, quedando reducido el fruto del viaje á los cincos caballos que traia cargados de maiz ó sea trigo de indias y algunos granos, que se guardáron en el almacen.

Luego que arribó Mr. de la Sale me preguntó si habian vuelto los Sres. de Clerc, Hurié y Duhaut el jóven con dos mas que no pudiendo sobrellevar las fatigas del viaje, habian obtenido su permiso de regresar; é instruido de que no habian parecido, infirió de ello que los salvajes los habrian matado. Se nos dijo tambien que el Sr. Bihorel se habia separado y perdido sin que se hubiera vuelto á adquirir noticia de su paradero: un criado de Mr. de la Sale, llamado Mesnil, fué arrastrado hasta el fondo del rio y le devoró un cocodrilo; cuatro desertáron y abandonáron á Mr. de la Sale, cuando se hallaba en la parte de los *Cenis*.

Todo esto era triste y deplorable; pero el humor siempre igual del gefe tranquilizaba á todo él mundo; él encontraba recursos para todo por su espíritu que era capaz de adelantar las esperanzas mas abatidas; la vuelta y la vista de Mr. Chedeville le regocijó, y le causó mucho gusto haber recobrado sus vestidos y parte de sus papeles. Pasado algun tiempo de descanso, se trató de emprender un viaje al pais de los *Illinios* y de buscar por ese camino, y con preferencia á todo, el rio *Missicipi*; pero se juzgó mas acertado dejar pasar los grandes calores ántes de emprenderlo.

Entre tanto, mandó cercar con estacas un lugar para destinarlo á un nuevo almacen; se aprovechó para este fin de los

(*) *Es muy natural que estos caballos hubieran sido llevados por los españoles.*

árboles que yo habia hecho cortar y dispuso que se cortasen mas para el mismo destino. Como para este trabajo se destacaba alguna gente, siete ú ocho que estaban á las órdenes del Sr. Barbier, fuéron observados por los salvajes, que en mayor número pareció que pretendian envolverlos; pero habiendo cubierto todos los nuestros su espalda con los árboles y disparado varios tiros de fusil, de los que un salvaje vino al suelo, sus compañeros le cogiéron y se retiráron. No pasó mucho tiempo sin que tomasen venganza, porque nos matáron dos hombres, al uno muy cerca de nuestra habitacion, y al otro cuando se separó de la tropa para coger verdolagas, sin que se le hubiera podido dar socorro.

Como se hablaba frecuentemente del viaje á los *Illinois*, un dia me preguntó Mr. de la Sale si queria yo ser de la espedicion, y dirijirme despues por el Canadá á Francia en solicitud de auxilios: le dí seguridades de mi obediencia á su voluntad y de la fidelidad con que sabria cumplimentarla. Entónces comenzó á preparar poco á poco todo lo necesario para la empresa. Tomó dos pares de sábanas que yo tenia para hacer ropa blanca y con las velas de la barca *la Belle* se hiciéron vestidos; del lienzo que conservaba Mr. Duhaut proveyó á varios, adelantándose así su proyecto, que un accidente vino á retardar.

Este fue la incomodidad de una hernia que atacó á Mr. de la Sale, y habiéndome dicho que en ese estado no le era posible emprender su viaje, me ofrecí á hacerlo yo, si gustaba franquearme su salvaje y quince hombres; pero su respuesta fue que consideraba necesaria su presencia entre los *Illinois* y que ademas era conveniente que su hermano marchase á Francia; así reusó mi propuesta y no me fue dado evitar el fatal destino de este viaje.

De esta manera pasámos algun tiempo, durante el cual ocurrió una disputa acerca de los privilegios que el rey concede á los que nacen primero en las colonias francesas de América. La esposa del Sr. Barbier estaba preñada y él pretendia que este hijo tenia derecho al privilegio concedido; la viuda de Talon habia parido en la travesía de Francia á América y alegaba que su hijo, aunque nacido ántes de arri-

bar, debia ser preferido ; pero como la muger del Sr. Barbier malparió, el asunto quedó indeciso.

Luego que Mr. de la Sale se restableció de su enfermedad, se dió principio á los preparativos de viaje. Viniéron entre tanto las fiestas de navidad : la misa de media noche se cantó solemnemente, y llegada la fiesta de Reyes, no dejámos de gritar *le Roy le boit*, aunque con agua sola. Hecho esto, ya no se pensó mas que en la marcha. Mr. de la Sale confirió el mando de la habitacion al Sr. Barbier, y le previno cuanto debia hacer y observar durante su ausencia.

Quedáron en ella los padres recoletos Máximo y Zenobio, el padre Mr. Chedeville, el Sr. Barbier, su esposa, un cirujano y otros hasta el número de veinte, entre los que se contaban siete mugeres ó muchachas, siendo el Sr. Barbier el único casado. Este número dista mucho del grande, que tan fuera de razon se ha supuesto que quedó en la habitacion : en verdad que no era mayor y por lo que toca á los salvajes, ya se ha dicho que Mr. de la Sale habia prohibido toda comunicacion con ellos. Por lo respectivo á bestias, setenta ó setenta y cinco cochinos quedáron entre grandes y chicos, lo que no era mala provision, diez y ocho ó veinte gallinas, algunos barriles de harina que se reservaban para los enfermos, la pólvora, el plomo y ocho cañones sin balas.

Partímos el 12 de Enero del año de 1687, en número de diez y siete personas, á saber : Mr. de la Sale, el sacerdote Mr. Cavalier su hermano, el padre Anastasio recoleto, los Srs. Duhaut el mayor, l'Archeveque, Hiens, Liotot cirujano, el jóven Talon, un salvaje y un lacayo de Mr. de la Sale. Tomámos una parte de lo mejor que cada uno poseia, y de que se creia necesitar, y cargámos con ello los cinco caballos. Nos separámos unos y otros de una manera tan tierna y tan triste, que parecia que todos teniamos el secreto presentimiento de que jamás volveriamos á vernos. El padre Zenobio fue el que mas apasionado se mostró, diciéndome que ninguna otra separacion le habia sido tan sensible como esta.

En el primer dia llegámos á un sitio llamado *le Boucan*, porque en él se acecinaba la carne ; este lugar dista poco de la habitacion. El 13 atravesámos una campiña de cerca de dos

leguas, donde vímos varias partidas de toros, de corzos, pavos, avutardas y otras especies de caza: encontrámos terrenos pantanosos que fatigaban á nuestros caballos, y un bosque que terminaba la llanura, por el que atraviesa un brazo de rio lleno de cañaverales, al que Mr. de la Sale dió el nombre de *la Princesse*: este brazo se junta á otro y ambos bajan á la bahía de St. Luis.

A la entrada de este bosque matámos cinco toros; el rio lo pasámos á vado y fuímos á acampar media legua adelante, de donde mandó gente Mr. de la Sale á traer en los caballos la carne de los toros que habiamos muerto y cuyas pieles nos fuéron de gran provecho, por la fuerte lluvia que sobrevino.

Habiendo cesado de llover el dia 14, atravesámos otra grande y larga campiña, muy abundante en toros y en caza: vímos por uno y otro lado caminos hechos por los toros, observámos varios pelotones de ellos que andaban aprisa y otros que corrian, lo que nos persuadió que los salvajes los arrojában. En efecto, habiéndonos demorado para relevar á un caballo que se habia cansado, observámos que un salvaje los perseguia muy de cerca; Mr. de la Sale inmediatamente dispuso que se descargase un caballo, un hombre montó en él, corrió, alcanzó al salvaje y le trajo.

El salvaje se creyó perdido, cuando se vió en medio de nosotros; el miedo le hacia temblar y no era sin motivo, porque la mayor parte de los nuestros habia resuelto hacerle morir. Pero á esto se opuso Mr. de la Sale, exponiendo que éramos pocos, que el número de los que quedáron en la habitacion era corto y que léjos de exitar el odio de los salvajes, lo que convenia era tratarlos con dulzura para conservar por este medio la paz con ellos; máxima incontestable, cuya práctica hubiera hecho su felicidad, si siempre la hubiera observado.

Mandó que se hiciese lumbre y que se le diese de comer y fumar; le obsequió en seguida con un poco de tabaco y algunas otras bagatelas, y le explicó que no venia á hacer mal á nadie, que su deseo era estar en paz con todos y le despidió: el salvaje se tranquilizó un tanto; pero inquieto siempre sobre su suerte, al principio se retiró paso á paso mirando siempre por todos lados, y cuando ya estaba fuera de alcance,

echó á correr con la mayor precipitacion. Continuámos nuestro camino, y á poco tiempo descubrímos á otro salvaje que corria tambien en pos del ganado: Mr. de la Sale hizo coger y mandárnosle; se le dió el mismo trato que al primero.

No nos hallábamos léjos de aquel lugar, cuando observámos una muchedumbre de salvajes que se nos acercaban por nuestra izquierda y no obstante continuámos nuestro camino. Pero cuando ya estaban al frente, M. de la Sale mandó hacer alto. Viendo los salvajes que nos habiamos detenido, se detuviéron tambien. Habiéndolo notado M. de la Sale, puso en tierra su fusil y avanzó hácia ellos indicándoles por señas que se acercase el que los mandaba, y era un hombre bien formado: este salvaje se acercó y le siguiéron los demas acariciándonos á su modo: les correspondímos lo mejor que pudímos, y se les hizo despues fumar.

Les dió á entender en seguida M. de la Sale, que iba al pais de los Cenis, que deseábamos paz con todos, que de allí regresariamos luego á nuestra patria, de donde les traeriamos cuanto hubieran menester; despues de esto les distribuyó algunos manojos de tabaco, abalorios y algunos cuchillos, de todo lo cual se manifestáron por señas muy satisfechos. Entónces se retiráron cada cual por su lado. Anduvímos aun media legua mas para llegar á un bosque, en que habia acampado M. de la Sale en su viage anterior: derribámos algunos árboles para fortificar el campamento que hicímos en la noche siguiente.

Aun no habiamos concluido nuestro atrincheramiento, cuando observámos á un salvaje, luego dos y últimamente tres, que se nos acercaban unos tras otros; habiendo entrado M. de la Sale en alguna desconfianza, nos mandó tomar las armas, y que estuviéramos alerta para evitar una sopresa, y él marchó á encontrarlos; ellos le manifestáron que sus gentes les habian dicho que no haciamos mal á nadie, lo que estaba en razon y que su objeto era visitarnos. Se les dió el mismo trato que á los otros, y despues se les hizo señas de que se retirasen, por que la noche se acercaba; como habiamos notado que observáron que nos estábamos fortificando, estuvímos en vela toda la noche que se pasó sin novedad.

En el dia quince seguímos nuestro camino con el intento de buscar un vado en el rio *la Princese*, por el que M. de la Sale habia pasado ántes. Pero como no lo encontrámos y habia crecido mucho el agua del rio, nos vímos en la necesidad de subir mas arriba, pasando por muy bellos prados y por bosques espesos, compuestos de diferentes especies de árboles, pero todos de corta edad, del mismo grueso, altos, derechos y que parecian plantados en linea. El rio que atravesaba por medio de aquellas hermosas bóvedas y los varios arroyos que corrian acá y acullá, formaban juntos un paisage encantador.

Encontrámos tambien algunos bosques tan espesos que era preciso abrir camino con el hacha para que pudieran pasar nuestros caballos : matámos un toro por la tarde y acampámos en un bosquecito con las convenientes precauciones.

El dia 16 continuámos nuestro camino costeando y remontando siempre el rio, encontrando de tiempo en tiempo los mismos paisages y los mismos obstáculos en los bosques, en los que era preciso ir abriendo camino, lo que nos fatigaba mucho. Pero la abundancia de caza y sobre todo de gallinas de la india, de que matámos una gran cantidad, suavizaba nuestras penas y contribuia á hacer soportar el trabajo con mas gusto.

La jornada del 17 nos fue muy molesta por los bosques y arroyos que tuvímos que atravesar; llegámos despues á una cuesta, en la que habia doscientas ó trescientas cabañas de salvajes. Estas cabañas parecian hornos grandes, formados con estacas plantadas en redondo, y unidas arriba á modo de cimborio. Habian servido de campamento á los salvajes, quienes cuando partiéron, se lleváron los cueros con que las cubren y las esteras con que las adornan, y les sirven de lecho.

Al cabo de algunas horas de camino, nuestro salvaje descubrió una partida de toros y se matáron siete ú ocho : hicímos provision de la mejor carne y seguímos nuestro camino por medio de los bosques. Vadeámos un brazo del rio y llegámos á la orilla de otro, cuyo fondo era tan peligroso que tuvímos que acampar en la rivera, y como llovió por la noche y en todo el dia siguiente, nos fue inevitable el permanecer allí.

Habiendo cesado la lluvia el dia 19, nos pusímos en camino en medio de una densa niebla y con el agua algunas veces hasta las rodillas y aun mas arriba, lo que junto con las aberturas que era necesario hacer en las malezas, nos fatigó mas allá de lo que se puede imaginar: hubiéramos adelantado mas, si no estuviéramos advertidos de seguir los caminos trazados por el ganado, cuyo instinto los lleva siempre á los lugares mas fáciles para el tránsito.

Así que, en aquellos caminos no experimentámos otra incomodidad que la de hallarlos llenos de agua y muy escabrosos, lo que no era muy ventajoso para nuestro calzado, que era un pedazo de piel fresca de toro ó becerra, y de lo que nos habiamos hecho una especie de escarpines, para que supliesen la falta de zapatos: este pobre calzado se nos secaba en los pies durante el calor y no era poco el mal que nos causaba, y nos veiamos muchas veces en la necesidad de meter los pies en el agua para ablandar nuestros escarpines. Caminámos todo el dia sufriendo estas molestias, sin encontrar un lugar á propósito para acampar, hasta que arribámos á un rio, cuya elevada orilla nos proporcionó un sitio adecuado para descansar.

Una llovizna impidió que marchásemos el dia 10; despues de haber atravesado media legua de bosques y otra media de pantanos, llegámos á una dilatada llanura, atravesada de caminos de ganado que iban á dar al rio, lo que nos inclinó á creer, que podia haber por allí algun vado; continuámos y encontrámos el rio tan desbordado y su corriente tan rápida que nos fue imposible pasar y nos detuvímos por necesidad en la rivera, en la que cazámos toros que no nos faltáron, ni tampoco gallinas de la india y otras especies de caza.

El 21 avanzámos arriba del rio y habiéndo hallado un lugar estrecho y profundo, se derribó un árbol que hicímos atravesar de un lado al otro como si fuera tabla, y de mano en mano pasámos nuestros equipages: los caballos pasáron á nado y fuímos á acampar en la orilla opuesta, cerca de una campiña muy hermosa.

Miéntras que haciamos un corto acopio de árboles para atrincherarnos, oímos una voz y nos pusímos sobre las armas:

fuímos hácia el punto en que se habia percibido y descubrímos una partida de quince salvajes que se aproximaba y nos hizo señas, arrojando sus arcos en tierra, de que venian de paz ; les avisámos por señas que podian acercarse; lo hiciéron y nos acariciáron á su modo. Se les hizo sentar, y que fumasen ; M. de la Sale entró en conversacion con ellos ya por señas ya por medio de algunas palabras que sabia del idioma de los *Cenis :* entendió que eran sus vecinos y aliados, que su pueblo no estaba distante y que su nacion se llamaba *Hebahamo.* Se les obsequió con algunos pequeños regalos y se retiráron, prometiendo volver al dia siguiente.

Como el dia 22 estaban cansados y lastimados nuestros caballos y nosotros muy rendidos, hícimos alto aquel dia, y los salvajes no dejáron de venir en número de 29, de los que algunos tenian escudos ó rodelas del cuero mas fuerte de toro ; nos noticiáron que estaban en guerra por el rumbo del norueste, y que habian visto ántes hombres semejantes á nosotros, que no distaban mas que diez jornadas del lugar en que nos hallábamos ; y por las señas que nos diéron de ellos, juzgamos que la Nueva España* era el pais de que hablaban.

M. de la Sale aprendió algunas palabras de su lengua que era muy diferente de la de los *Cenis* y mucho mas difícil. En cuanto á sus modales, son mas semejantes. Habiéndonos manifestado que por el rumbo del norueste encontrariamos campiñas mas transitables y que así podriamos evitar el tránsito por medio de los bosques, se les dió de comer y algunos regalos y se les despidió : la lluvia que sobrevino y duró toda la noche, fue la causa de que no continuáramos el dia 24 : en el 29 anduvímos poco por la continuacion de la lluvia y porque encontrámos varios rios muy crecidos.

En el 26 seguímos nuestra marcha y llegámos á un rio llamado *la Sablonniere* por la mucha arena de que está lleno. Habiéndolo dejado el dia 27, encontrámos otro pequeño rio angosto, pero muy profundo ; continuámos mas arriba, des-

* *Apénas podrá desearse una mejor prueba de que los españoles precediéron á los franceses en la visita de aquellos territorios.*

cubrímos un vado y fuímos á acampar del otro lado en un bosquecito, en que pasámos muy mala noche porque volvió á llover, y como el rio se desbordó, tuvímos que construir un tablado y subirnos encima, á fin de evitar que nuestra pólvora y equipajes se mojasen; viendo en el dia 27 que no cesaba de caer agua, levantámos el campo para ir una legua mas adelante á un sitio mas alto, é hicímos una gran lumbrada para calentarnos y secarnos.

Vímos entre tanto un pais muy bello, cuyas campiñas matizadas de bosques, se perdian de vista y formaban la mas agradable perspectiva. Atravesámos parte de ellas el dia 28, y en el 29 despues de tres horas de camino encontrámos uno lleno de agua, lo que nos precisó á acampar en la rivera de un rio, que pasámos el 30, yendo à acampar en un bosque cercano.

Al siguiente dia, 10 de Febrero de 1687, me dejó Mr. de la Sale el cuidado del campo, y tomó consigo á su hermano M. Cavelier y á siete hombres, para ir à la descubierta y examinar, si se hallaba alguna persona en las varias chozas que nuestros cazadores habian encontrado. Halló veinte y cuatro ó veinte y cinco construidas como he dicho ántes, situadas en una colina, casi circunvalada por el rio, y en ellas cuatro ó cinco hombres y muchas mujeres y niños.

Aunque los salvajes se sorprendiéron algo por el arribo de M. de la Sale, le recibiéron sin embargo con agrado y le condujéron á la cabaña de su gefe, que no tardó en llenarse con la gente que vino á verle. Se reuniéron allí los ancianos del pueblo, extendiéron pieles de toro, hiciéron que M. de la Sale y los de su comitiva se sentasen en ellos, les diéron de comer carne acecinada, y despues les significáron que por algunos de sus aliados habian sido instruidos de que se hallaban en el pais y de que se dirijian hácia los *Cenis*, lo que los hizo juzgar que pasarian por su pueblo.

M. de la Sale los obsequió con algunos cuchillos y pedazos de tabaco, y ellos en recompensa le regaláron pieles curtidas de toro con pelo; diéron una por un cuchillo y hubieran dado mayor cantidad, si no se les hubiera advertido que no teniamos facilidad de llevarlas y que si tenian caballos, se les cam-

biarian por hachas: contestáron que tenian dos, pero que no pensaban en deshacerse de ellos. Como era ya tarde cuando regresó M. de la Sale, permanecímos allí aquel dia, en que muchos salvages nos viniéron á ver con la esperanza de obtener algunos regalos, ofreciéndonos pieles curtidas de toro, de las que no quisímos cargarnos.

El dia 2 volvímos á emprender nuestro camino, deteniéndonos un poco de tiempo en el pueblo y de paso comprámos algunos collares ó sean correas hechas de cuero de toro bien curtido, de que se valen los salvajes para llevar sus cargas, maderas, equipajes ó caza: nos fuéron útiles tanto para nosotros como para nuestros caballos, porque con las correas de estos collares asegurábamos nuestras cargas.

Continuámos nuestro camino por un pais muy bello aunque arenoso, y despues de haber pasado por una grande campiña, arribámos á un hermoso rio nombrado *la Maligne*, porque en la anterior expedicion de M. de la Sale uno de sus criados que lo pasaba á nado, fue llevado por un cocodrilo. Este rio es tan ancho como el Sena delante de Roüen, parece ser muy navegable y está rodeado de un bello pais. Acampámos en un bosquecito cercano y quitámos la corteza á algunos álamos para formar nuestras chozas.

Nuestros cazadores matáron toros, bicerras, gallinas de la India y otros animales de caza, entre ellos á uno que tiene la mitad del tamaño de un gato, es de la figura del raton y tiene una bolsa debajo de la garganta, en la que carga á sus hijos: se alimenta de nueces y bellotas, es muy gordo y el sabor de su carne es semejante al del cochino.

Vímos despues un lugar, en que Mr. de la Sale en su viaje precedente ocultó en los troncos de los árboles alguna cantidad de abalorios: allí permanecímos hasta el dia 8 del mes, y durante este tiempo en ningun dia dejámos de ver á los salvajes, que aseguraban pertenecer á diferentes naciones; se les hacia fumar y se les obsequiaba siempre con algunos regalos: les causaba grande admiracion advertir, que despues de escribir las palabras que nos decian, las repitiésemos viendo el papel.

Durante nuesrra mansion Mr. de la Sale dispuso que se construyese una canoa portátil con vigas, de que formámos la armazon y la cubrímos despues con pieles de toro cosidas, habiéndolas despojado ántes de la lana. Esta canoa nos fué muy útil para pasar los rios, así nosotros como los equipajes, porque los caballos los atravesaban á nado.

El dia 9 echámos nuestra canoa al agua y nos valímos de ella para pasar el rio, yendo á acampar á media legua de aquel punto, por la necesidad que habia de que los caballos comiesen alguna yerba para reponerse algo. El 10 seguímos nuestro camino, atravesando campiñas, en que el pasto estaba quemado, lo que hizo creer á Mr. de la Sale que en las cercanías debia haber muchedumbre de salvajes. Resolvió que se hiciese provision de carne acecinada, por temor de que faltase caza en el pais á que íbamos á entrar; para el efecto mandó cazar y matar muchos toros.

Por este motivo nos demorámos en aquel lugar hasta el dia 12, que hicímos alto á orillas de un rio, al que Mr. de la Sale en su viaje anterior habia dado el nombre de *Eure:* por la noche se levantó una tempestad acompañada de truenos, y de lluvias, que hiciéron crecer las avenidas y nos obligáron á detenernos. El 13 y el 14 atravesámos cuatro ó cinco considerables arroyos y luego un pais sembrado de bosquecitos, colinas y pequeños arroyos, que formaban una agradable vista; á este hermoso pais seguia un bosque que pasámos, aprovechando un camino de ganado y como anocheció, tuvímos que quedarnos allí.

Continuámos el dia 15 por medio de un hermoso prado y por campiñas incendiadas; en la tarde descansámos en las orillas de un pequeño arroyo, en cuyas inmediaciones descubrímos muchas huellas de salvajes, lo que nos persuadió que no estábamos muy distantes de ellos y redoblámos nuestra vigilancia por temor de una sorpresa.

El dia 16 me confió Mr. de la Sale el mando del campo y se llevó á su hermano Mr. Cavelier y siete hombres mas á la descubierta de salvajes. No habian andado ellos mas que media legua, cuando viéron caballos y porcion de cabañas, sin que los hubiesen apercibido los salvajes; este pueblo estaba

situado en el declive de una colina, y podria haber cuarenta chozas juntas, sin contar otras muchas dispersas.

Habiendo entrado en el pueblo Mr. de la Sale, se le acercáron los salvajes luego que le viéron, y le lleváron á la cabaña de su gefe, donde se sentó en union de ellos sobre pieles de toro. Estando presentes los ancianos del pueblo, les explicó, como lo habia hecho á otras naciones, el objeto de su viaje y se manifestáron satisfechos. Los obsequió con algunos presentes, como tenia de costumbre, y en retorno le ofreciéron pieles de toro, que no aceptó, asegurándoles que á su regreso del pais de los *Cenis* trataria con ellos y los proveeria de cuanto hubieran menester. Le confirmáron lo que otros nos habian dicho sobre una nacion, que algunos de ellos habian visitado, en que habia hombres parecidos á nosotros, *y estos eran los españoles.* Le nombró las naciones que habiamos pasado desde nuestra habitacion de San Luis hasta el rio, llamado *la Maligne* que acabábamos de atravesar. Los nombres de aquellas naciones son los siguientes:

Los *Spicheats, Kabayes, Thecamons, Theauremets, Kiaboha, Chaumenes, Koüans, Arhau, Enepiahæ, Ahouerhopiheim, Koienkahé, Konkone, Omeaossé, Keremen, Ahehoen, Meghai, Tecamenes, Otenmarhem, Kaoayan y Meracouman.* Estas son las naciones que encontrámos en el camino: las qne habitan al Oeste y norueste del expresado rio eran los *Kannehouan, Touhaha, Pehir, Coyabegux, Onapien, Pichar, Tchau, Kiasses, Chancres, Tsera, Brocrettes, Tsepehoen, Fercouteha, Panego, Petao, Petzares, Peisacho, Peihoum y Orcampiou.*

La nacion, en que por entónces nos hallabámos, se llamaba *Teao*, y no habiamos oido ántes hablar de ellos. Nos hiciéron mencion de un gran pueblo, cuyo nombre era *Ayano* y *Canohatinno*, y que se hallaba en guerra con los *españoles* y que ciento de ellos estaban para venir á unirse con los *Cenis* para esta guerra y que retrocediéron por nuestra llegada. Mr. de la Sale los instruyó de que estábamos en guerra con los españoles, pero que no los temiamos: que con respecto á ellos, nosotros éramos los mensageros del mas grande capitan del mundo, que nos habia encargado les hiciésemos todo bien y

los auxiliásemos en la guerra contra las naciones que fuesen sus enemigas.(*)

Estos salvajes avisáron á Mr. de la Sale que tres de los nuestros se hallaban entre los *Cenis*, lo que le dió alguna esperanza de que fuesen ellos los mismos á quienes habia permitido en su viaje anterior que se retirasen, y de los que no se habia vuelto á adquirir noticia. Se les preguntó si querian vender sus caballos ; pero ellos de miedo de que se los quitásemos, los habian mandado retirar, á exepcion de un alazan, en que se acomodó Mr. de la Sale y se nos vino á juntar.

En el dia 17 pasámos con dificultad un riachuelo y fuímos á acampar del otro lado. En el 18 uno de nuestros caballos que caminaba sobre la orilla de una barranca muy escarpada, cayó dentro de ella, y se le sacó con una herida en el lomo ; fue preciso quitarle la carga y repartirla entre todos, haciendo cada uno un paquete ; atravesámos una hermosa campiña con varios bosques, colinas y arroyos y con prados muy agradables.

El 19 marchámos por lo alto de las colinas á fin de evitar los bajos ; pero tuvímos la pena de tener que bajar por las rocas que encontrámos, y porque fue necesario pasar un rio. En su travesía oímos á los perros que perseguian á los toros, de los que dos se nos habian acercado y uno cayó en tierra por un tiro de fusil. Los salvajes que nos habian divisado, mandáron á dos, que saltando de árbol en árbol se nos aproximáron ; pero como se detuviéron, sin atreverse á pasar adelante, les hicímos señas de que llegasen, lo que así verificáron ; se les dió de fumar, miéntras regresaba Mr. de la Sale que habia salido á descubrir la tropa de ellos.

( ) *Es muy curioso observar que todos los europeos que descubrièron ó conquistáron la América, usaban del mismo lenguage y se servian de los mismos artificios para seducir á los indígenas. El discurso de Mr. de la Sale es en el todo semejante á los de Hernan Cortes en Méjico, y aunque él distaba mucho tanto del heroismo como de la crueldad del capitan español, vemos que tambien sabia dividir para mandar. ¡ Como se parecen todas las naciones !*

Les dijo á su vuelta, que deseaba la paz con ellos y que nos dirijiamos hácia los *Cenis*, y aun creyó que aquellos dos pertenecian á esa nacion, porque tenian su mismo acento y habia percibido ciertas palabras semejantes. Le dijéron que su pueblo estaba muy cerca de allí, y nos acompañáron hasta nuestro campo, donde despues de haberles hecho algunos presentes, se les despidió.

El 20 envió Mr. de la Sale á Mr. Moranget con algunos otros al pueblo de los salvajes á solicitar que nos vendiesen algunos caballos. Entre tanto, dos salvajes, uno de ellos de los que estuviéron con nosotros en la tarde anterior, nos viniéron á buscar y se nos expresáron en términos muy amistosos; aquel salvaje nos dijo que el nombre de su nacion era *Palaquechauné*, que eran aliados de los *Cenis*, que su gefe habia estado con los *Choumans* entre los españoles; que los *Choumans* eran amigos de los españoles, de quienes habian adquirido caballos, y otras circunstancias de que otros ya nos habian hablado: *con estos fundamentos se podia juzgar que no nos hallábamos léjos del México setentrional.*

Nos refirió tambien que los *Choumans* habian hecho regalos á su gefe, con el fin de comprometerle á que nos llevasen á donde estaban; que la mayor parte de los individuos de aquella nacion tenian la cabeza chata, que sembraba maiz ó trigo de la india; todo esto hizo creer á Mr. de la Sale, que aquellos indígenas eran los mismos que vió en su primera descubierta; aquel salvaje traia consigo una hermosa piel de corzo, que le cambié por cuatro agujas, cuyo uso le enseñé, y de esta piel nos aprovechámos para hacer zapatos en lugar de piel fresca de toro.

Poco tiempo despues llegó Mr. de Moranget, quien dió cuenta á Mr. de la Sale de su corto viaje y le refirió, que uno de los salvajes que habiamos visto el dia anterior, se le presentó y le condujo á la cabaña del gefe, en la que habitan cuarenta salvajes ancianos; que se le habia recibido perfectamente y que aquel gefe tenia una caña, en cuya punta estaba amarrada una hoja de un libro frances, que veian con gran respeto; que se les hizo sentar sobre pieles de toro y que les diéron de comer carne acecinada.

El dicho gefe, despues de los primeros cumplimientos, dijo á Mr. Moranget, que unos cuantos de la gente de su pueblo habian sido conducidos á nuestra habitacion por un hombre semejante á nosotros, quien les habia ofrecido conferenciar con nosotros para tratar de paz; que por el contrario nosotros les habiamos hecho fuego y matado á uno, lo que les obligó á dar muerte al conductor y á regresarse. Sobre esta ocurrencia no es fuera de propósito recordar al lector lo que ántes hemos dicho acerca de ella; cuando el Sr. Barbier pasaba en una canoa, fue llamado por uno que se hallaba con los salvajes en la orilla del rio; pero habiendo disparado dos tiros como fogonazos de fusil, Barbier lo recibió como un insulto, y mandó tambien disparar y lo demas pasó como ya tengo referido. Este accidente debe atribuirse á falta de inteligencia y tanto este mal como otros sobreviniéron por la prohibicion que nos habia hecho Mr. de la Sale de tratar con los salvajes.

Despues de varias conferencias Mr. Moranget les hizo algunos regalos, que correspondiéron con pieles de toro y de bicerra muy bien curtidas; se les preguntó si tenian caballos que vender, y contestáron que no podian desprenderse del único que poseian.

Volvímos luego á nuestro camino, y el mismo dia 21 fuímos á acampar á la orilla de un bosque. El 22 nos dirijímos por una altura que terminaba en una roca, á cuyo pie pasaba un riachuelo, cuyo fondo estaba cubierto con piedras llanas, buenas para edificios y para hacer cal; desde allí descubrímos dos salvajes que perseguian á los toros y nos pusímos alerta; pero resultó que uno de ellos era nuestro salvaje, que se habia encontrado con otro que habia conocido entre los *Cenis*, y le habia traido consigo.

Mr. de la Sale tuvo mucho gusto en verle y reconoció que era uno de los que le habian vendido un caballo; le pidió varias noticias y entre ellas, si sabia de los cuatro hombres que desertáron en su viaje anterior, y si habia oido decir alguna cosa de los otros, á quienes permitió regresar á la habitacion; contestó que habia visto á uno entre los *Cenis* y dos mas con los *Assonis*, que del otro no habia oido hablar cosa

alguna, y era de suponer que hubiese perecido, así como el Sr. Bihorel, de quien igualmente se le habia preguntado.

Nos dijo tambien que en las inmediaciones se hallaban cuatro ó cinco cabañas con quince salvajes y se volvió por la tarde; nuestro salvaje habia matado una vaca á mucha distancia y la habia pasado de parte á parte, y el otro que estaba presente, se sorprendió tanto al observar el efecto de nuestros fusiles, que por largo tiempo estuvo sin pronunciar palabra; se fue á buscar la vaca y se condujo la carne al campo.

El 23 lo pasámos en las cercanías de aquellas cabañas en que se se hallaban los salvajes con sus mugeres y sus hijos. M. de la Sale dispuso hacer alto en el pueblo, se nos recibió muy bien, se nos obsequió con carne acecinada y nosotros les regalámos algunos cuchillos; vímos allí dos caballos, pequeño uno de ellos, tordillo y muy hermoso; nos contáron que partirian en breve á unirse con sus compañeros, que se hallaban en guerra con sus enemigos. Habiendo llegado el resto de nuestra gente, marchámos á acampar á una legua al sur de aquel punto, sobre la orilla de un crecido arroyo, al pie de una de las montañas mas elevadas del pais.

Cuando fuéron descargados nuestros caballos, se advirtió la falta de una gran hacha que nos servia para derribar los árboles. M. de la Sale mandó á su salvaje á buscarla en el pueblo de que habiamos salido, y los salvajes aseguráron que no la habian visto y al fin se perdió: nos dijo que los salvajes le habian propuesto que si queriamos esperarlos, se nos reunirian y enseñarian el camino.

No dejámos por esto de seguir el dia 24 y nos dirijímos á acampar en la orilla de un pantano. En el 25 no nos permitió la lluvia continuar. Observando M. de la Sale la dificultad y peligro que habia de pasar el pantano, mandó el dia 26 á su salvaje á que indagase si los otros querian en efecto unírsenos. Contestáron que era preciso que retrocediésemos, si deseábamos incorporarnos á ellos. Con este fin levantámos el campo el dia 27, tomando otro camino para encontrar á los salvajes. El 28 los divisámos en marcha á lo léjos; destacáron á uno que nos prometió mostrar el camino

para atravesar el pantano, y entónces marchámos á acampar al pie de aquella misma montaña de que tengo hablado.

El dia 1°. de Marzo nos juntámos con los salvajes á orillas del pantano, que ibamos á atravesar y por las lluvias tuvímos que detenernos hasta el dia 5, haciendo reconocer entre tanto el sitio en que debia pasarse una profunda barranca que va á dar hasta el rio llamado *des Canots:* la pasâmos el dia 6 en la canoa que habiamos construido y que tambien nos sirvió para atravesar en los dias 7 y 8 otros rios que hallámos en el camino.

El dia 9 no pudímos continuar por causa de la lluvia. El 10 acampámos á orillas de un riachuelo; lo pasâmos el dia 11 y tambien otro rio, á cuyas orillas acampámos, encontrándolas muy abundantes de hermosas moreras. El dia 12 pasámos otro rio mas y acampámos despues; el 13 llegámos al rio *des Canots*, así llamado por M. de la Sale porque en él habia botado unas canoas en su primer viaje; lo pasámos el dia 14, acampámos al otro lado y se nos volviéron á incorporar los salvajes.

El dia 16 seguímos con ellos nuestro camino; encontrámos un pais mas bello que todos los transitados hasta entónces. Como M. de la Sale en su viaje anterior habia ocultado algun maiz y haba en un punto distante de aquél dos ó tres leguas, y los víveres empezaban á faltarnos, se trató de ir á aquel sitio. Para el efecto previno al Sr. Duhaut, Hiens, al circujano Liotot, á su salvaje y á su lacayo nombrado Saget, que acompañados de unos salvajes partiesen al lugar que les señaló, y lo encontráron todo podrido y consumido.

Al regresar el dia 16 encontráron dos toros que mató el salvaje de M. de la Sale, lo que los precisó á mandarle su lacayo para darle noticia de la caza que se habia logrado, á fin de que remitiese los caballos, si queria que la carne se hiciese cecina y pudiese conducirse. El dia 17 mandó M. de la Sale coger los caballos y que los Sres. Moranget, Marle y su criado fuesen á buscar la carne y que cargasen de ella un caballo inmediatamente, esperando que el resto estuviese seco y acecinado.

Cuando el Sr. Moranget llegó, supo que se habian acecinado los dos toros, aunque no estaban bien secos. Como los expresados Liotot, Iliens, Duhaut y otros habian puesto á remojar los huesos y otros por separado á asar, para comerse la carne que quedaba, segun era costumbre, lo desaprobó M. Moranget; llevado de la cólera no solo les quitó la carne acecinada, sinó que tambien se apoderó de la de los huesos sin querer darles nada; por el contrario, los amenazó que no comerian tanto como pensaban y que él prepararia aquella carne de otro modo,

Este acto de ira, tan fuera del caso y tan contrario á la razon como á la costumbre, picó vivamente al cirujano Liotot, á Hiens y á Duhaut, que ya tenian otros motivos de disgusto con M. Moranget; se retiráron y tomáron á sus solas la resolucion de vengarse cruelmente: concertáron entre sí el modo y conviniéron en que era preciso asesinar al Sr. Moranget, al lacayo de M. de la Sale y á su salvaje, porque era de su confianza.

Esperáron á que en la tarde hubieran cenado y dormídose las tres desgraciadas víctimas de su venganza; el cirujano Liotot fue el ejecutor de esta sangrienta tragedia; tomó una hacha, dió varios golpes en la cabeza á M. Moranget, hizo otro tanto con el lacayo y el salvaje, que fuéron muertos en su lugar, miéntras que los conjurados, á saber, Duhaut, Hiens, Teissier y Larcheveque estaban sobre las armas para tirar sobre los que hiciesen alguna resistencia. El salvaje y el lacayo no se moviéron; pero M. Moranget tuvo aliento para levantarse sobre su asiento sin poder articular palabra, y los asesinos obligáron al Sr. Marle á acabarle de matar, aunque él no habia tenido parte en la conjuracion.

Este asesinato no habia satisfecho mas que una parte de la venganza de los verdugos. Para completarla y ponerse en salvo, era preciso deshacerse del gefe. Celebráron un acuerdo para discurrir los medios que fuesen mas seguros para obtener el logro de su intento, y resolviéron marchar juntos á buscar á M. de la Sale, y romper luego la cabeza á los mas resueltos, suponiendo que de este modo la derrota de los demas seria cosa fácil. Pero como el rio que mediaba entre ellos y nosotros estaba muy crecido, la dificultad de pasarlo

los detuvo en los dias 18 y 19 y difiriéron su partida. Por nuestra parte, M. de la Sale se hallaba en la mayor inquietud acerca de la causa de que pudiera provenir aquella dilacion, y tal era su impaciencia que resolvió ir á indagar por sí mismo el motivo y á buscar sus gentes.

No lo verificó sin manifestar ántes mucha turbacion y temor. Parecia que tenia algun presentimiento de su desgracia, y preguntó á varios si los Sres. Liotot, Hiens y Duhaut habian dado algunas muestras de disgusto. No habiendo podido indagar cosa alguna, no le fue dado dejar de partir con el padre Anastasio y un salvaje. Me confió el mando por el tiempo de su ausencia, recomendándome que se rondase de cuando en cuando en las inmediaciones del campamento para evitar una sorpresa y se hiciese humo para guiarle en su camino en caso necesario. Al acercarse á la habitacion de los asesinos, queriendo descubrir algo por medio de la vista, observó que las aguilas revoloteaban sobre un lugar no distante de ellos y esto le hizo creer que ellas rondaban algun cuerpo muerto en las cercanías de la habitacion ; les disparó un tiro el que fue la señal de su muerte y la apresuró.

Tan luego como los conjurados oyéron el tiro, no dudáron que era el desgraciado M. de la Sale que venia á buscarlos. Prepanáron inmediatamente sus armas y se dispusiéron á sorprenderle ; Duhaut pasó el rio con el llamado Larcheveque. El primero, habiendo descubierto á lo léjos á Mr. de la Sale que se dirijia á ellos, se adelantó á ocultarse detras de unas grandes matas y esperar allí á que pasase M. de la Sale. Este que nada recelaba y aun no habia vuelto á cargar su fusil, divisó á distancia al nombrado Larcheveque, á quien inmediatamente preguntó por su sobrino M. Moranget, á lo que Larcheveque respondió que estaba *á la deriva*, esto es á lo largo del rio. A este mismo tiempo salió un tiro de fusil disparado por el traidor Duhaut, que dió en la cabeza de M. de la Sale, quien cayó muerto sin pronunciar una sola palabra.*

**La guerra de Troya dicen que comenzó ab ovo gemino y la expedicion de M. de la Sale se degració por. . . . unos huesos. Los sucesos humanos dependen á veces de las circunstancias mas insignificantes.*

El padre Anastasio, que se hallaba á su lado, se paró lleno de espanto creyendo que le sucederia lo mismo y no sabia si marcharse para adelante ó para atras; pero el asesino Duhaut le procuró tranquilizar, diciéndole que no tuviera miedo, que no se le haria mal alguno, que un impulso de desesperacion le habia obligado á hacer aquello, que tiempo habia que deseaba vengarse de M. Moranget, porque queria perderle, y que á este principio debia en parte atribuirse la muerte de su tio. Esta es la pura verdad de lo ocurrido en este asesinato, segun me lo refirió poco despues el padre Anastasio.

Así acabó desgraciadamente la vida de M. de la Sale, en tiempo en que tanto debia prometerse de sus grandes fatigas. Tenia él sobrado espíritu y talento para lograr el éxito feliz de su empresa; la firmeza y el valor, su gran conocimiento en las artes y en las ciencias que le hacian capaz de todo y trabajo infatigable con que superaba los obstáculos, le hubiéran conducido al glorioso término de su grande empresa, si tan bellas cualidades no se hubiéran contrabalanceado por modales muy altaneros que le hacian á veces insoportable y por la dureza con que trataba á sus súbditos, que le acarreó un odio implacable, que fue al fin la causa de su muerte.

Despues de que los asesinos saciáron así su rabia, se pusiéron en camino para juntársenos en el campamento con las carnes que habian acecinado y que los salvajes pasáron por el rio, siendo ellos testigos del asesinato y de todos los hechos trágicos que acababan de cometerse con asombro y desprecio de nosotros: cuando llegáron, buscáron á los Sres. Cavelier, sobrino el uno y hermano el otro del difunto, quienes ya sabian por el padre Anastasio el fin malhadado de nuestro gefe, encargándoles ademas que guardasen silencio, lo que, como se puede calcular, les fue muy cruel; pero así era necesario hacerlo.

Sin embargo, M. Cavelier el sacerdote no se pudo contener en decirles, que si pretendian cometer con él igual atentado, que les perdonaria su muerte y que solamente les rogaba que le concediesen un cuarto de hora para prepararse á morir cristiano; le contestáron que no proyectaban tal co-

sa y que lo que habian hecho, habia procedido de un acto de desesperacion para vengarse de los malos tratamientos que se les habia dado.

Me hallaba yo entónces ausente, y el llamado Larcheveque quien, como ya he dicho, era uno de los cómplices, me profesaba alguna amistad, y sabiendo que su resolucion era la de deshacerse de mí en caso de que me pusiese en defensa, se separó de los otros para anunciarme aquella desgracia; me encontró en una pequeña altura en que me hallaba cuidando de nuestros caballos que pacian en un vallecillo inmediato. Esta noticia me heló el corazon y no acertaba á decidir si huiria ó me quedaria; pero, en fin, como carecia de balas, pólvora y armas, y el expresado Lacheveque me hubiera asegurado la vida, con tal de que me mantuviese quieto y guardase silencio, me abandoné al cuidado del Señor y me dirijí á ellos, sin decir nada.

Engreido Duhaut con la nueva autoridad que habia adquirido por medio de su crímen, exclamó luego que me vió que era preciso que el mando turnase entre todos, á lo que nada contesté porque estábamos en la necesidad de sufocar nuestro dolor y de ningun modo lo dí á conocer, porque se trataba nada ménos que de la vida. Ya puede sin embargo considerarse con que ojo veriamos el padre Anastasio, los Sres. Cavelier y yo á aquellos asesinos, cuyas víctimas temiámos ser en todos momentos. Es tambien cierto que disimulámos tan bien, que no se precaviéron mucho de nosotros y que la tentacion de deshacernos de ellos en venganza de los que habian matado, no hubiera sido dificultosa, si M. Cavelier, el sacerdote, no se hubiera opuesto á ello fuertemente, exponiendo que la venganza á solo Dios se debia dejar.

Entre tanto se apoderáron los asesinos de todos los efectos sin la menor resistencia, y despues se resolvió continuar el camino. Levantámos el campo el dia 21 con nuestros salvajes, y marchábamos con una lluvia tan fuerte, que al fin nos vímos precisados á parar en la orilla de una gran barranca, donde uno de los salvages que habiamos dejado atras, llegó con su muger. Seguímos el 22, y en el dia 23 á no ser por el socorro de los salvajes nos hubiéramos ahogado el

padre Anastasio, M. Cavelier y yo al pasar un rio, porque no sabiamos nadar. Seguímos el 24 por un terreno cenagoso, y no nos separámos de una pequeña vereda que conducia al pueblo de los *Cenis*, hasta el dia 28 que descansámos en la orilla de un rio del mismo nombre, aunque distante de él cerca de dos leguas.

Esperábamos haber podido atravesar este rio por algun vado, como lo habia logrado M. de la Sale cuando regresó de aquel pais: pero habia crecido tanto que nos fue imposible, y tuvímos que hacer una canoa con pieles de toro.

Las inmediaciones de aquel rio eran muy hermosas, aunque el terreno no parecia ser de los mejores, es sin embargo agradable á la vista, está plantado de bellos árboles de muchas especies, entre los que hay uno muy hermoso al que M. de la Sale dió el nombre de *copal*, cuyas hojas se parecen á las de los árboles llamados *Arce* y *Tilo* y que produce una goma del mejor olor: vímos en aquel mismo sitio un gran árbol, en el que M. de la Sale habia mandado grabar cruces y las armas de Francia.

La caza de toros nos habia faltado y no los habiamos vuelto á hallar en otro lugar, desde que nos separámos del en que fue asesinado nuestro conductor; los víveres comenzaban tambien á escasear, y se resolvió en el dia 29 enviar por delante algunos al pueblo de los *Cenis*, á averiguar si tenian y querian vender maiz: yo fuí el nombrado para el efecto, con el cirujano Liotot, los llamados Teissiers y Hiens, que era un Flibustier que habia tomado M. de la Sale para la expedicion en el pequeño *Goüave:* me fue muy penoso emprender este viaje con un asesino y dos de sus compañeros que me eran tambien muy sospechosos; pero no habia otro arbitrio que obedecer. Como Duhaut se habia apoderado de todos los efectos, cuya mayor parte aseguraba que le pertenecian, él fue quien nos proveyó de algunas hachas y cuchillos para permutarlos por maiz y caballos, si los podiamos conseguir.

Pasámos el rio, y descubrímos un pais compuesto de colinas de mediana altura, cubiertas de nogales y encinos, no tan gruesos como los vistos ántes; pero siempre muy agradables: la yerba que los salvajes habian quemado, comenzaba

á brotar de nuevo, y daba á las campiñas una verdura que causaba á la vista la sensacion mas interesante.

Al cabo de algun tiempo de marcha divisámos á tres hombres á caballo, que venian del pueblo á encontrarnos, y cuando se acercáron, observámos que *uno estaba vestido á la española* teniendo un pequeño jubon, cuyo cuerpo era azul y el cabo de bombasí blanco como bordado : sus calzones eran muy estrechos, las medias de estambre blanco, las ligas de lana, el sombrero largo y chato y largos sus cabellos. Nosotros creímos firmemente que aquel era un español ; nos acordábamos de que se nos habia dicho que los de aquella nacion estaban para llegar á aliarse con los *Cenis* contra sus enemigos, y á la verdad que estábamos embarazados. Caer en sus manos era lo mismo que no volver jamas y ser condenados á trabajar en las minas ó en las canteras de México ; por esta razon estábamos resueltos á dar un mal rato al español y retirarnos en seguida.

Pero habiéndonos juntado, le hablé algunas palabras en español é italiano á que nada respondió ; por el contrario él usó dela palabra *cousaca* que en la lengua de los *Cenis* significa *yo no entiendo nada :* los otros dos estaban completamente desnudos ; el caballo de uno ellos era tordillo, hermoso y cargado con dos canastas muy bien hechas de carrizo, las que estaban llenas de harina cocida ó tostada, muy fina. Despues de varias preguntas de que no obtuvímos respuestas satisfactorias, hicímos fuego para darles de fumar, y entónces nos presentáron las canastas llenas de harina, advirtiéndonos que su gefe nos esperaba en el pueblo ; y habiéndonos hecho saber que habian venido á recibirnos, les dímos algunos cuchillos y porcion de abalorios.

Les preguntámos si habia entre ellos hombres como el que estaba vestido á la española, y dijéron que dos habia en una nacion vecina llamada *Assony* y que el vestido de aquella manera habia estado en el territorio de los españoles, de donde trajo los vestidos que veiamos : nos mostró en seguida un papel impreso en lengua castellana *que contenia las indulgencias concedidas á los misioneros del Nuevo México :* nos dejáron despues para volver á su pueblo y yo escribí una carta para avisar este encuentro.

Nos bajámos en seguida á comer y á que pastasen nuestros caballos en las orillas de un arroyo cercano; mas no pasó mucho tiempo sin que volviesen á aparecer los mismos salvajes, á los que hicímos señas de que se aproximasen y viniesen á comer con nosotros: asi lo verificáron y volviéron ya con nosotros á tomar el camino de su pueblo, en el que no quisímos entrar por ser de noche: el salvaje vestido quedó con nosotros y los otros se fuéron.

Habiendo amanecido, tomámos el camino del pueblo y el salvaje que habia permanecido con nosotros, nos llevó á la cabaña del gefe. Encontrámos otras varias cabañas y á los ancianos del pueblo, que venian de toda ceremonia á encontrarnos con todos sus adornos, que consistian en pieles de bicerra curtidas y pintadas de diversos colores, que llevaban sobre la espalda como bandolera, en ramilletes de plumas, tambien pintadas, puestas en la cabeza como coronas: seis ó siete de ellos tenian hojas de espadas cuadradas como las que usan los españoles, y en su empuñadura habian colocado un gran ramillete de plumas y muchos cascabeles ó campanitas: algunos llevaban mazas á las que daban el nombre de *rompecabezas*, otros llevaban arcos y dos flechas solamente, otros tenian lienzos blancos sobre los hombros y todos la cara embarrada de negro ó encarnado: doce eran los anciamos que marchaban en medio, los guerreros y los jóvenes iban en fila al lado de los ancianos.*

Habiendo entrado la comitiva, nos hizo señas el que nos conducia, de que nos parásemos: hécholo así, levantáron todos los ancianos las manos sobre la cabeza, dando alharidos que excitaban la risa, que era conveniente reprimir: se acercáron despues á abrazarnos, acariciándonos de mil maneras: nos diéron en seguida que fumar y nos trajéron á un frances provenzal, que era uno de los que M. de la Sale dejó en su primer viaje. El nos agasajó mucho, estaba entera-

* *No era otra la comitiva y aparato de los procesiones de los Sabinos en tiempo de su rey Numa, segun las ha descrito la valiente pluma de M. Florian. El observador no puede dejar de complacerse en descubrir que la marcha de la especie humana en su diferentes periodos es la misma en todas las partes del mundo.*

mente desnudo, como todos los demas, y lo que es mas extraño, casi habia olvidado su idioma natural.

El cortejo nos condujo á la cabaña del gefe y de ella á otra mas grande distante un cuarto de legua: aquella era en la que se celebraban los grandes regocijos públicos y las asambleas: la encontrámos guarnecida de esteras para que nos sentásemos: se colocáron al rededor nuestro los ancianos, se nos dió de comer habichuelas, pan de maiz y otro que hacen con harina cocida, y nos diéron por último de fumar.

Durante la comida nos enteráron del designio que traian entre manos de declarar la guerra á una nacion su enemiga, á la que daban el nombre de *Cannohantimo:* concluido esto, los obsequiámos, segun nuestra costumbre, con cuchillos y abalorios para sus mugeres: les pedímos maiz en cambio de lo que quisieran; prometiéron dárnoslo, y el frances que estaba con ellos, nos dijo que habia un canton, en que tenia su cabaña, mas abundante en maiz que aquel lugar: resolvímos ir á él y habiéndolo propuesto á los ancianos, quisiéron acompañarnos con un gran número de jóvenes: preparámos nuestros caballos y partímos para el efecto.

Encontrámos cabañas sobre el camino de distancia en distancia formando aldeas, segun el terreno lo permitia: al derredor de cada cabaña, tienen de trecho en trecho un solar: las hay muy grandes en que nadie habita y que solo sirven para las reuniones públicas, para los regocijos y para decidir sobre la paz ó la guerra.

Las cabañas habitadas no pertenecen sin embargo á un solo dueño; en algunas de ellas viven quince y hasta veinte familias, de las que cada una tiene su terreno, su lecho y sus muebles en particular, sin que haya por esto tabique que separe unas de otras: nada tienen de comun mas que el fuego, colocado en el centro de la cabaña y que jamas se extingue: lo encienden con gruesos árboles, juntos por la punta, y alumbrado una vez, dura mucho tiempo, siendo obligacion del primero que llega el conservarlo.

Las cabañas son redondas y con cimborio, en figura de colmena ó de un turon de heno: el diámetro de algunas es de sesenta pies; para construirlas plantan árboles tan gruesos

como el muslo, altos y derechos; los van colocando en círculo y juntan sus puntas por arriba para hacer el cimborio; los ocultan y cubren luego con yerbas. Cuando cambian de lugar, queman ordinariamente las cabañas que abandonan y construyen otras en la nueva habitacion que han elegido.

Por lo que toca á sus muebles, consisten en algunas pieles de toro ó bicerra muy bien curtidas, en esteras perfectamente tejidas, en loza de barro que trabajan con mucho primor y en que cuecen sus alimentos, sus raices y su *Sagamite*. Usan tambien de canastitas de cañas para guardar su fruta y sus demas provisiones: sus camas son de carrizos de dos ó tres pies de altura, cubiertas con mucha propiedad, con esteras, pieles curtidas de toro y bicerra que conservan su pelo y les sirven de colchon y cobertor, estando separados unos lechos de otros por medio de esteras colgadas.

Cuando llega el tiempo de labrar la tierra, se avisan unos á otros, y se ocupan frecuentemente en el trabajo mas de cien personas de cada sexo. Concluido el laborio de aquel pedazo de terreno y pasada una parte del dia, los dueños dan de comer á los demas y el resto del dia lo emplean en bailar y divertirse: van haciendo otro tanto en todos los terrenos y así se benefician todos.

Este trabajo consiste en cavar la tierra, en su superficie solamente, con una especie de azadones de madera, que forman hendiendo una estaca por la punta que sirve de mango y poniendo en la otra punta palos puntiagudos metidos en la hendidura: este instrumento les sirve de azada ó de pala, porque carecen absolutamente de utensilios de fierro. Luego que han labrado ó cavado la tierra del modo dicho, las mugeres tienen cuidado de sembrarla con maiz, haba, calabazas, sandías, legumbres y granos de que se alimentan.

Los salvajes son generalmente bien formados, pero se desfiguran con las rayas que se hacen en la cara, desde la frente, por debajo de la nariz, hasta la punta de la barba: para lograrlo se pican la piel con agujas y otros instrumentos con punta, hasta hacerse sangre y entónces ponen encima carbon molido que penetra la piel y se mezcla con la sangre: por este medio se pintan figuras de animales, de hojas y

flores en la espalda, en los muslos y otras partes de su cuerpo, usando para el efecto el color negro ó encarnado, y algunas veces de los dos juntos.

Las mugeres son de una estatura bien proporcionada, y no serian ciertamente desagradables si se conservasen en su estado natural; pero ellas se desfiguran aun mas ridículamente que los hombres, no solo por las rayas que se forman lo mismo que ellos en el rostro, sinó tambien por otras figuras que se hacen poner en el rostro hasta la extremidad de los ojos, y en otras partes del cuerpo; hacen ostentacion particularmente de las que tienen en el seno y son reputadas por las mas hermosas las que tienen un mayor número de figuras: no puede dejar de serles muy sensible y doloroso picarse aquella parte del cuerpo.

Ellas son las que desempeñan la mayor parte de los trabajos de la casa; muelen el maiz, cuecen la harina, hacen de ella la papilla que llaman *sagamité:* ellas preparan las carnes, ya acecinándolas, ya de otro modo; van á traer la leña que necesitan y á conducir la carne de los toros ú otros animales que sus maridos han matado en los bosques comunmente muy lejanos, para condimentarla segun he dicho; ellas son las que siembran y cultivan la tierra despues de preparada, y puede decirse que estan á su cuidado casi todos los trabajos de la vida.

Yo no observé que aquellas mugeres fuesen naturalmente inclinadas á la incontinencia; pero su virtud no resiste á cualquiera friolera que se les regala, como agujas, cuchillos y especialmente abalorio, con el que se hacen collares y brazaletes; tal tentacion encuentra resistencia pocas veces, y no es de estrañar, porque carecen de religion y de leyes que les prohiban aquel comercio criminal. Sin embargo, cuando los maridos las sorprenden *in fraganti*, las castigan, aunque raras veces, separándose de ellas ó por otro medio.

Como el pais de aquellos salvajes no es frio generalmente hablando, viven desnudos, ménos cuando sopla el viento del norte; en este caso se cubren con pieles curtidas de toro ó de corzo: el vestido de las mugeres consiste en alguna piel, estera ó pedazo de lienzo, de que forman una especie de ju-

bon que les baja hasta la pierna y con el que, por delante y por detras ocultan su desnudez : su peinado no es otro que trenzar sus cabellos y amarrarlos por detras de la cabeza.

Por lo que toca á sus costumbres, es necesario confesar, que tanto estos salvajes, como todos los del gran continente, no son malos si no se les ataca ó perjudica. Llegado este caso, son ellos feroces y vengativos; asechan la ocasion de vengarse, y no la pierden cuando se les presenta; por esta causa se mantienen siempre en guerra con sus vecinos y conservan el genio marcial que los domina.

Por lo que respecta al conocimiento de Dios, no nos pareció que tuvieran una nocion cierta de él; es verdad que en el camino encontrámos á algunos, quienes, segun lo que pudímos entender, creian que habia un ser superior á todas las cosas, lo que explicaban levantando las manos al cielo; pero no temian á aquel ente, porque estaban persuadidos de que no intervenia en las cosas de la tierra; ni unos ni otros tenian templos, ceremonias ni sacerdotes, lo que constituye el culto divino, pudiéndose inferirse de esto que no tenian religion, al ménos que nosotros hubieramos visto.

No les faltan sin embargo algunas ceremonias; pero no pudímos entónces, ni hemos podido despues descubrir, si ellas se referian á un supremo ó con pretensiones de tal, ó si eran puramente ceremonias y costumbres populares. Cuando el maiz ha llegado á estar maduro, recogen cierta cantidad en una canasta y la colocan en una silla ó asiento de ceremonia, que usan solamente para sus misterios, y que es visto con la mayor veneracion.

Colocada la canasta y el maiz en aquel venerable asiento, extiende un anciano las manos sobre ella y está hablando largo tiempo; este mismo viejo distribuye el maiz á las mugeres y no les es permitido comer del nuevo hasta que han pasado ocho dias de la ceremonia. Parece por esto, que quieren ofrecer ó bendecir las primicias de su cosecha.

Cuando celebran sus asambleas, y la *sagamité*, que es el principal de sus alimentos, está ya cocida en una grande olla, la ponen sobre el taburete de ceremonia, extiende un anciano

las manos sobre ella, murmura entre dientes largo rato ciertas palabras y se come en seguida.

Luego que los jóvenes estan ya bastante vigorosos para poder ir á la guerra y los declaran soldados, se les equipa con una piel ó pedazo de lienzo, su arco, carcaces y flechas sobre aquel mismo taburete ya dicho; un viejo extiende tambien las manos sobre ellos, dice algunas palabras y se entregan los vestidos, arcos, carcaces y flecha á aquellos para quienes se han destinado: puede decirse que esta costumbre es una especie de órden de caballeria entre ellos. De las mismas ceremonias usan en el cultivo de las legumbres y de otras semillas particularmente en el del tabaco, de que poseen una especie que tiene las hojas mas pequeñas que el nuestro: casi siempre está verde y lo usan en hojas. (*)

Esto es todo lo que nosotros observámos entre los *Cenis*, cuyas costumbres y modales se diferencian muy poco de los de otras naciones que vímos ántes y despues. En lo tocante á religion de lo expuesto no se deduce que no la hubiera absolutamente en aquel dilatado continente; cuanto tengo dicho no comprende á mas naciones que á las que vímos nosotros y bien pudo haber otras que tuvieran algun culto; y aun recuerdo haber oido asegurar á Mr. de la Sale, que los *Tahenssa*, pueblos vecinos de los *Illinois*, adoraban al fuego y tenian ciertas cabañas que les servian de templos.

Antes de concluir esta corta relacion especial de la religion, usos y costumbres de los *Cenis* que emprendí por casualidad, debo advertir aquí, que por la palabra *nacion* no se entiende, cuando se habla de los salvajes, un pueblo que ocupa una provincia entera. Sus naciones no son mas que unos pocos de pueblos situados en el espacio de quince, veinte ó treinta leguas cuando mas, y esto es lo que constituye un pue-

(*) Esta relacion ingenua de las costumbres y usos de los indios Cenis *habrá convencido al lector de la injusticia con que se ha dudado de su razon. Recordando la historia de los pueblos de Esparta y particularmente del Egipto, hallarémos muchas analogías con estos pueblos de América. ¿ Y aun se les llaman bárbaros?*

blo ó nacion diferente; pero mas se distinguen por el idioma que por los usos semejantes, ó que poco les falta para serlo. El lector podrá recordar los nombres que tengo ya referidos de las naciones, que pasámos hasta nuestro arribo á la de los *Cenis*. Müy poco dista de ellos la de los *Piou*, á la entrada del primer pueblo le dejé al lector, y vuelvo ya á tomar el hilo de mi relacion acerca del viaje que hicímos para llegar al pueblo á que nos condujo el frances que estaba entre los salvajes.

Arribámos por la tarde, saliéndonos á encontrar dos ancianos en los mismos términos que los primeros lo habian hecho. Nos lleváron á su cabaña invitándonos á que nos sentásemos en esteras y nos diéron de fumar; pero en esta vez no fuéron tantas ceremonias como en otras. Como les dímos á entender que estábamos fatigados, ya no se trató despues de esto mas que de descansar.

El frances provenzal quiso que fuesemos á su cabaña, es decir, á la que el habitaba, porque, como he dicho, hay muchos alojamientos y aquella era una de las mas grandes del territorio y habia servido de habitacion á uno de sus gefes muerto poco despues.

Se nos señaló un lugar para nuestros equipages y cargamento; las mugeres preparáron luego la *sagamite* y nos la presentáron: despues de comer preguntámos al frances si estábamos seguros, y habiéndonos contestado que si, nos acostámos, aunque sin entragarnos á un profundo sueño.

El dia 10 de Abril de 1687 viniéron por nosotros los ancianos y nos llevaron á la cabaña, en que primero habiamos estado: despues de las ceremonias acostumbradas, comprámos maiz, harina y habas, dándoles en cambio cuchillos, agujas, sortijas y otras frioleras: adquirímos tambien un caballo entero y muy hermoso que en Francia hubiera costado el valor de veinte doblones y por el que solamente dímos una hacha.

El dia lo pasámos en estos pequeños negocios y en acopiar víveres, que las mugeres nos trahian. Hecho esto, se resolvió que continuase yo allí reuniendo provisiones, miéntras que los demas regresaban á verse con nuestros camaradas que dejá-

mos del otro lado del rio, les conducian víveres y los invitaban á venir con toda seguridad.

Aunque no consideraba yo que era mucha la que tenia entre los salvajes y experimentaba ademas el disgusto de no entender palabra de su idioma, estabá contento de haber quedado, porque se me podria presentar ocasion de ver á los otros dos franceses, que se separáron de M. de la Sale en el viage que hizo á este mismo pais, é informarme de ellos si habian oido hablar alguna cosa del rio *Missicipi*; porque yo insistia siempre en el designio de alejarme de nuestros malhadados asesinos.

Luego que se fuéron, regalé un cuchillo á un salvaje jóven para comprometerle á que avisase á aquellos dos franceses, que deseaba hablar con ellos : entre tanto me continuaba ocupando en mi pequeña negociacion de víveres y en recibir muchas visitas de los ancianos, que me hablaban siempre por señas de su guerra próxima, y les respondia con la cabeza, aunque nada les entendia por lo comun. Por la noche tenia ademas la molestia de estar cuidando mis mercancias que tanto codiciaban los salvajes.

Este cuidado, que no me permitia entregarme á un sueño profundo, hizo que pudiese observar á uno que se dirijía á mi cama, y entreabriendo los ojos, vi á la luz del fuego, que nunca se apaga en las cabañas, á un hombre enteramente desnudo, con arco y dos flechas en la mano, que vino á sentarse cerca de mí sin hablarme nada : lo hice yo y nada me contestó, y no sabiendo que pensar de aquello, eché mano de mis pistolas y de mí fusil, lo que visto por aquel hombre, se fue á poner detras del fuego, y le seguí, habiéndole considerado con atencion, me reconoció y habló echándoseme en mis brazos: entónces conocí que era uno de los franceses que habia mandado buscar.

Entrámos en conversacion ; le pregunté por su camarada y me dijo que no se habia atrevido á venir por temor á M. de la Sale : los dos eran marineros ; aquel que era breton se llamaba Ruter y el otro, natural de la Rochelle, Grollet. En tan poco tiempo habian ya contraido todos los usos de los salvages, y no eran ya ellos mismos otra cosa que salvajes.

Estaban desnudos, su cara y su cuerpo con figuras como los otros: habian tomado muchas mugeres, se habian hallado en la guerra, en la que matáron con sus fusiles muchos enemigos lo que les dió gran reputacion; pero se les acabó la pólvora y el plomo, les eran ya inútiles sus armas, y les fue preciso aprender á manejar el arco y la flecha. En cuanto á la religion no les daba cuidado y la vida libertina que pasaban, les era muy de su gusto.

Instruí á aquél de la muerte trágica de M. de la Sale, su sobrino y otros, de lo que se manifestó sorprendido é indignado, al ménos en la apariencia: le pregunté si habia adquirido alguna noticia del rio *Missicipi*, me contestó que nó, agregándome que á cuarenta leguas de aquel punto hácia el norueste habia un rio grande, en cuyas orillas contaban los salvajes que habitaban muchas naciones. Esto me hizo creer que ese rio era el mismo que buscábamos, ó que al ménos era necesario para ir á él tomar aquel camino y pasar por allí: le dí de comer y nos fuímos á descansar.

En los dias siguientes continué mis comercios y los viejos sus visitas, hablándome sin cesar de su proyectada guerra. Algunos de ellos me refiriéron que habian estado entre los españoles que distaban de allí doscientas leguas ó cerca de ellas. Me dijéron algunas palabras de su lengua, como por ejemplo *caballo*, *capitan* y otras. Entre tanto Ruter regresó á su casa y le dí un poco de abalorio para sus mugeres, suplicándole que me enviase al otro frances.

Miéntras yo me entristecia solo en el mayor extremo, y no lo hubiera conocido á no ser por un salvaje viejo que lo observó; creyó él que para quitarme el fastidio era conveniente darme una compañera y ví con sorpresa á una muchacha que vino á sentarse junto á mí, y que el viejo me decia que la habia traido para que fuese mi muger y que me la cedia. Pero otros eran los negocios y cuidados que me ocupaban la cabeza, nada dije á la pobre muchacha, la que estuvo un rato en espera y viendo que no me la acercaba y que permanecia inmóvil sin significarle nada, se retiró.

Así continué algunos dias sin recibir noticias hasta que en el 6 de Abril llegáron los dos franceses referidos en traje de

salvages; no tenian mas que un cobertor, plumas de gallo de la india en las espaldas, la cabeza y los pies desnudos: el llamado Grollet habia reusado pintarse el semblante, como su compañero lo habia hecho, y cortarse los cabellos á usanza de los salvajes: aquellos pueblos los tienen cortados á excepcion de un mechon que se dejan á modo de los turcos en la parte superior de la cabeza: algunos sin embargo tienen trenzas por los lados.

Volví á referir la desgraciada historia de M. de la Sale; me reiteráron que habian oido hablar á los salvajes de aquel gran rio, que se hallaba á las cuarenta leguas hácia el norueste y tambien que habia hombres semejantes á nosotros que habitaban en sus orillas. Esto me confirmó en la opinion de que aquel era el rio solicitado, y que era indispensable pasar por él para volver al Canadá ó dirijirse á la nueva Inglaterra. Me aseguráron que serian gustosos de la partida; les recomendé el secreto que no supiéron guardar, porque sabiendo que M. Cavelier y otros debian venir, fuéron á encontrarlos y yo quedé solo.

En el dia 8 llegáron tres hombres, de cuyo número era el provenzal, con un caballo cada uno, enviados por nuestros compañeros á llevarse todos los víveres que yo habia recogido, porque habian resuelto, segun me dijéron los enviados, regresar á la habitacion de S. Luis, con direccion á la bahía de este nombre, de que nos habiamos separado; decian que su intento era construir una lancha para atravesar é irse á las islas de América. Tal designio era puramente imaginario, porque todos los carpinteros habian muerto, y aunque viviesen, eran tan ignorantes que no hubieran acertado á hacerla; faltaban ademas las herramientas necesarias; fue sin embargo preciso obedecer y partir con nuestras provisiones; el 9 nos detuvímos en el camino por la lluvia y no pudímos arribar hasta el dia 10.

El padre Anastasio me confirmó que aquel era su designio, y me refirió el trato duro que los asesinos les habian dado despues de mi partida, é ignoro con que espíritu hiciéron bando aparte y se separáron para comer del padre Anastasio, de los Sres. Cavelier y de mí, lo que fue de nuestro gusto

porque al ménos podiamos ya conversar libremente, lo que ántes no nos atreviamos á hacer; pero de víveres no nos daban mas que lo preciso para no morir de hambre, y de carne nada, aunque por la caza la conseguian frecuentemente.

Continuando nuestros tiranos en el designio de volverse á la gran habitacion, juzgáron que no eran bastantes para el efecto los caballos que tenian; con tal motivo diputáron á cuatro de ellos, siendo uno el frances vuelto salvaje, para que fuesen al pueblo de los *Cenis* y procurasen comprarlos. Entre tanto tomámos la resolucion por nuestra parte de hacer saber á aquellos señores que nos hallábamos demasiado fatigados para poder regresar á la dicha habitacion, y que habiamos pensado quedarnos en el pueblo de los *Cenis*; el Sr. Cavelier se encargó de esta comision y de la de suplicar á Duhaut que nos diese algunas hachas, cuchillos y abalorios, pólvora y plomo, con oferta de darle su recibo.

Mr. Cavelier hizo en efecto sus proposiciones á Duhaut, coloreándolas lo mejor que le fue posible, y Duhaut le remitió para darle la respuesta al otro dia. Consultó el asunto con sus compañeros, y se nos hizo saber que nos deseaban complacer, que nos darian la mitad de sus efectos y todas las hachas; que como su intento era procurar llegar á la grande habitacion y construir una lancha, en el solo caso de que se les frustrasen sus deseos, volverian á buscarnos: resolviéron dejar en nuestra compañía al padre Zenobio, que nos podria ser muy útil, porque habiendo ido con Mr. de la Sale en su primer descubrimiento, poseia el idioma de las naciones cercanas al rio *Missicipi*. Nos encargaban que miéntras ellos efectuaban su viaje, procurásemos acopiar víveres, asegurando que si lograban la construccion de la lancha proyectada, nos lo avisarian para que fuésemos á incorporarnos. Mr. Cavelier prometió cuanto quisiéron, aunque no era nuestro intento cumplirlo. Todos sin embargo nos engañábamos: la Providencia habia dispuesto las cosas de otro modo.

Permanecímos algun tiempo en espera de los que habian mandado al pueblo de los *Cenis* y que tardáron en el viaje mas de lo regular: el crecimiento del rio fue el pretesto; pero el verdadero motivo, el que, como tengo dicho, aquellas mu-

geres aunque no gustan de ofrecerse, no son difíciles en prestarse, cuando se les regala alguna cosa; el tiempo no pareció largo á los comisionados. Las cosas cambiáron entre tanto de aspecto, segun se verá.

Uno de nuestros franceses vuelto salvaje, á quien yo habia referido nuestro pensamiento de ir á buscar el rio *Missicipi*, lo comunicó á Duhaut y tambien las cosas que me habia contado; impuesto de ello Duhaut mudó la resolucion que tenia de ir á la habitacion de S. Luis y tomó la de seguir nuestro intento y camino. Comunicó á sus compañeros el nuevo proyecto y fue de la aprobacion de todos, y nos hiciéron saber que se habian propuesto adoptar nuestro designio.

No pequeña afliccion nos causó este cambio, porque toda nuestra ansia era separarnos de aquellos malvados, de quienes no podiamos prometernos otro trato, que el indigno que habian dado á Mr. de la Sale y á sus compañeros. Tuvímos sin embargo que disimular, porque no habia otro remedio. Pero la justicia de Dios proveyó lo conveniente y nos libertó. Quedámos en el campamento todo el resto de Abril en espera de los enviados, y queriendo Duhaut comezar á realizar el designio que habia concebido de ir en compañía nuestra á buscar el *Missicipi*, nos mandó avanzar al rio, para pasarlo luego que estuviese bajo é irnos al pueblo de los *Cenis*.

Pasámos aun tres dias mas en aquel puesto, al cabo de los cuales el llamado Larcheveque, uno de los enviados, pasó al rio: él era criatura de Duhaut y cómplice en el asesinato de Mr. de la Sale. Supo por él que el llamado Hiens, uno tambien de los comisionados y que se habia quedado al otro lado del rio, habia entendido la mudanza de resolucion de Duhaut y los demas, y que disentia en opinion. Este Hiens era un Flibustier, Aleman de nacion, á quien Mr. de la Sale tomó en el pequeño *Gouave* y uno de los cómplices en los pasados asesinatos.

Habiendo permanecido algunos dias mas en aquel lugar, llegó Hiens acompañado de dos franceses que se habian vuelto salvajes y veinte mas de los segundos; inmediatamente se fue á buscar á Duhaut y despues de conversar con él, le aseguró que no concurria en el pensamiento de ir por el rumbo del *Missicipi*, que era tan peligroso: le pidió parte de los efectos de

que se habia apoderado, y Duhaut se los negó, afirmando que todas las hachas eran suyas. Hiens que segun parece tenia formado de antemano el designio de matarle, sacó su pistola y la descargó sobre Duhaut que cayó muerto á cuatro pasos de distancia. Al mismo tiempo Ruter que acompañaba á Hiens, disparó un fusil sobre el cirujano Liotot y le atravesó el cuerpo con tres balas.

Estas muertes ocurridas á mis ojos me causáron el mas terrible espanto, porque temia que se hiciese conmigo otro tanto y eché mano de mi fusil para defenderme; Hiens que vió esto, me gritó que no temiera y que dejára mis armas; que él habia vengado la muerte de su patron. Tranquilizó tambien á M. Cavelier y al padre Anastasio que se habian asustado tanto como yo, asegurándoles que no pensaba perjudicarlos en lo mas pequeño, y que aunque habia sido del complot, no se hallaba presente cuando Mr. de la Sale fue asesinado, lo que ciertamente hubiera impedido.

Liotot vivió algunas horas mas y tuvo la felicidad de poderse confesar, despues de lo cual le acabó de matar Ruter de un pistoletazo; y en seguida se hizo un hoyo en la tierra en que se le sepultó junto con Duhaut, recibiendo mas honores que los que habian dado á M. de la Sale y á su sobrino M. Moranget, que fuéron abandonados á servir de pasto á las fieras. Así pagáron su merecido aquellos asesinos, muriendo del mismo modo con que habian matado á otros.

Los salvajes que viniéron en compañía de Hiens y fuéron testigos de aquellos asesinatos, quedáron muy espantados, y las consecuencias pudiéron haber sido muy funestas, porque nosotros teniamos necesidad de ellos; fue preciso disimular la cosa, dándoles á entender que para aquellos castigos habia habido el motivo, de que teniendo ellos toda la pólvora y plomo, no querian participar con nadie y se manifestáron satisfechos de la escusa. El llamado Larcheveque, hombre adicto á Duhaut, se habia ido á la caza por la mañana é ignoraba la desgracia de su protector, y como Hiens habia resuelto deshacerse de él, el padre Anastasio y M. Cavelier procuráron disuadirle, y yo me adelanté á noticiarle el desastre ocurrido y á aconsejarle el modo con que se debia conducir:

así le recompensé el anuncio que me fue á hacer de la muerte de M. de la Sale: le presenté á Hiens, quien le ofreció no inferirle mal alguno y recíprocamente se diéron las mismas seguridades. De esta manera todo quedó en paz, y no se trató ya mas que de partir y de acordar lo que convendria hacer.

Hiens tomó la palabra y espuso que habia prometido á los salvajes acompañarlos á la guerra, cuya palabra estaba resuelto á cumplir; que si queriamos esperar su regreso, entónces se resolveria á donde nos debiamos dirijir pudiendo permanecer entre tanto en el pueblo de los *Cenis*. Así se resolvió; cargámos todos nuestros efectos sobre los caballos, y marchámos al mismo sitio y á la misma cabaña, en que ántes habiamos estado, cuyo gefe nos destinó la mitad para alojamiento y para colocar nuestro equipaje.

Habiendo llegado el dia de la partida para aquella guerra, salió Hiens acompañando á los salvajes, seguido de cuatro de nuestros camaradas y de dos franceses semisalvajes y cada uno de estos seis tomó su caballo. Hiens nos dejó todos sus efectos, rogándonos que le esperásemos, lo que prometímos, ya porque no estaba otra cosa en nuestro arbitrio, como porque los salvajes hubieran podido perjudicar é impedir tambien nuestra marcha. Nos abandonámos á la Providencia, quedando juntos el padre Anastasio, los Sres. Cavelier, el jóven Talon, un muchacho parisiense y yo: quedáron tambien los viejos que no podian ir á la guerra y las mugeres: á nosotros se nos juntáron dos franceses mas, el provenzal y M. Teissier que estaban del otro lado del rio.

Miéntras duró nuestra mansion y los guerreros se hallaban en su campaña, los ancianos nos hacian frecuentes visitas y nos comunicaban noticias del ejército, por señas que no entendiamos. Nos alarmámos por ver llorar á las mugeres de tiempo en tiempo sin causa aparente: nos habia contado M. de la Sale que aquellas mugeres lloraban cuando se queria hacer perecer á alguno; pero supímos que el motivo de sus lamentos era la memoria de los que habian muerto en las guerras anteriores, y esto nos tranquilizó. No estábamos sin embargo faltos de cuidado, porque los viejos nos observaban,

particularmente cuando por la mañana y por la tarde haciamos nuestras oraciones.

Nos aprovechámos de esta ocasion para darles á entender que así cumpliamos con nuestros deberes para con Dios, único soberano de todas las cosas; mostrándoles el cielo, procurábamos, lo mejor que nos era posible, hacerles concebir que era omnipotente, hacedor de todas las cosas, el que hacia producir á la tierra y que naciesen las frutas y legumbres que ellos comian; pero como esto era por señas no nos entendian y trabajábamos sin provecho.

El dia 18 nos causó gran sorpresa ver entrar á nuestra cabaña á muchas mugeres embarradas de tierra que se pusiéron á cantar á gritos canciones diferentes, que no entendiamos: comenzáron en seguida á bailar en círculo, sin que adivinásemos cosa de aquel regocijo, que bien duró sus tres horas: despues supímos que se habian recibido noticias de una victoria ganada por sus guerreros sobre sus enemigos y aquel baile terminó con algunos pedazos de tabaco, con que los de la cabaña obsequiáron á los de fuera.

Como al medio dia vímos al que habia conducido las noticias, quien aseguraba que habia matado cuarenta al ménos de sus enemigos. Concluidas las demostraciones de regocijo, fuéron las mugeres á preparar los víveres, unas á moler el maiz, otras á cocer la harina lo que ellas llaman hervir y otras á hacer el pan, todo para llevarlo á los guerreros: al dia siguiente marcháron á su encuentro y á nosotros nos pareció de política mandar á uno de los nuestros: el comisionado fue el provenzal y partió con las mugeres.

En la tarde del mismo dia llegó el ejército vencedor y se nos impuso de que los enemigos á quienes nombran *Cannohatimo*, los esperáron á pie firme; pero que habiendo oido el ruido y presenciado los efectos de las armas de fuego de nuestras gentes se pusiéron en fuga, siendo cuarenta y ocho entre hombres y mugeres los cojidos ó muertos por los *Cenis:* matáron á varias mugeres que se habian salvado sobre los árboles, no habiendo podido hacerlo en otra parte. Por esta razon quedáron en el campo mas mugeres que hombres.

Condujéron vivas á dos de aquellas mugeres y una de ellas tenia la cabeza despellejada para quitarle el cabello y la piel y á esta infeliz la devolviéron dando una poca de pólvora y una bala, y diciéndole que condujese aquel presente á su nacion y le intimase que siempre seria tratada de la misma manera. Esto era decirle que los matarian con las armas de fuego.

La otra muger habia sido reservada para ser sacrificada á la venganza y al furor de las de su sexo: aquellas mugeres armadas de gruesos bastones puntiagudos y afilados por la punta, condujéron á aquella desgraciada á un lugar separado donde comenzáron aquellas furias á darle golpes, ya con la punta del baston, ya descargándoselo con toda su fuerza: una le arrancaba los cabellos, otra le cortaba un dedo, y no habia una sola de aquellas mugeres irritadas que no discurriese un nuevo tormento que hacerle sufrir, en venganza de sus parientes que habian muerto en las guerras anteriores: aquella infeliz no podia dejar de desear la muerte como un favor.

Hubo en fin una que le descargó un golpe sobre la cabeza con un grueso baston y otra que le traspasó varias veces el cuerpo como con un asador, dejándola muerta en el sitio. Destrozáron en seguida el cuerpo de aquella malhadada víctima y diéron á comer los pedazos á los esclavos de su nacion que tenian hacia largo tiempo.

Así fué como nuestros guerreros volviéron triunfantes de su expedicion. De todos los prisioneros que tomáron, no perdonáron la vida mas que á dos muchachos, y trajéron las cabelleras de los muertos para que les sirviesen de trofeos y muestras de la victoria.

Al dia siguiente se reuniéron los salvajes en la cabaña del gefe, á la que condujéron en ceremonia todas las cabelleras. En la misma y en las de los demas gefes se celebráron grandes regocijos, que duráron tres dias, y á los que nuestros compañeros, autores verdaderos del triunfo, fuéron invitados y regalados segun su modo. No disgustará al lector que le refiera aquí los pormenores de aquella ceremonia, que concluida en las cabañas de los gefes se reiteró en la nuestra.

Antes de todo fue aseada y compuesta la cabaña : extendiéron en el suelo muchas esteras, sobre las que se sentáron los ancianos y los notables del pueblo. Hecho esto, uno que era el orador ó maestro de ceremonias pronunció un discurso que no entendímos. Poco despues de concluido el discurso, llegáron los guerreros que habian hecho la matanza en la batalla, marchando en fila, con un arco y dos flechas en la mano, precedidos por sus mugeres que llevaban las cabelleras del enemigo ; dos muchachos á quienes, como he dicho, habian perdonado la vida, y de los cuales uno que estaba herido, venia montado á caballo, cerraban la comitiva : á la cabeza de ella marchó una muger con una gran caña en la mano.

Conforme iban llegando á la presencia del orador, cada uno de los guerreros tomaba la cabellera de mano de su muger y se la presentaba á los cuatro vientos, la ponia en tierra, y practicáron con todas igual ceremonia hasta concluir.

Terminada que fue, se sirvió á todos *la sagamité* que las mugeres tenian preparada, y ántes de comenzar á comerla, el maestro de ceremonias tomó una poca de ella en una vasija, y la fue á presentar como en ofrenda á las cabelleras ; encendió en seguida una pipa de tabaco y sopló el humo sobre las cabelleras. Se pusiéron luego á comer y á los muchachos prisioneros sirviéron pedazos de la carne de la muger sacrificada ; se presentáron tambien lenguas de los enemigos, hechas cecina, concluyendo todo con bailes y canciones de su usanza ; en ninguna cabaña dejáron de hacerse las mismas ceremonias.

Fue indispensable dejar pasar aquellos regocijos ántes de hablar de nuestro designio, de que yo habia concebido tan buenas esperanzas. Los llamados Teissier y Larcheveque, cómplices en el asesinato de M. de la Sale, habian ofrecido reunírsenos, siempre que M. Cavelier quisiera perdonarlos, como les habia ofrecido, y estuvímos en su espera hasta el dia 25, en que los franceses que se halláron en la guerra, viniéron á nuestra cabaña y entónces hablámos del asunto.

Hiens y los de su partido desaprobando nuestro proyecto, nos alegáron las dificultades que juzgaban insuperables y que

nos pondrian en el caso de perecer ó en el de retroceder. Hiens nos dijo que por lo que á él tocaba, no pensaba en exponer su vida para volver á Francia, á que le cortasen la cabeza. Viendo que nada le respondiamos y que no variábamos de intento, será preciso, nos dijo, repartir los efectos.

Para llevarlo á efecto, separó para el padre Anastasio, los Sres. Cavelier y para mí treinta hachas, cuatro á cinco docenas de cuchillos, cerca de treinta libras de pólvora y otro tanto de balas. A los demas les dió dos hachas, dos cuchillos, dos ó tres libras de pólvora é igual porcion de balas, quedándose con el resto. Por lo que respecta á los caballos, se tomó los mejores, dándonos los mas chicos. M. Cavelier le pidió algunos abalorios que le concedió; se apoderó de los vestidos, equipages y demas efectos de la pertenencia del difunto M. de la Sale y tambien de unas mil libras de plata de la propiedad de M. le Gros, que habia fallecido en la habitacion de San Luis. Antes de nuestra partida tuvímos el penoso disgusto de ver á aquel malvado pasearse vestido con la casaca de grana galoneada, que habia pertenecido á M. de la Sale y de la que se habia aposesionado como de todo lo demas.

Hiens y sus adictos se retiráron luego á su cabaña y nosotros resolvímos no diferir mas tiempo nuestra marcha. Preparámos con este fin nuestros caballos, lo que causó gran sorpresa á los salvajes y en especial á su gefe, que hizo y dijo cuanto le fue posible para que no partiésemos, ofreciéndonos mugeres, víveres en abundancia y exagerándonos los peligros inevitables de la empresa, tanto por parte de los enemigos de que estaban rodeados, como por los malos y penosos caminos, los bosques y rios que teniamos que pasar, Pero nosotros permanecímos firmes y solamente les pedímos la gracia, que costó trabajo conseguir, de que nos diesen dos guias para llevarnos á los *Cappa;* pero como porfiámos y prometímos recompensarlos bien, nos otorgáron uno, al que siguiéron despues otros.

Dispuestas así todas las cosas para nuestra marcha, nos despedímos de nuestros huéspedes; pasámos por la cabaña de Hiens y le abrazámos á él y á sus compañeros; le pedí-

mos un caballo mas y nos lo dió. Pidió á M. Cavelier un certificado en latin de no haber participado en el asesinato de M. de la Sale, que le dió porque no podia negárselo y nos pusímos en camino sin Larcheveque y Teissier, que nos faltáron á la palabra, y se quedáron con los bárbaros encenagados en la libertad que disfrutaban. No quedámos mas que siete : el padre Anastasio, los dos Señores Cavelier, Marle, Meunier, un jóven parisiense llamado Bartelemy y yo, con seis caballos y los tres salvajes que debian conducirnos, todo lo que ciertamente era muy poco para tan grande empresa. Pero estábamos resueltos y nos abandonámos á la protecion divina, que no nos faltó.

En el primer dia fuímos á acampar á la orilla de un rio que habiamos dejado poco tiempo ántes, y allí pasámos la noche ; al dia siguiente cortámos árboles para formar una especie de puente ó tabla para pasar nuestros equipajes de mano en mano, haciéndolo los caballos á nado; fue necesario repetir muchas veces esta maniobra, porque hasta el dia 29 en que seguímos nuestro camino, fuéron muchos los rios que encontrámos en él y cabañas á cada paso; vímos tambien una aldea, cuyos habitantes salvajes nos dijéron que se llamaban *Nahoudikhe*, aliados de los *Cenis*.

Negociámos con ellos algunos víveres y el gefe se ofreció á llevarnos hasta los *Assony*, que distaban de allí cerca de treinta leguas: nos condujo en efecto; pero habiendo sobrevenido la lluvia y no estando prevenidos los *Assony*, no fuímos bien recibidos.

Se nos condujo entre tanto á la cabaña del gefe: se avisó á los ancianos y se runiéron. Habiendo descargado nuestros caballos y colocado en fila nuestros equipajes en el centro de la cabaña, que el gefe nos habia destinado, les explicámos que nuestro deséo era ir mas léjos, para buscar mercancias y traérselas, lo que los satisfizo. Nos presentáron que comer y los ancianos quedáron con nosotros una parte de la tarde, lo que nos causó cuidado y estuvímos alerta : la noche se pasó tranquilamente.

Al dia siguiente volviéron los ancianos; habian hecho poner esteras fuera de la cabaña; se nos pidió por señas que

saliéramos á sentarnos, y ántes de verificarlo dejámos dos de los nuestros cuidando los equipajes. Les repetímos lo que les habiamos dicho en la tarde anterior y les regalámos hachas, cuchillos, abalorios y sortijas. Expresáron su sentimiento por nuestra partida y ponderáron cuanto pudiéron, lo mismo que los otros, los obstáculos que habia que vencer, aunque todo en vano. Permanecímos allí hasta el primero de junio, negociando siempre y haciendo todas las provisiones que nos era possible.

El dia 2 dejámos aquella cabaña que nos era sospechosa y fuímos á alojarnos á la de otro gefe que distaba un cuarto de legua, y el que nos recibió bien. Una vieja que era su madre y gobernaba la casa, tuvo mucho cuidado de nosotros ; eramos los primeros á quienes se repartia el alimento, y para mantenerlos en tan buena disposicion les haciamos regalillos y yo economizaba cuidadosamente las provisiones que teniamos adquiridas y eran necesarias para el viage.

Era tan incesante la lluvia que hubímos de demorarnos allí hasta el dia 13 y durante nuestra mansion hiciéron muchas fiestas los salvajes, á las que éramos invitados. Cuando paró de llover, resolvímos continuar á pesar de los temores de M. Cavelier. Sobrepuestos á ellos emprendímos la marcha hácia el norueste con dos salvajes comprometidos á guiarnos en un pedazo solo de camino, pero que nos abandonáron luego volviéndose á su casa y ofreciendo unírsenos otra vez, sin embargo de todas las promesas que les hicímos para obligarlos á continuar ; acampámos aquella tarde en la orilla de un arroyo.

Seguímos nuestro camino en los dias 14 y 18, encontrando frecuentemente barrancas, que nos fatigaban mucho, porque era preciso descargar los caballos para que las pasasen y para evitar que se encenagasen en el lodo y en el terreno barroso de que no hubíeramos podido sacarlos : el cargamento lo llevábamos entónces sobre las espaldas.

Estábamos pasando nuestros caballos al medio dia del modo expresado, cuando vímos venir á nuestros dos conductores. Esta ocurrencia nos dió mucho gusto, porque ellos

sabian el camino, que era conveniente seguir : ántes de continuarlo, les dímos de comer y fumar.

Pasámos en el dia 16 un rio crecido, en los términos que atrevesámos el primero, y de allí para adelante fuéron los caminos muy malos.

Habiéndose sentido indispuesto uno de los nuestros en el dia 17, tuvímos que diferir la partida hasta el medio dia, y continuámos encontrando en la marcha rios y barrancas hasta el dia 21, en que habiendo enfermado uno de los salvajes, nos fue indispensable hacer alto en la orilla de un rio, que habiamos ya pasado. Así que el otro salvaje vió enfermo á su compañero, se fue á cazar y condujo una bicerra de las que se encuentran tantas en aquel territorio. Los salvajes usan de la industria de meterse hasta la frente las cabezas de los animales que van á cazar y los imitan con tal perfeccion, que ellos se les acercan y no hay golpe perdido : de este mismo ardid se sirven para coger las gallinas de la India y otros animales que hacen venir hasta sus manos.

Restablecida la salud del salvaje, marchámos el dia 22 por un pais mas cómodo y mas hermoso que el que dejábamos. Como procurábamos tomar de nuestros salvajes noticias de los pueblos cercanos, nos hiciéron ellos mencion de los *Coppa*. M. Cavelier observó que varias veces habia oido hablar á su difunto hermano M. de la Sale de aquella nacion, que aseguraba haber encontrado en el camino, cuando desde el Canadá se dirijió al *Missicipi*, y esto alentó las esperanzas de lograr el descubrimiento.

Habiéndonos acercado en el dia 23 al pueblo que buscábamos, uno de los salvajes se adelantó á avisar nuestro arribo. Pasámos entre tanto hermosas campiñas, prados sembrados do bosques de muy lindos árboles, y en los que era tan alta la yerba, que fue preciso abrir camino para que pasasen los caballos.

A distancia de media legua del pueblo vímos venir á un salvaje montado en un gran caballo tordillo y acompañado con el nuestro y que salian á encontrarnos. Se nos impuso de que aquel caballero, quien traía su comitiva, era el gefe del lugar. Nos recibió con agrado: nosotros le manifestámos

que no haciamos mal á nadie, á no ser que primero se hiciera á nosotros. Habiéndole dado de fumar nos dijo por señas que le siguiésemos y con él llegamos hasta la orilla de un rio, donde, tambien por señas, nos previno que le esperásemos, miéntras se dirijia á avisar á los ancianos del pueblo.

A poco rato apareciéron en gran número, y cuando nos unímos, manifestáron que habian venido á conducirnos al pueblo: nuestros salvajes nos advirtiéron, que aquella era la costumbre de la nacion, á la que nos sometímos dejándolos libremente. Aunque la ceremonia era algo embarazosa, siete de los mas notables nos ofreciéron sus espaldas para que montásemos: como que Mr. Cavelier era el gefe, fue el primero que subió y todos hiciéron lo mismo.

Por lo que á mí toca, como soy de muy buena talla é iba ademas cargado de vestidos, fusil, dos pistolas, plomo, pólvora, un caldero y de otros avios, abrumé á mi cargador con mas peso del que podia llevar: como era mas grande que él y mis piernas llegaban al suelo, dos salvajes me las sostenian, con lo que yo tenia tres que me cargasen. Los demas salvajes tomáron nuestros caballos para conducirlos al pueblo, al que llegámos en tan ridícula figura. Al cuarto de legua ya no pudiéron continuar nuestros cargadores, que tanta necesidad tenian de descanso, como nosotros de reirnos á solas, ya que debiamos guardarnos de hacerlo en su presencia.

Luego que llegámos á la cabaña del gefe, en la que encontrámos mas de doscientas personas atraidas por la curiosidad de vernos y que nuestros caballos fuéron descargados, los ancianos nos hiciéron saber que era su costumbre lavar á los estrangeros que los visitaban y que como nosotros estábamos cubiertos de ropa, nos lavarian solo el rostro: así lo hiciéron con agua limpia que tenian en una especie de lebrillo y no nos laváron mas que la frente.

Despues de esta segunda ceremonia nos indicó el gefe que subiésemos sobre un tablado pequeño de cerca de cuatro pies de altura, hecho de madera y carrizo: estando allí, cuatro gefes de los pueblos viniéron á arengarnos, unos despues de otros: los escuchámos con paciencia, aunque no entendiamos pala-

bra y estábamos cansados de lo largo de los discursos, y mas aun del calor del sol, que caía á plomo sobre nosotros.

Concluidas las oraciones, cuyo objeto no era otro que darnos la bienvenida, les dijímos que regresábamos á nuestra patria, y de ella volveriamos á traerles mercancias y cuanto hubiésen menester.

Los agasajámos segun costumbre con hachas, cuchillos, abalorio, agujas y alfileres para sus mugeres, asegurándoles que cuando regresásemos, les traeriamos muchas mas cosas.

Tambien les advertímos que si gustaban proveernos de maiz ó harina, les dariamos algo en cambio y nos lo otorgáron. Nos sirviéron en seguida *sagamité*, pan, habas, calabaza y otras cosas de que teniamos ciertamente necesidad, pues no habiamos comido en la jornada, unos por no haber tenido qué, y otros por devocion, por haber querido, como Mr. Cavelier, guardar el ayuno en la víspera de San Juan, cuyo nombre era el suyo.

En el 24 se reuniéron los ancianos en nuestra cabaña y les supliçámos con las mas vivas instancias, que nos proporcionasen dos guias hasta el pueblo de los *Cappa* que se hallaba en el camino. Léjos de concedérnoslo de pronto, nos supli-cáron con el mayor encarecimiento que nos quedásemos con ellos, para asistirlos en las guerras contra sus enemigos, porque eran muchos los prodijios que les habian contado de nuestros fusiles; les ofrecímos hacerlo así á nuestra vuelta que seria pronta y con esta promesa quedáron contentos.

Así crecian nuestras esperanzas, cuando un funesto accidente que sobrevino, turbó todo nuestro placer. Mr. de Marle, uno de los principales de nuestra comitiva, luego que acabó de almorzar se fue á bañar en el rio que habiamos pasado en el dia anterior, y como no sabia nadar y hubiera adelantádose mucho, se encontró con una hondonada de que no pudo salir y se ahogó desgraciadamente. Cavelier el jóven que habia sabido que Mr. Marle estaba bañándose fue á verle y observó que se estaba ahogando, luego que se acercó al rio: vino á avisarnos, nos dirijímos inmediatamente al punto con una porcion de salvajes, que llegáron ántes que nosotros, aunque

tarde para salvarle: algunos de ellos se echáron al agua y nos le trajéron muerto del fondo.

Le llevámos à la cabaña derramando lágrimas, acompañándonos los salvajes en nuestro justo sentimiento: cumplímos con los últimos deberes, hicímos las oraciones acostumbradas en semejantes casos y le dímos finalmenle sepultura en un pequeño campo á espaldas de la cabaña. Como durante esta triste ceremonia leiamos, particularmente los padres Cavelier y Anastasio, nuestros libros de oraciones, observaban los salvajes con admiracion que hablábamos cuando fijábamos la vista en los libros, y aprovechámos esta ocasion para explicarles que rogábamos á Dios por el difunto, señalándoles el cielo.

Debemos á aquellas buenas gentes la confesion de que diéron esquisitas pruebas de humanidad en tan triste suceso: así por hechos como de todos los modos que estuviéron á su alcance, explicáron la parte que tomaban en nuestro dolor: acaso no se nos hubieran dado tales testimonios de sensibilidad en algunos puntos de Europa.

En la corta mansion que aun hicímos en aquel lugar, advertímos la ceremonia que hacia la muger del gefe en obsequio del difunto: en todas las mañanas llevaba al sepulcro en una canasta ó batea espigas hervidas de maiz.*

Antes de partir supímos que los cuatro pueblos, aliados de nuestros huéspedes, se llamaban *Assony*, *Natsohos*, *Nachitos y Cadodaquio.*

En el dia 27 nos dirijímos el padre Anastasio y yo á averiguar si era cierto, como los salvajes nos habian dicho, que en el camino se encontraban canoas para pasar un rio: vímos en efecto un rio, cuya corriente era muy bella y navegable y que era brazo del que habiamos pasado: se halláron dos

* *Este culto de los sepulcros, tan lleno de sensibilidad, parece que ha nacido con la especie humana. Sin apelar á otras pruebas que á las que tan abundantemente suministra este diario, es necesario convenir en que los bárbaros y los salvajes son los que niegan razon y entendimiento á los indios. No puede ser bárbaro un pueblo tan generoso y tan hospitalario.*

canoas, en una de las cuales los salvajes nos pasáron al otro lado, para investigar si seria fácil el desembarco de los caballos. Encontrámos un punto muy bueno, lo que cuando regresámos, avisámos á M. Cavelier, cuyos pies se hallaban tan adoloridos que no pudímos marchar hasta el dia 30.

Entre tanto recibímos muchas visitas de salvajes de todas edades y sexos: fuéron tambien á vernos los gefes de la nacion *Taniguo*, con los que tuvímos varias conversaciones mudas. Todas las tardes se presentaban mugeres con guerreros que portaban su arco y sus flechas y entonaban en nuestra cabaña canciones fúnebres que acompañaban con llanto. Esto nos hubiera causado inquietud, si no hubiéramos visto ántes la misma ceremonia y sabido que aquellas mugeres cantando y llorando en la cabaña del gefe, le conjuraban á que tomase venganza de sus esposos y parientes muertos en las guerras anteriores. Paso en silencio las de mas costumbres de aquel pueblo, porque son con corta diferencia las mismas que las de los *Cenis*.

En el 29 por la tarde avisámos al gefe que partiriamos al dia siguiente: le hicímos algunos regalos en lo particular y tambien á su esposa que tantas atenciones nos habia dispensado. En el 30 emprendímos nuestra marcha y en ella encontrámos al gefe y gran comitiva en las cabañas del camino, á donde habian ido para acompañarnos hasta el rio, que pasámos en canoa y los caballos á nado. Allí nos despedímos de nuestros atentos conductores, agasajándoles con porcion de abalorio para sus mugeres; pero el gefe insistió en acompañarnos hasta el primer pueblo.

En el camino hallámos una cabaña, en la que nos detuvo nuestro gefe salvaje para comer: continuámos hasta el pueblo de *Cadodaquio*; se nos llevó hasta la cabaña de su gefe, que era amigo de nuestro conductor y nos recibió con la mayor humanidad; para quedarnos allí, tuvímos que descargar los caballos: dímos á entender al gefe que teniamos necesidad de víveres, habló á sus mugeres, nos trajéron harina y les pagámos con abalorio: entónces se marchó el gefe que nos habia conducido.

No siendo nuestro designio permanecer mucho tiempo en aquel lugar, habiamos pedido á su gefe que nos llevase al pueblo *Cahainihoua*, situado en el camino. Por una feliz casualidad habia en el que estabámos algunos hombres y mugeres de aquél, que habian venido á buscar madera propia para hacer arcos, que abunda en las cercanías de *Cadodaquio.* Se les advirtió nuestro intento y manifestáron que nos acompañarian con gusto. En la conversacion pudímos comprender que habian visto gentes como nosotros, que tenian fusiles y una casa y tambien que conocian á los *Cappa.* Muy contentos con este descubrimiento, los esperámos los dos dias que tardáron en partir.

Observámos tanto en ellos, como en la cabaña en que estabámos alojados, un idioma distinto del de los *Cenis*, y algunas ceremonias peculiares suyas, como la de que cuando las mugeres estaban para parir, se retiraban de la cabaña de sus maridos á una destinada á aquel solo objeto, y miéntras duraba la incomodidad, no le era permitido á nadie acercarse á ella, sin que contrajese la nota de inmundo.

Aquellas mugeres tienen el rostro aun mas desfigurado, que todas las vistas hasta entónces, porque estas no tenian mas que una raya y aquellas muchas. Se adornan con un pequeño copo de pelo fino, de color encarnado, que tenian amarrado á las orejas como aretes: no son mal formadas, ni tampoco de aquellas que hacen suspirar largo tiempo á sus amantes. Llegar á ellas no es difícil y corresponden al amor, luego que se les hace el mas pequeño obsequio. Los hombres tienen el cabello corto como un capuchino: se lo untan con cierta manteca y se lo retuercen formando caracol: le ponen encima plumas de cisne teñidas de encarnado, y esto lo hacen cuando quieren presentarse con decencia y para asistir á sus asambleas: quieren mucho á sus hijos, y el castigo que les dan, es solamente el de echarlos en la agua sin injuriarlos ni aporrearlos.

Los salvajes de *Cahaínihoüa* que debian guiarnos, no estuviéron listos para el miércoles 2 de Julio, segun nos habian prometido: entónces se nos ofreció un salvaje jóven, con el que salímos dirijiéndonos siempre al rumbo de norueste:

continuámos costeando, casi sin intermision, el rio que habiamos pasado, que era en verdad muy bello y sus orillas estaban pobladas de hermosos árboles de diferentes especies.

Habiamos andado no mas que cosa de una legua, cuando el salvaje nuestro conductor nos avisó que habia perdido un pedazo de cuero curtido, del que necesitaba para hacerse zapatos, y que se revolvia á buscarlo : nos señalo ántes de separarse con la mano el camino que debiamos seguir, advirtiéndonos que dentro de poco dariamos con un rio.

El cambio inesperado del salvaje nos causó no ménos sorpresa que embarazo ; pero al fin continuámos la marcha y á poco encontrámos el rio anunciado, que era muy hermoso y profundo. Lo pasámos en el siguiente dia en una balsa que hicímos con mucho trabajo y dificultad, y los caballos lo atravesáron á nado. A poco rato de haber pasado el rio, viniéron los salvajes que primero habian comprometídose á acompañarnos y expresáron mucho gusto de haber hallado la balsa para pasar el rio : ya juntos, seguímos adelante.

En los dias 4, 5 y 6 atravesámos un pais muy hermoso, pero cortado por arroyos, barrancas y rios : encontrámos corzos, gallinas de la india y otras especies de caza, de que los salvajes hiciéron abundante provision.

Estando parados el dia 6 en la orilla de un rio para tomar alimento, oímos el sonido de cascabeles y campanitas. Habiendo dirijido la vista á todas partes, descubrímos á un salvaje, que tenia en la mano una hoja desnuda de espada, adornada con plumas de diferentes colores y con dos gruesos cascabeles, de los que procedia el ruido que habiamos escuchado. Nos llamó por señas y se anunció como diputado de los ancianos del pueblo á que nos dirijiamos, para salirnos á recibir. Nos hizo muchos alhagos, y yo observé que la hoja de la espada *era de fábrica española* y que se complacia mucho en sonar sus cascabeles.

A la media legua, ó cerca de ella, vímos una docena mas de salvajes que venian tambien á recibirnos, y los que nos acariciáron y condujéron al pueblo, á la cabaña del gefe, en la que hallámos pieles muy bien curtidas de oso, en que se nos hizo sentar : se nos dió de comer y á los ancianos que

nos acompañaban y las mugeres se presentáron juntas á vernos.

En la visita que los ancianos nos hiciéron el dia 7, nos presentáron dos pieles de toro, una de nutria, una blanca de corzo, todas muy bien curtidas y cuatro arcos. Este presente era la recompensa del nuestro.

El gefe y otro del mismo rango nos obsequiáron con dos panes, los mejores y mas hermosos que habiamos visto; parecian cocidos en horno, aunque no habiamos descubierto ninguno en sus pueblos. El gefe permaneció con nosotros algunas horas; manifestó mucho espíritu y prudencia, entendia con facilidad nuestras señas, el idioma con que únicamente podiamos explicarnos: al retirarse nos dejó un muchacho para que nos sirviese.

Por la tarde tuvímos la gran ceremonia del *Calumet*, que vímos por la primera vez. Una tropa de ancianos acompañada de algunos jóvenes y mugeres viniéron en procesion y cantando muy recio. El que marchaba al frente de la comitiva llevaba el *Calumet*, que es una larga pipa adornada con diferentes plumas: cantáron por algun tiempo en la puerta de la cabaña y dentro continuáron sus canciones como un cuarto de hora mas: entónces tomáron á M. Cavelier el sacerdote, quien era nuestro gefe y con toda solemnidad le sacáron en brazos de la cabaña: cuando llegáron á cierto lugar que le tenian preparado, uno de ellos le puso á los pies un grueso puñado de yerba; otros dos condujéron una vacija de barro con agua limpia con la que le laváron la cara y despues le sentáron sobre una piel destinada para este fin.

Los ancianos entónces tomáron asiento cerca de él; plantó dos horquillas de madera el maestro de ceremonias y habiendo puesto un travesaño pintado de encarnado, extendió encima una piel de toro y otra de bicerra curtidas, y sobre todo colocó el *Calumet*.

El canto volvió en seguida á comenzar, las mugeres tomáron parte en el concierto que hacian hermoso dos calabazas vacias, dentro de las cuales habian puesto piedrecillas para hacer ruido y que sacudian siguiendo el compas del coro. Lo mas divertido que hubo fue que uno que se habia colocado

detras de M. Cavelier le mecia de uno á otro lado, procurando que los movimientos fuesen con la cadencia.

Aun no habia concluido el concierto cuando el maestro de ceremonias introdujo á dos muchachas que traian una especie de collar y una piel de nutria, que pusiéron en las horquillas al lado del *Calumet:* las sentáron junto á M. Cavelier una frente de otra, con las piernas tendidas y entrelazadas: el maestro de ceremonia tomó las piernas de M. Cavelier, las colocó encima de las muchachas cruzándolas.

Entre tanto un anciano puso una pluma teñida detras de la cabeza de M. Cavelier entretegiéndosela con el cabello. Como no cesaban de cantar estaba M. Caveliar cansado, y avergonzado de verse metido entre dos muchachas sin saber el designio que pudieran llevar en tan extraña ceremonia: nos hizo señal de que avisáramos al gefe que estaba indispuesto, lo que bastó para que le tomáran dos en los brazos, le condujeran á la cabaña y le dijeran que podia reposar: esto sucedia á las nueve de la noche y toda la pasáron los salvajes cantando, habiendo algunos que ya no podian mas.

Cuando amaneció condujéron a M. Cavelier fuera de la cabaña con las mismas ceremonias del dia anterior y sin parar su canto, le sentáron otra vez. El maestro de ceremonias tomó entónces el *Calumet*, lo llenó de tabaco, lo encendió y presentó á M. Cavelier, avanzando y reculando seis veces ántes de ponerlo en sus manos. M. Cavelier fingió que fumaba y lo volvió: fumámos nosotros y ellos igualmente sin que la música cesase un punto. A las nueve de la mañana, estaba el sol tan ardiente que M. Cavelier que habia tenido la cabeza descubierta, manifestó que no podia ya sufrir. Cesó por fin el canto y le restituyéron á la cabaña: tomáron el *Calumet*, las horquillas y el travesaño de madera encarnada y todo lo guardáron en una bolsa de corzo: dos ancianos lo entregáron con mucho acatamiento á M. Cavelier asegurándole que con él podia libre y seguramente transitar por todas las naciones sus aliadas y que seria amigablemente recibido por ellas. Entónces fue cuando vímos por la primera vez el *Calumet*, la señal de paz, aunque algunos equi-

vocadamente lo han escrito de otra manera. El nombre de esta nacion es Cahaynohoüa.*

Como estas ceremonias podian tener por objeto conseguir algunos regalos, y hubiéramos ademas observado que algunos se retiráron, disgustados al parecer, tal vez porque se suspendió la ceremonia, nos pareció conveniente obsequiarlos con alguna cosa, y se me comisionó para entregarles una hacha, cuatro cuchillos y algun abalorio, con lo que quedáron contentos.

Hicímos á continuacion prueba de nuestras armas, cuyo ruido y el fuego los asombró mucho. Solicitáron con el mayor empeño que nos quedásemos con ellos, ofreciéndonos mugeres y cuanto mas pudiéramos menester. Para salir del compromiso, les prometímos volver y que iriamos á

* *El* Calumet *es señal de paz, cuando las plumas son blancas, y de guerra cuando las ponen encarnadas. En el año pasado que viajé por el Canadá adquirí un* Calumet *que desgraciadamente se perdió con otras curiosidades de los indios, que mandaba para el muséo nacional de México en la goleta* Newse. *Aquel Calumet era de una vara de largo, de barro colorado y de una finura admirable: la embocadura estaba adornada con plumas de ganso.*

El desagrado que el lector experimentaria, si pertenece á la familia humana, cuando leyó los desaciertos contenidos en el prefacio del librero frances y los destemplados insultos contra los indígenas, ha debido cambiarse en satisfaccion, luego que la pluma desapasionada de M. Joutel ha vindicado con la sola y simple relacion de los hechos la racionalidad de los primeros habitantes del nuevo mundo. Si comparándolos con los adelantos de la civilizacion europea, se les llama aun salvajes é ignorantes, me veré en la penosa necesidad de copiar, para escarmiento de los detractores de los indios, aquellos celestiales versos del Virgilio frances, de M. Delille:

Cher ami, tu le vois,
La bonté simple et " franche habite dans ces bois.
Oh ! ce n'est qu'á Paris que sont les vrais sauvages !
Consens donc d'être heureux sur ces heureux rivages."

buscar mercancias, armas y herramientas que nos eran necesarias, para poder fijar nuestra residencia entre ellos.

El 9 y el 10 se pasáron en visitas. Fuímos instruidos por uno de ellos, que no estaba muy lejos un rio que me trazó con un baston en la arena y al que señalaba brazos, pronunciando al mismo tiempo la palabra *Coppa*, nacion, como he dicho, vecina al *Missicipi*. Ya no dudámos de que al fin estabámos cerca de lo que buscábamos tanto tiempo habia. Suplicámos á los ancianos que nos facilitasen dos hombres que nos otorgáron. Partímos el dia 11 con el sentimiento de separarnos de aquellas buenas gentes que con tan cordial humanidad nos habian tratado.

Seguímos por varios caminos que á no ser por los guias hubíeramos pasado con gran dificultad, y marchámos hasta el dia 12, en que uno de ellos se finjió enfermo expresando su intencion de regresarse; pero habiendo notado que estábamos inquietos como de intento lo manifestábamos, consultó con su compañero y vino á decirnos que estaba ya aliviado: le dímos de comer y fumar y continuámos el dia 13 nuestro camino que estubo malo y difícil.

Habiendo descubierto los salvajes en el 14 huellas de toros resolviéron separarse á matar algunos para que comiésemos su carne y nos detuvímos en esperarlos dos ó tres horas. Preparámos entre tanto la *Sagamité* para nuestros cazadores, quienes volviéron cargados de carne, de que cocímos parte, comiéndola con el mejor apetito. En la marcha que seguímos hasta el dia 18, matámos tres toros y dos vacas, lo que nos precisó á hacer alto para aprovechar la carne y acecinarla.

En la noche del 19 al 20 se nos extravió un caballo que fue cogido por los salvajes ó perdido en los bosques. Aunque sentímos su falta, no por ella dejámos de continuar hasta el 24, en que vímos á muchos salvajes con hachas, ocupados en cortar cortezas de árboles para cubrir sus cabañas. De pronto se sorprendiéron, pero habiéndoles pedido por señas que se acercasen, lo verificáron haciéndonos mil cariños y dándonos sandías. Dejáron para otra ocasion el trabajo de descortezar los árboles y se pusiéron con nosotros en camino, y como uno de nuestros guias se habia adelantado á dar aviso

al pueblo inmediato de nuestra llegada, encontrámos á tropas de salvajes que nos saliéron á recibir y nos festejáron.

Nos detuvímos en una de las cabañas, á que ellos dan el nombre de *desierto*, porque se hallan situadas en medio de sus campos y de sus jardines: se hallaban situadas en ella muchas mugeres que nos traian pan, calabazas, habas, sandías que tan buenas son para apagar la sed, porque su carne no es propriamente otra cosa que agua.

Volvímos á tomar el camino para llegar al pueblo, pasando por agradables bosques en los que vímos algunos muy hermosos cedros, y habiendo llegado á un rio que mediaba entre nosotros y el pueblo, descubrímos con el júbilo, que no puede facilmente imaginarse, una gran *Cruz* y un poco mas allá una casa construida como las de Francia.

Dificilmente puede pintarse la emocion que sentímos al ver aquella señal de nuestra salud. Nos pusímos de rodillas levantando los ojos y las manos al cielo para dar gracias á la bondad divina que tan felizmente nos habia conducido. No podia cabernos duda de que encontrariamos franceses al otro lado y de que eran católicos, pues adoraban á la Santa Cruz.

En efecto, habiéndonos detenido un momento en la orilla del rio, vímos que muchas pequeñas canoas que se dirijian á nosotros y que dos hombres que salian de aquella casa y estaban vestidos, descargáron sus tiros para saludarnos, tan luego como nos divisáron. Un salvaje, gefe del pueblo, habia hecho lo mismo y aun él fue el que comenzó. Nosotros contestámos con una descarga general de nuestras armas.

Pasado el rio y juntos ya todos, reconocímos que unos y y otros eramos franceses: ellos eran los Sres. Couture, carpintero, y Launay, ambos de Rouen, á los que el Sr. de Tonty, comandante del fuerte de S. Luis en los *Illinois*, habia dejado en aquel puesto, cuando bajó el *Missicipi* con la mira de tomar noticias de Mr. de la Sale: la nacion á que habimos arribado se llamaba *Accancea*.

Muy difícil seria explicar la alegría de unos y otros. Era indecible la nuestra, porque habiamos finalmente hallado lo

que tanto deseábamos, y porque la esperanza de regresar á la cara patria se habia de algun modo asegurado. Los otros estaban contentos, porque veian personas que podian darles noticias del jefe, de quien ellos se prometian el término y consumacion de lo ofrecido. Pero el desgraciado fin de M. de la Sale que les referímos, los entristeció hasta hacerles derramar lágrimas y la historia verdaderamente trágica de sus trabajos y desventuras los puso inconsolables.

Fuímos conducidos á la casa, á donde los salvajes llevárón fielmente nuestras cargas. La concurrencia de gentes, así hombres como mugeres, fue muy grande, y cuando cesó, nos ocupámos en referir las circunstancias de nuestras historias respectivas. La relacion de la nuestra se hizo por M. Cavelier, quien por la razon de ser hermano del difunto M. de la Sale recibia los honores de gefe.

Supímos por ellos que seis fuéron enviados á aquel punto por M. Tonty, á la vuelta del viaje que hizo por abajo del rio *Colbert* ó *Missicipi*, segun las órdenes que recibió de M. de la Sale ántes de su partida de Francia y que M. Tonty les dió la de construir una casa; que no habiendo vuelto á tener noticias de M. de la Sale, cuatro se volviéron al fuerte de los *Illinois* en solicitud de Mr. de Tonty.

Se acordó despues entre todos el que marchásemos hácia esta nacion y que ocultásemos á los salvajes la muerte de M. de la Sale para conservarlos siempre en temor y respeto, miéntras que saliamos por los primeros buques que partiesen del Canadá á Francia para informar á la corte de cuanto habia pasado y demandar urgentes socorros. Entre tanto vino el gefe de los salvages á invitarnos á comer: nos tenian prevenidas esteras para que nos sirviesen de asiento y todo el pueblo concurrió á vernos.

Les dímos á entender, conforme á nuestro propósito, que veniamos del punto en que se hallaba M. de la Sale, quien tenia un gran establecimiento en el golfo de México; que habiamos atravesado por muchas naciones, cuyos nombres les relatámos; que nos dirijiamos al Canadá con el objeto de adquirir mercancias; que volveriamos rio abajo con jente suficiente para defenderlos de sus enemigos y fijar nuestra re-

sidencia entre ellos. Les contámos que las naciones por donde pasámos, nos habian suministrado hombres para guiarnos, y que esperábamos nos concediesen igual favor y el de proveernos de algunas canoas y víveres, ofreciendo por nuestra parte recompensar largamente á los guias y pagar cuanto nos proporcionasen.

La ventaja de tener un intérprete nos puso en el caso de darnos á entender con facilidad: la respuesta del gefe á nuestras pretensiones fue, que habia resuelto mandar dos hombres á los otros pueblos para imponerlos de nuestras pretensiones y acordar con ellos el partido que conviniese tomar en el asunto. Se manifestáron muy sorprendidos de que pudiéramos transitar tantas y tan diferentes naciones en un número tan corto de hombres, sin haber sido muertos ó cuando ménos detenidos.

Concluido el discurso, el gefe nos dió de comer carne hecha cecina, pan de maiz de diferentes clases y sandías: habiendo fumado despues de la comida, regresámos á la casa, en la que libres de todo embarazo nos instruímos á toda satisfaccion en nuestros negocios respectivos: supímos que aquellos pueblos deseaban vivamente la vuelta de M. de la Sale, lo que nos confirmó en la necesidad de continuar ocultando su muerte. Examinámos la situacion del punto y fuímos informados de la naturaleza del pais y de las costumbres de aquellos pueblos, de las que tomé las notas siguientes.

La casa estaba construida con trozos de cedro, colocados unos encima de otros, y era redonda en los rincones: su techo era de cortezas de árbol, su situacion en una colina á medio tiro del pueblo y en un pais abundante en todo. Las campiñas que se extienden por un lado, estan llenas de toros, de bicerras, de venados, gallos de las indias, avutardas, cisnes, patos, cercetas y de toda especie de caza.

Los árboles producen gran cantidad de buenas frutas, como duraznos, ciruelas, moras, uvas y nueces: nace en aquel territorio una fruta que llaman *Piaguimina*, algo parecida á nuestros nísperos, pero mas delicada y mucho mejor: en los rios hay muy buenos pesces, tienen maiz de que hacen muy

buen pan; aquellos bellos campos, como tengo dicho, abundan en árboles de diferentes especies.

La nacion de los *Accancea* se compone de cuatro pueblos distintos. El primero se llama *Otsotchoüe*, que es el mas cercano: el segundo *Toriman*, situados ambos en la orilla del rio: el nombre del tercero es *Tonginga* y el del cuarto *Cappa*. que se halla sobre la orilla del *Missicipi*. La forma de estos cuatro pueblos es distinta de la que habiamos advertido en los vistos hasta entónces, porque las cabañas aunque construidas con materiales semejantes y en forma de cimborio, son largas, cubiertas con cortezas de árbol y tan grandes que las hay capaces de contener hasta doscientas personas, separadas por familias.

No son ellos tan esmerados como los *Cenis* y los *Assonis* en la compostura de sus casas: algunos se acuestan en tierra sobre esteras ó pieles curtidas: otros lo hacen con mas comodidad, pero no es esto lo mas comun. Sus muebles no son mas que ollas de barro y platos de madera de figura oval, muy bien hechos y que labran para comerciar.

Este pueblo es muy bien formado y muy ágil: las mugeres son mas bellas que las de los otros pueblos: hacen á la perfeccion canoas de una sola pieza: son por último fieles, honrados y tan guerreros como todos los demas.

Reunidos los ancianos en el dia 25, viniéron á visitarnos y á declarar á M. Couture el designio que tenian de cantar y bailar su *Calumet*, porque otros lo habian hecho con M. de la Sale y con M. Tonty, y que era justo que ellos obtuviesen por el mismo medio un fusil, como aquellos lo logrâron. Avisado M. Cavelier, convino en ello, por la necesidad en que estábamos de complacer á aquellos salvajes.

La ceremonia comenzó por M Cavelier, á quien sacáron en brazos y le fuéron á colocar en un asiento de pieles fuera de la cabaña: las horquillas, las pieles puestas encima para dar honor al *Calumet*, el descompasado canto de hombres y mugeres y todas las otras ceremonias fuéron las mismas que se habian usado en la anterior celebridad. Cansóse tambien Mr. Cavelier é hizo proponer al gefe que en su lugar, por hallarse algo indispuesto, se colocase á su sobrino, y admitido, pasâron

toda la noche en cantar: en la mañana siguiente hiciéron algunas ceremonias mas, que es escusado referir.

Concluida la fiesta con la fumigacion que fuéron todos haciendo en el *Calumet*, lo tomáron los salvajes con las pieles curtidas de toro, nutria y bicerra y con un collar de conchitas, nos lo lleváron todo á casa, y por nuestra parte les dímos dos hachas, seis cuchillos, cien puños de pólvora, otro tanto de balas y cantidad de abalorio para sus mugeres. Los pueblos, á los que el gefe habia dado aviso de nuestra llegada, viniéron sus diputados á cumplimentarnos, los obsequiámos en casa y les explicámos nuestros designios en los mismos términos que al gefe: celebráron entre sí una especie de consejo, sin hablar mucho, conviniéron en concedernos la demanda de una canoa y de un guia por cada pueblo, mediante la recompensa ofrecida: se marcháron á continuacion hasta la cabaña del gefe del lugar.

El dia 27 volviéron á reunirse los ancianos para deliberar de nuevo sobre nuestras demandas: la largura del camino les inspiraba temores sobre la suerte de los que debian conducirnos. Pero habiendo procurado tranquilizarlos con varias razones y meditado ellos de nuevo acerca del asunto, nos concediéron cuanto habiamos pedido: tambien los obsequiámos otra vez, reiterámos la promesa de pagar bien á los guias y nos dispusímos á partir. El jóven parisiense *Bartelemy* nos expuso que quedaria muy gustoso en aquella casa, porque no era tan robusto que pudiera continuar, y nosotros le entregámos al Sr. Couture. Volvímos á recomendar á los que quedáron en aquel punto el secreto sobre la muerte de M. de la Sale; nos comprometímos á enviarles auxilios, les dejámos nuestros caballos que les eran muy útiles para la caza, los proveímos con 15 ó 16 libras de pólvora, 800 balas, 300 piedras de fusil, 26 cuchillos, 10 hachas y 2 ó 3 libras de abalorio. M. Cavelier les regaló parte de su ropa que esperaba reponer en otro lugar, y habiéndose reconciliado algunos con el Señor por medio del sacramento de la penitencia, nos despedímos de ellos, ménos del Sr. Couture que quiso ir á encaminarnos.

Nos embarcámos en la canoa de uno de los gefes, en número de veinte personas, hombres y mugeres, y llegámos sin trabajo al pueblo llamado *Torsman*, luego que bajámos el rio. Se nos recibió agradablemente en la cabaña del gefe, y se nos trató lo mismo que en las anteriores. Les propusímos, ó mas bien les exijímos la confirmacion de lo que los otros nos habian acordado, y nos emplazáron para el dia siguiente, porque nada hacen ellos sin discutirlo y resolverlo primero en consejo. Como de la casa francesa habiamos traido un saco de maiz, suplicámos al gefe que lo hiciera moler por medio de sus mugeres, pagándoles su trabajo, é inmediatamente mandó á sus *propios* á buscarlas y ellos partiéron sin dilacion.

Estos empleados eran siete ó ocho, se hallaban siempre á su lado, estaban completamente desnudos y pintados de diferentes modos: cada uno de ellos tenia tres ó cuatro calabazas pendientes de un cinto de cuero que traian en torno del cuerpo y en ellas piedrecillas: en la espalda se ponian una cola de caballo y cuando corrian, hacian las calabazas un sonsonete que junto á la forma que tomaba la cola levantada por el viento, los presentaba en los términos mas ridículos que se puede imaginar; pero á nosotros nos convenia disimular la risa que causaban.

Durante el resto de la jornada fuímos con el Sr. Couture á ver el rio fatal que habiamos buscado con tanta ansia, nombrado *Colbert* cuando se descubrió y por los nativos del pais *Missicipi* ó *Mechassipi*. Aquel rio es muy hermoso y profundo: su ancho es de cerca de un cuarto de legua y su corriente siempre rápida. El Sr. Couture nos aseguró que el *Missicipi* tiene dos brazos ó canales, que se separaban mas arriba, que habiamos pasado uno de ellos al llegar al primer pueblo de la nacion *Accancea*, en la que aun nos hallábamos.

Habiéndose reunido el dia 28 los ancianos con su gefe, nos concediéron lo pedido: nos separámos para ir á recibir obsequios en diferentes puntos en los que observámos ciertas ceremonias, que nos cogiéron de nuevo. Sirven los potages en dos ó cuatro grandes platos, que ponen delante de los dos

convidados mas notables que se hallan en la cabezera, y cuando ya han comido un poco, ponen otros platos en lugar de aquellos á los que bajan, de modo que los primeros que fuéron servidos mas arriba, van bajando á proporcion que llegan otros.

El negociante no toma asiento en la mesa, ni tampoco come; pero hace las veces de dueño de casa y tiene cuidado del gusto y arreglo de los manjares servidos: para presentarse con mas decoro, no omite el embarrarse de lodo ó de algun color negro ó encarnado de los que usan.

El dia 29 dejámos aquel pueblo y nos embarcámos en dos canoas á fin de atravesar el suspirado *Missicipi.* El gefe y veinte jóvenes mas nos acompañáron hasta el vecino pueblo de *Tonningua,* situado en la orilla del rio, y se nos recibió en la cabaña del jefe lo mismo que en las anteriores. Los ancianos nos regaláron muy bien y como las diferencias entre estos salvajes y los otros son muy cortas, aquellas descripciones servirán en el caso.

El dia 30 nos pusímos en marcha con direccion á los *Cappa,* ultimo pueblo de la nacion *Accancea:* nos vímos en la necesidad de atravesar el rio muchas veces, porque es mucho lo que serpentéa, y como ademas el tiempo fue malo, arribámos demasiado tarde á *Cappa.* Número considerable de jóvenes saliéron á encontrarnos; nos acompañáron unos á la cabaña del jefe, miéntras que otros cuidaban de nuestro equipaje, que nos fue entregado con toda la religiosidad posible. Los ancianos estaban esperándonos; hiciéron un gran fuego para secarnos y la cabaña estaba alumbrada por medio de cañas secas encendidas en lugar de antorchas: la mesa se atendió lo mismo que en los otros pueblos.

Los viejos nos visitáron el dia 31: sus conversaciones no fuéron de otra cosa que de la guerra que proyectaban emprender, con la mira de comprometernos á que los ayudásemos; nuestra respuesta fue la de siempre, que volveriamos pronto á darles cuanto necesitasen.

Deseábamos partir el 1°. de Agosto: mas el gefe vino á exponernos que no podia ser así, porque las mugeres aun no habian acabado de moler el maiz: no era verdad, pero se va-

liéron de este pretesto para detenernos y tener tiempo de darnos una diversion á su modo. Con este fin se reuniéron á las diez de la mañana los guerreros y la juventud para danzar. Estaban adornados con sus mas bellos atavíos, que en unos consistian en plumages de varios colores con que engalanan su cabeza, y en otros, en cuernos de toro en vez de plumas, y en pintarse de negro ó encarnado, con lo que representaban una partida de diablos ó de monstruos, bajo cuyas figuras bailáron como las otras naciones.

El dia 2 nos preparámos para partir; pero el salvaje que el pueblo nos habia dado como guia, no quiso pasar adelante. Un hombre que decian ser hermafrodita, se presentó á llenar su plaza, manifestando que iria muy gustoso hasta los *Illinois*.

Nos despedímos del Sr. Couture, á quien Mr. Cavelier hizo una exortacion para alentarle á la perseverancia y á la paciencia, con la esperanza de los auxilios que nosotros le enviariamos. En número de nueve, cinco franceses y cuatro salvajes, nos embarcámos en una canoa sobre el *Missicipi*. Nos vímos precisados á atravesar frecuentemente el rio y á cargar la canoa, ya por la rapidez de las corrientes como para buscar en una ó en otra orilla donde sea ménos violenta, lo que daba mucho trabajo á nuestros conductores, porque encontraban muchas de las islitas de las que forma este rio por la impetuosidad con que bate las orillas, en los lugares en que su curso no es recto. El desmembra el terreno y arranca gruesos árboles, que en el transcurso del tiempo forman esas islitas y obstruyen el canal.*

Nuestro trabajo no era ciertamente pequeño: en la canoa era preciso remar con los salvajes para forzar la corriente que es rápida y difícil; teniamos muchas veces que bajar y

* *En el rio de S. Lorenzo, al que con tanta razon llaman los canadienses su* noble rio, *observé en* 1830 *las rápidas enteramente semejantes á las que describe M. Joutel y tambien innumerables islitas formadas por las mismas causas que las del* Missicipi: *hay un punto que nombran las mil islas y son sin duda mas de dos mil. Estos soberbios rios no son ménos bellos que sublimes. ¡ Cuan magestuosa es la naturaleza en América!*

andar por terrenos fangosos metidos hasta media pierna; en otras que pisar arenas encendidas que nos rajaban los pies desnudos, ó sobre astillas de madera que nos entraban en las plantas. Cuando llegábamos á un punto, en vez de descansar, teniamos que hacer acopio de leña para cocinar y aprontarlo todo á los salvajes, quienes no se hubieran prestado á darnos un vaso de agua, aunque estábamos á la orilla del rio: no era sin embargo poca fortuna el tenerlos.

Por la tarde acampámos en una de aquellas islas, para estar mas seguros, porque ya nos hallábamos en una nacion enemiga llamada *Machigameá*, lo que causaba grandes temores á los salvajes.

Marchámos con iguales maniobras hasta el dia 7 en que vímos el primer toro despues de nuestra entrada en el pais de los *Accancea*. Los salvajes que ya deseaban comer carne, me pidiéron por señas que le matára; le perseguí en efecto, disparé sobre él sin haber logrado que cayese: los salvajes corriéron en pos de él, le matáron y se acecinó como querian. He aquí una ceremonia que ví hacer á los salvajes ántes de que se acercasen á preparar la carne.

Antes de todo le adornáron la cabeza con plumas de cisne y avutarda teñidas de encarnado y le pusiéron tabaco en las narices y en los garrones de los pies: habiéndole deshollado le cortáron la lengua y metiéron en su lugar un poco de tabaco; plantáron despues dos horquillas con su atravesaño arriba y pusiéron sobre él pedazos de la carne como en sacrificio. Concluida la ceremonia mandámos hacer cecina la mejor parte y continuámos.

En el 9 observámos que los bordes del rio estaban muy elevados y que su tierra es de color amarillo, encarnado y blanco, la que sirve para las pinturas que se hacen los salvajes en los dias de ceremonia. No cesámos de caminar hasta el dia 14 en que encontr mos manadas de toros y acecinámos la carne de cinco que lográmos matar.

Volvímos á emprender la marcha el dia 18, y en el 19 encontrámos la boca del rio llamado *Hoübache*, que dicen viene del pais de los Iroqueses, en la Nueva Inglaterra. Es muy hermoso, clara su agua y suave la corriente. Nuestros salvajes le ofreciéron tabaco en sacrificio y pusiéron carne asada

sobre las horquillas, que juzgáron conveniente dejar sobre la orilla. Otras supersticiones observâmos en aquellas pobres gentes.*

Ayunaban en ciertos dias, lo que conociamos por la costumbre que tenian en ellos de embarrarse, luego que despertaban, con tierra glutinosa ó carbon molido la cara, los brazos y otras partes del cuerpo: en aquellos dias no comian hasta las diez ú once de la noche, en que se lavaban ántes de tomar el alimento: el objeto del ayuno era obtener buena caza y lograr dar muerte á los toros.

En el dia 25 nos avisáron los salvajes que á la distancia de un tiro de fusil se hallaba una fuente de agua salada y bajámos á verla. Advertímos que en las inmediaciones habia muchos rastros de ganado que gustaba sin duda de la sal. El pais cercano abunda en colinas pobladas de encinos, nogales, ciruelos con fruta encarnada y muy buena: habia un gran número de otras frutas, cuyos nombres ignorábamos, y entre ellas una de la figura de una pera mediana y con dos huesos del tamaño de las habas: cuando está madura se pela como durazno, su gusto es bueno, aunque algo empalagoso.

Habiendo visto toros en el dia 27, bajámos para matarlos; una ternera que yo derribé de un tiro, tenia muy buena carne y yo embarqué la mejor. Marchámos hasta la tarde campando en una islita: allí advertímos cierta mutacion en el humor y en los modales de los indios: se aumentó nuestro cuidado, porque el reputado hermafrodita nos dió aviso de que aquellos tenian el designio de abandonarnos, lo que nos obligó á estar sobre las armas y á redoblar el cuidado durante la noche, por miedo de que no se largasen.

Con esta desconfianza marchámos los dias 28 y 29, costeando siempre una roca escarpada de la altura de 60 ú 80

* *Los romanos adoraban á los rios y los egipcios, los grandes maestros de la mitología, á su Nilo. Los objetos sensibles que producian bien ó mal, fuéron siempre colocados entre los dioses por los que no conocian al verdadero. Los indígenas de América fuéron como todos los hombres en la infancia de la civilizacion.*

pies, al rededor de la cual el rio lleva su curso. Camináme̦s el dia 30 y en el 1°. de Septiembre pasámos el *Missouri*, cuya agua es siempre espesa y al que los salvajes no dejáron de ofrecer sus sacrificios.

El dia 2 llegámos al punto en que se halla la figura del pretendido monstruo del padre Marquet, no consistiendo el tal monstruo mas que en dos malas pinturas de color encarnado, en la cara de una roca de ocho ó diez pies de elevacion, la que ciertamente es mucho menor que la referida por el padre. Los salvajes sin embargo le prestáron adoracion por medio de sacrificios, y aunque procurámos convencerlos de que aquella piedra no poseia ninguna virtud y que nosotros adorábamos una cosa mas digna de serlo, eseñándoles el cielo, nada adelantámos, porque estaban en la persuasion de que si no cumplian con el supuesto deber, moririan inmediatamente. Continuámos flanqueando una cadena de montañas, hasta que en el dia 3 dejámos el *Missicipi* para entrar en el rio de los *Illinois.*

Advertímos una gran diferencia en este rio, tanto en su corriente que es mas suave, como en sus cercanias, que son mas bellas y agradables que las del gran rio: son mas hermosos sus árboles y estan sus orillas coronadas de frutos. La suavidad en el movimiento de las aguas nos sirvió de descanso; pudímos ir siempre en la canoa y avanzábamos mas camino.

Lo seguímos hasta el dia 8 sin detenernos mas que para matar un toro, de cuya carne comió uno de los salvajes con buen apetito y estando caliente y cruda todavía, enfermó y aun murió, como diré á su tiempo.

El dia 9 arribámos á un lago de cerca de media legua de largo que atravesámos: habiendo vuelto á tomar la corriente del rio, hallámos á su orilla varios campamentos de salvajes, que habian venido á pescar en el lago y secaban despues el pescado. El 10 atravesámos otro lago llamado *Primitchoües:* en el dia 11 volvímos á tomar el rio y como vímos á los salvajes acampados en la orilla, preparámos nuestras armas: entre tanto vino á encontrarnos uno de ellos por tierra y acercámos á él la canoa.

Cuando aquel salvaje estuvo inmediato á nosotros, se puso á considerarnos sin decir una palabra: le explicámos que eramos enviados de M. de la Sale y que veniamos de estar con él: entónces nos hizo señas, de que avanzásemos á donde estaban sus compañeros, á quienes iba á instruir de cuanto le habiamos dicho: cuando ya estábamos cerca nos saludáron con descargas de fusil, á que contestámos con las nuestras.

Despues de este recíproco saludo llegáron á la canoa á manifestarnos su contento por haber tenido noticias de M. de la Sale. Les preguntámos de que nacion eran y dijéron que *Illinois*, de un canton llamado *Cascasquia*. Nos informámos de si M. Tonty se hallaba en el *fuerte Luis* y respondiéron que nó y que se hallaba en guerra con los iroqueses: nos invitáron á bajar á comer y habiéndoles expresado nuestra gratitud nos trajéron calabazas y sandías, en cambio de lo que los obsequiámos con cecina.

No habiamos observado ántes en el camino á un hombre quien estaba dentro de una canoa con dos mugeres y que por miedo de nosotros se habia ocultado dentro de los cañaverales; pero así que advirtió que habiamos hecho alto entre sus compañeros, se alentó y se nos unió: como dijo que pertenecia á un pueblo cercano al fuerte de san Luis, seguímos juntos, acompañados de un salvaje que entró en nuestra canoa para ayudar á subirla por falta de remos grandes.

El domingo 14 de Setiembre llegámos á las dos de la tarde á las inmediaciones del fuerte Louis. Cuando nos acercámos nos saliéron al encuentro algunos salvajes, quienes estaban en el rio y nos examináron atentamente: luego que se impusiéron de que veniamos de parte de M. de la Sale y eramos de su gente, corriéron á dar parte al fuerte, del que á poco rato salió un frances acompañado de una porcion de salvajes, que nos saludáron con descargas repetidas de fusil. Se llegó á nosotros el frances y á sus instancias bajámos á tierra, dejando á uno al cuidado de la canoa, porque los *Illinois* son muy diestros para tomar lo ageno y no tan fieles, como los de las naciones por donde habiamos transitado.

Tomámos inmediatamente el camino del fuerte y en él encontrámos á tres franceses que habian venido á recibirnos y de los que uno era M. Boisrondet, comisionado de M. de la Sale. Habiéndonos preguntado luego por él, le dijímos, que habiámos andado juntos parte del camino, hasta que nos separámos en un punto que dista cuarenta leguas de los Cenis, y que hasta entónces se hallaba en buena salud. En esto no mentiámos, porque M. Çavelier y yo que eramos los que hablábamos, no estuvímos presentes al asesinato de M. de la Sale y ciertamente se hallaba bueno y sano cuando nos dejó: ya tengo dichas las poderosas razones que habia para ocultar la muerte de M. de la Sale hasta nuestro regreso á Francia.

Aunque es cierto que el padre Anastasio, como testigo y Teissier como cómplice, no podian hablar así, estuviéron callados para no verse en la precision de mentir: les significámos tambien que teniamos órden de dirijirnos á Francia para dar á conocer los descubrimientos de M. de la Sale y demandar socorros.

Entrámos en el fuerte sorprendiendo á algunos que no nos esparaban: eran franceses que estaban sobre las armas que descargáron para hacernos los honores, bajo las órdenes de M. de Belle Fontaine, teniente de M. Tonty, el que nos cumplimentó: se nos condujo á continuacion á la capilla, en la que dímos á Dios gracias de todo corazon porque nos habia salvado y guiado tan felizmente. A M. Cavelier y al padre Anastasio se les alojó en la recámara y á los demas en el almacen. Los salvajes en este tiempo repetian sus descargas para testimoniar su júbilo por nuestro regreso y las noticias que habian recibido de M. de la Sale. Esto renovó nuestro sentimiento por su desgracia, por el conocimiento de que su presencia hubiera restablecido todas las cosas ventajosamente.

El salvaje que enfermó por haber comido manteca cruda de toro, murió al dia siguiente de nuestro arribo, y sus compañeros se lo lleváron y enterráron secretamente: les dímos la recompensa prometida y aun la parte del muerto para que la entregasen á sus parientes: permaneciéron algun tiempo

mas, durante el cual se tuvo mucho cuidado con ellos y al fin se retiráron.

Por medias palabras de unos y otros maliciámos que algun atentado se habia cometido contra el servicio y la autoridad de M. de la Sale, cuyo regreso recelaban algunos, particularmente un Jesuita que era el mas sensiblemente alarmado; como se hallaba enfermo, M. Cavelier, el padre Anastasio y yo le fuímos á visitar: se informó menudamente de todo, y aunque no pudo disimular su turbacion, nosotros fingímos que nada habiamos entendio.

Como nuestro principal objeto era el dirijirnos lo mas pronto que nos fuese posible al Canadá, para partir en los primeros buques que diesen la vela para Francia, buscámos los medios de realizar nuestro intento y muchas fuéron las dificultades que se presentáron. La navegacion del rio era muy difícil por razon de los saltos que se encuentran, y que es preciso evitar para no ponerse en peligro de perecer. Eran pocas las gentes capaces de emprender aquella navegacion, y ademas la guerra con los Iroqueses habia difundido entre aquellas gentes un miedo universal.

Como entre tanto nos participó el Sr. Boisrondet que se disponia á bajar al Canadá en una canoa, resolvímos aprovecharnos de tan favorable coyuntura. Se tuvo cuidado de acopiar víveres para el viaje y tambien peletería para comerciar cuando pasásemos á *Micilimaquinay*; las visitas de los gefes de las naciones llamadas *Cascasquia*, *Peroveria* y *Cacahonanous*, que el difunto M. de la Sale habia descubierto, nos interrumpiéron nuestros preparativos: listas ya todas las cosas, nos despedímos de los que quedaban en el fuerte el dia 18 y M. Cavelier dejó una carta para que se remitiese á M. Tonty.

Nos embarcámos en el lago y seria ocioso relatar los trabajos que tuvímos en un viaje tan penoso como inútil: despues de haber permanecido en la orilla del lago por el muy mal tiempo que habia, nos embarcámos á los ocho dias á pesar de la tormenta, teniendo luego que volver al embarcadero, y que cavar un hoyo para ocultar nuestros víveres y equipa-

ges y no tener la molestia de conducirlos otra vez á S. Luis, donde se sorprendiéron por nuestro regreso.

Por esta causa nos vímos constreñidos á hacer mansion en el fuerte en el otoño y parte del invierno con mucho sentimiento nuestro, y con la pena tambien de que semejante retardo nos privaba de enviar prontos socorros tanto al fuerte como á los franceses que habiamos dejado en la costa del seno mexicano.

La estacion en que nos hallábamos era muy propia para la caza. Los Sres. del fuerte poseian dos salvajes que los habilitaban de toda especie de caza: tenian buen pan, excelentes frutas y si hubiera habido algun vino, nada hubiera faltado para un banquete.

El tiempo ocioso que tuvímos durante nuestra mansion en aquel lugar, nos proporcionó hacer algunas observaciones ademas de las de los franceses que nos habian precedido.

El fuerte de san Luis se halla en el territorio de los *Illinois* y está situado sobre una roca escarpada de 200 pies de altura ó cerca de ellos, y el rio pasa bajo de ella. Está el punto fortificado con estacas y palizadas y por medio de algunas casas que avanzan hasta el borde de la peña: hay una esplanada ó plaza de armas muy extensa: el puesto es naturalmente fuerte, y pudiera por el arte hacerse inexpugnable á muy poca costa: muchos salvajes habitan allí en sus cabañas: no me es posible establecer la altura porque me faltáron instrumentos para observarla; pero no se puede encontrar una temperatura mas agradable. Generalmente hablando el territorio de los *Illinois* es completo, no solamente por su belleza, sinó tambien por que nada falta para las comodidades de la vida humana.

El campo regado por el rio está dividido por dos colinas que distan del fuerte cerca de media legua, y estan cubiertas de encinos, nogales y otros árboles mencionados ya: las llanuras abundan en grandes y verdes yerbas: en la pendiente de las colinas se hallan piedras pesadas muy propias para hacer cal y vetas de tierra buena para loza, ladrillo y

tejas, y á lo largo del rio, minas de carbon de tierra, que es muy bueno, como yo mismo lo experimenté,

No debe dudarse que hay en aquel pais minas de toda clase de metales, aun los mas ricos, porque el clima es el mismo que el del Nuevo México. Vímos algunas tierras que indicaban la existencia de criaderos de fierro, y aun encontrámos en la orilla del rio algunas piezas purificadas por la naturaleza. Los viageros que han ido por arriba del *Missicipi*, han visto, segun aseguran, minas de muy buen plomo.

Este pais es uno de los que disfrutan en el universo de mejor temperatura; cuanto se siembra, sean legumbres, yerbas, maiz y trigo, se produce muy bien, segun la experiencia de M. Boisrondet; quien habia logrado cuanto sembró: era excelente el pan que allí comímos, y como se me aseguró que habia viñas de gran tamaño con buenas y delicadas uvas, debe creerse que transplantadas y cultivadas darian muy rico vino. Se encuentran muchos manzanos, perales y otros árboles silvestres, de los que podrian recogerse deliciosas frutas, si estuvieran engertados y se les transplantase.

Las otras frutas como ciruelas y duraznos, de que está lleno el pais, se harian excelentes con el mismo cuidado, y si llevasen de Francia las frutas que no hay allí, prosperarian sin duda. El terreno produce una especie de cáñamo, del que podrian fabricarse lienzos y cordaje.

Los usos y costumbres de los *Illinois* tienen mucha semejanza con los de los otros pueblos: son como ellos feroces y vengativos; sembrar, plantar, acarrear los frutos y casi todas las funciones de la vida doméstica son ocupaciones exclusivas de las mugeres. Los trabajos de la guerra y de la caza pertencen á los hombres, y las mugeres van aun á conducir la caza muerta desde muy léjos á veces hasta el pueblo, y la acecinan ó preparan de otro modo.

Cuando el maiz ú otros granos estan ya sembrados, las mugeres cuidan de espantar los pájaros, que son una clase de estorninos como los de Francia, aunque mas gordos, y ocurren en bandadas.

Los *Illinois* tienen pocos hijos y los aman con ternura: tienen, como los otros, la costumbre de no injuriarlos ni aporrearlos jamas, siendo el mayor castigo que les dan, echarlos al agua.

Las naciones de que ántes he hablado, no son aficionadas al robo: no así los *Illinois* de cuyos pies y manos es necesario guardarse mucho, porque los mueven con suma destreza. Es vicio general entre los salvajes ponderar mucho sus proezas militares, que son el empleo favorito de su vida, y son ademas grandes embusteros.

Tienen una gran veneracion á sus difuntos: cuidan de darles sepultura y de colocar en féretros elevados á las personas distinguidas, como sus gefes y otras: esto se practica entre los *Accancea;* pero se diferencian en que estos lloran y lamentan á sus muertos por algunos dias, y los *Chahoüanous* y otros pueblos *Illinois* hacen todo lo contrario.

Cuando han fallecido algunos de ellos, los envuelven en pieles y los colocan en atahudes de corteza, cantan y bailan por el espacio de veinte y cuatro horas: estos danzantes se amarran en la cintura calabazas con maiz dentro para hacer ruido: algunos tienen un tambor hecho con una grande olla de barro, sobre la cual extienden una piel de corzo y lo golpean con una varilla á lo provenzal.

Durante la fiesta echan sobre el atahud ciertas dádivas como braceletes, aretes, piezas de loza ó abalorio, excitando á los cantores á cumplir con su deber. Si llega algun amigo, se pone tambien á cantar y bailar y ofrece tambien su presente. Concluida la ceremonia entierran el cadáver con una parte de los presentes, que creen le podrán convenir: le habilitan de maiz y un caldero, temerosos de que el difunto no vaya á tener hambre en el largo camino que va á emprender. En el aniversario renuevan esta ceremonia.*

*'*La costumbre de enterrar á los muertos con provisiones para el viaje supone una idea aunque confusa de la inmortalidad: los indios mexicanos la practicaban, y aun hoy las huacas de los peruanos son tesoros de la antiguidad: los egip-*

Como queda una buena cantidad de los presentes, la dividen en porciones que van dando á los que ganan en el juego llamado del baston: lo enmantecan para que sea difícil cogerlo. Uno de los viejos lo arroja lo mas léjos que puede y corren los jóvenes á tomarlo; se lo quitan unos á otros y el último que lo posee, obtiene la recompensa. Se vuelve á arrojar una y mas veces, hasta que se acaba lo que quedaba de regalos al difunto. Cuando las mugeres pierden á sus maridos en la guerra, practican la misma ceremonia y obsequian muy bien á los cantores y danzantes, que habian ántes convidado.

El matrimonio de los *Illinois* no dura mas tiempo que el de la voluntad, cuando vuelven de la caza, se separan voluntáriamente, y cada uno se va por su lado: son sin embargo muy celosos de sus mugeres, y cuando las pillan en alguna infidelidad, les suelen cortar la nariz: yo ví á una á quien habia acontecido.

El adulterio, no obstante esto, no es reputado por un gran delito, y hay mugeres que no ocultan haber tenido que ver con los franceses. Aunque no son tan ligeras que se brinden para el vicio, caen con la mayor facilidad. Dejo esta materia á los que han estado en aquel pais mas tiempo que yo.

Se pasó algun tiempo sin que recibiésemos noticias en el fuerte. Concluida la misa que teniamos la dicha de oir diariamente, nos divertiamos en lo que podiamos. Las mugeres salvages nos traian siempre algo de nuevo, sandías, pan de maiz cocido en la ceniza y cosas semejantes, que les pagábamos con regalillos.

En el 27 de Octubre regresó M. Tonty de la guerra de los iroqueses: nos abrazámos y comenzáron nuestras historias de nuevo, ocultando siempre la muerte de M. de la Sale. Nos instruyó de las particularidades de aquella guerra. Los iroqueses que habian sido avisados de la salida del ejército

cios procuraban habilitar á sus difuntos hasta de armas, acaso para amenazar al Cancerbero. He tenido el gusto de poder comparar en los Estados Unidos una momia egipcia con una de los peruanos.

frances y de sus aliados, abandonáron sus pueblos y se emboscáron en el camino que llevábamos; pero habiendo hecho una descarga repentina y general contra los nuestros con sus acostumbrados gritos, la que no causó mucho daño, fuéron rechazados con pérdida, se pusiéron en fuga y en ella incendiáron todos sus pueblos. M. de Hennoville, gobernador de la nueva Francia, comandante del ejército, lo hizo marchar, quemar lo que habia quedado en pie de los pueblos, poner fuego á sus campos y á sus graneros, y no quiso pasar adelante. A continuacion se apoderó de varias canoas de los ingleses, cargadas la mayor parte de ellas con aguardiente, mandando á los ingleses en clase de prisioneros á Montreal: estos ingleses habian traido algun proyecto para los *Illinois.*

En el mes de Diciembre llegáron dos hombres procedentes de Montreal con la noticia de que habian arribado á *Chicagou* tres canoas con mercancías, pólvora, balas y otras provisiones, y que no podian bajar porque estaba helado el rio: como era necesario mandar á traer aquellos efectos de que se tenia necesidad, M. Tonty suplicó al gefe de los *Chahouanous* que le proporcionase gente: envió cuarenta entre hombres y mugeres, que partiéron con algunos franceses: la fidelidad de estos indígenas era la razon de preferirlos sobre los Illinois, quienes son naturalmente pícaros.

Las municiones y mercancias llegáron pronto y en muy buena oportunidad por la escasez que habia de ello en el fuerte, en el que permanecímos hasta fines de Febrero de 1688, en que resolvímos partir, aunque no habiamos recibido, como esperábamos, noticias del Canadá. Averiguámos que algunas canoas deseaban hacer el viaje y nos aprovechámos de esta ocasion para darnos mútuamente escolta hasta *Micilimaquinay*, donde podriamos encontrar noticias del Canadá.

M. Cavelier habia tenido la precaucion, ántes de que muriese su hermano M. de la Sale, de tomar una carta de crédito para adquirir moneda y pieles, cuando llegase al territorio de los *Illinois;* la presentó á M. Tonty, y como este aun creia vivo á M. de la Sale, no tuvo dificultad en franquearle como cuatro mil libras de pieles de nutria y castor, una

canoa y otros varios efectos, de que le dió recibo M. Cavelier, y nos dispusímos á partir.

Dije ántes que habia en el fuerte Luis un padre Jesuita llamado Daloüez, quien se habia alarmado mucho, recelando que M. de la Sale llegase pronto: era el motivo de su apuro el que en ausencia de M. de la Sale habia intentado una conspiracion contra sus intereses. Viendo este padre que nuestra marcha estaba resuelta, se marchó él primero á *Micilimaquinay*, quedando sin capellan los del fuerte, lo que nos disgustó por haber sido auque involuntáriamente la causa: los del fuerte adelantáron entónces sus pascuas aprovechándose de la presencia de los padres Cavelier y Anastasio.

Marchámos por último del fuerte Luis el dia 21 acompañados del Sr. Boisrondet, que deseaba regresar á Francia: como el rio estaba ya navegable, pudímos embarcarnos, pero no habiamos andado aun cinco leguas, cuando encontrámos una rápida, que nos precisó á bajar á tierra y poner los pies en el agua para arrastrar la canoa, y en esta faena me lastimé un pie con una piedra del fondo, lo que me causó una molestia que no habia experimentado desde mi salida del golfo de México, por la necesidad de estar entrando contínuamente en el agua.

Arribámos á *Chicagou* el 29 de Marzo, y nuestra primera atencion fue la de ir á buscar lo que habiamos ocultado en nuestro viaje anterior: encontrámos que lo habian descubierto y extraido algunas pieles y ropa, casi todo de mi pertenencia. El ladron fué un frances, al que M. Tonty mandó en el invierno á indagar si habia canoas en *Chicagou*, y al que ademas habia encargado que viese, si habia alguno tocado nuestro depósito: él se aprovechó de la noticia para robarnos.

El mal tiempo que sobrevino nos obligó á estar en aquel punto hasta el mes de Abril. Este descanso me sirvió para atender á la curacion de mi pie: la caza no era abundante y no teniamos otra cosa mas que maiz: descubrímos por fortuna un maná, que continen ciertos árboles parecidos á nuestros arces, á los que haciamos incicisiones, y nos daban una agua

azucarada, que mezclada con el maiz tomaba un mas delicado sabor.

Como no hay allí cañas de azúcar, ponen á hervir y evaporar aquel jugo y logran azúcar de color encarnado.* Tambien hallámos ajos no tan picantes como los nuestros, pequeñas cebollas casi del mismo gusto que las de Francia, y perifollo con las hojas mas chicas que el nuestro.

Pasado el mal tiempo, volvímos á embarcarnos, y entrámos en el lago el dia 8 de Abril, siguiendo siempre la costa del Norte para evitar el encuentro de los Iroqueses: sufrímos allí una tempestad y las olas hinchaban como en alta mar: el dia 15 entrámos en un rio llamado *Quinetonan*, cercano á un pueblo, cuyos habitantes se ocupan en la caza durante el invierno, y permanecen todo el verano en el pueblo.

La caza en este pais no es, ni con mucho, tan abundante como en los paises que habiamos transitado: no vímos mas que bicerras muy flacas y aun de estas muy pocas: los lobos que tanto abundan allí, les hacen la mas cruel guerra.

Luego que los lobos descubren una manada, las espantan y hacen correr: aquellos pobres animales se arrojan en el primer lago que encuentran: los cazadores que lo ven, se quedan de centinela en toda la extension de la rivera: traspasadas las bicerras de frio, ó arrojadas por la creciente del rio, salen fuera completamente entumecidas y sus enemigos las cogen y devoran con la mayor facilidad. Muchas veces encontrámos á los lobos en la orilla; pero no los espantábamos, temerosos de que las bicerras dejasen su asilo y no pudiésemos matar alguna, como algunas veces sucedió.

El dia 28 llegámos al territorio de los *Poutoüatanni*, la mitad del camino a *Micilimaquinay*, y comprámos un poco de maiz para poder concluir el viaje. Lo seguímos el 30, arribando al expresado lugar el 10 de Mayo: como no lográmos noticias de Montreal, tuvímos que detenernos en espera

* *Este árbol se llama Maple; los indios Abenakis la encierran en cajitas de corteza de árbol: esta azúcar tiene olor de clavo y sin duda que para las conservas debe ser muy buena.*

de una ocasion favorable para bajar: nadie se atrevia á hacerlo por la guerra de los iroqueses.

En aquel punto habia algunos franceses y cuatro padres jesuitas con una casa bien construida de madera y cercada con estacas y palizadas : en este lugar se hallan los *Hurones* y *Outahouacs* que son dos naciones vecinas, á las cuales procuran instruir los padres con trabajo no pequeño. Aquellas naciones son muy libertinas y frecuentemente no se encuentran en sus iglesias mas que mugeres: cada uno de aquellos padres tiene á su cargo una nacion que instruir, y han traducido en todos aquellos idiomas las oraciones y todo lo perteneciente á la fe y á la religion católica.

Brindáron con una recámara á los padres Cavelier y Anastasio, y nosotros nos fuímos á alojar á un aposentillo que unos caminantes habian hecho. Allí pasamos el resto de Mayo y parte de Junio hasta despues de la fiesta de Pentecostes. Los salvages de las cercanías cultivaban el terreno, sembraban maiz, melones, calabazas, no tan buenas como las que ántes habiamos visto: viven con esto y con el pescado que cogen en el lago: raras veces tienen carnes frescas.

El dia 4 de Junio llegáron cuatro canoas de Montreal, mandadas por el Sr. de Porneuf con noticias del marques de Hennonville y órdenes de averiguar en las habitaciones del lago *Puans*, y en las que se hallan cerca del orígen del *Missicipi*, el estado y condicion de las cosas. Nos dispusímos á partir con dos canoas: M Cavelier adquirió otra para cargar nuestro equipage y dejó parte de su peletería á un comerciante, quien le dió libranza para que recibiese el dinero en Montreal: otro tanto hice yo con lo poco que me habia quedado de pieles, porque el resto lo habia dejado en *Micilimaquinay*.

Nos despedímos de los padres jesuitas, y partímos en cuatro canoas, dos de M. Porneuf y dos de Mr. Cavelier, traida una del fuerte Luis y comprada la otra, segun se ha dicho: marchámos en las canoas en número de veinte y nueve. Bogámos hasta el dia 24, en que el Sr. Porneuf se dirijió al salto

de santa Maria, á cumplir con las órdenes que tenia. El 25 salímos del lago de los *Illinois* para entrar en el de los *Hurones*, sobre cuya orilla está situado el pueblo de *Tessalon*, en el que volvió á juntársenos M. Porneuf en una canoa de los salvajes, y con él seguímos nuestra ruta.

Pasámos á *Chebonany* el 30 de Junio y al rio de los franceses el 3 de Julio, teniendo que cargar varias veces nuestras cosas para evitar los saltos y las rápidas: el pais es árido, estéril y pedregoso: nacen allí cedros y sabinos, que prenden sus raices en las hendeduras y grietas de las piedras.

El dia 9 entrámos en el pequeño lago de *Nipicinque*, cercano á la nacion que tiene el mismo nombre; en el dia 7 entrámos en el gran rio, y despues de haber pasado el gran salto, arribámos el dia 13 á la punta de la isla de Montreal: desembarcámos en un pueblo llamado *la China*, que habia pertenecido al difunto M. de la Sale: partímos el 14 para Montreal y llegámos el 17.

Encontrámos en aquella ciudad al Sr. Marques de Hennonville, al intendente Noroy y á otros caballeros, á los que referímos los particulares de nuestro largo y penoso viaje que escucháron con placer, sin hablarles nada de la muerte de M. de la Sale: impuestos de nuestro designio de ir á Francia, lo aprobáron, conviniendo en que deberia apresurarse la partida, cuanto fuese posible.

Nos mandámos hacer ropa, de que teniamos una gran necesidad. El Señor Tessier, protestante, noticioso de que la religion reformada estaba prohibida en Francia, la abjuró en la iglesia grande de Montreal.

El dia 27 entrámos en una barca para bajar á Quebec, á donde arribámos el 29, conduciéndonos el padre Anastasio al convento de los religiosos de su órden, situado sobre un riachuelo á media legua de la ciudad: fuímos perfectamente recibidos del padre guardian y de los demas religiosos, que manifestáron mucho júbilo de vernos, y mas aun de vernos en lugar seguro, al cabo de tantos peligros y trabajos, por lo que tributámos humildes gracias al Señor nuestro Dios y protector omnipotente.

Preferímos aquel alojamiento al de la ciudad, para evitar visitas, preguntas y cuestiones curiosas, que se nos hubieran hecho con importunidad y que era preciso excusar. M. Cavelier y su sobrino que habian quedado por algunos dias en Montreal, se alojáron en el Seminario.

Permanecímos en el convento hasta el 21 de Agosto, en que por fin nos embarcámos en una lancha doble en número de 18, para ir por el rio de S. Lorenzo á buscar un navio que estaba ocupado en la pesca de bacalao y partia para Francia. En el dia 30 de Agosto nos dímos á la vela despues de oido el santo sacrificio de la misa, muy contentos de volver á la cara patria. Arribámos felizmente á la Rochelle el sábado 9 de Octobre de 1688, de donde partímos por tierra el dia 15, y aquella misma Providencia que nos habia protegido y guiado, nos condujo sin desgracia alguna á la ciudad de Roüen el dia 7 de Noviembre del mismo año.

FIN DEL DIARIO.

CONCLUYE LA CARTA DEL REVISOR DEL DIARIO.

Tres son los autores que han descrito este viaje: el padre Leclerc sobre las relaciones de los padres recoletos Cenobio y Anastasio, testigos oculares: el caballero Tonty, testigo tambien en gran parte de aquellas aventuras, y con mas extension que todos el padre recoleto Hennepin, flamenco, quien conocia bien el pais y tuvo parte en grandes descubrimientos: sus relaciones sin embargo han sufrido muchas contradicciones: este padre estuvo hácia el norte del orígen del *Missicipi*, que el llamó *Mechasipi* é hizo dos impresiones de su relacion sobre el pais con el título de *Loüisianne.*

Por lo que unos y otros dicen sobre esta empresa, resulta que se desgració por la muerte de M. de la Sale. Lo que evitó que fuese anulada de pronto completamente, fue que su

muerte estuvo oculta por dos años, al cabo de los cuales, *informados los españoles de México de todo el asunto, enviáron tropas que arrojáron la débil guarnicion que M. de la Sale habia dejado en el fuerte, que construyó en el lugar de su desembarco, ántes de marchar por tierra á buscar el Missicipi.* Arruináron tan completamente el fuerte, que se pasáron siete ó ocho años, ántes de que M. Hiberville, gentil hombre canadiense, hombre de espíritu y de valor, famoso por sus bellas expediciones en la bahía de Hudson y en otras partes, resolviese renovar y resucitar el proyecto. Vino á Francia en en el año de 698, é hizo un armamento con el que partió para el golfo de México. Como era buen navegante recorrió las costas con tan buen acierto, que encontró el fatal desembocadero del *Missicipi*, construyó allí un fuerte y dejó gente bien municionada, regresándose á Francia con la mira de conducir socorros. Hecho esto, penetró al interior, reconoció muchas naciones salvajes con las que hizo alianza y amistad: construyó otro fuerte que abasteció tambien de guarnicion y se pasó á Francia. Habiendo intentado otro viaje, murió en el camino; la falta de auxilios y de apoyo hizo, que aquella hermosa empresa se frustrase una vez mas.

Pero la bondad divina ha suscitado un hombre el mas propio para llevar al cabo la empresa. Este es M. Crozat, secretario del rey, quien por letras patentes de 14 de Setiembre de 1712 le ha concedido el comercio exclusivo y el establecimiento de colonias, por el tiempo de quince años, en el rio *Missicipi*, que se llamará en lo sucesivo rio de S. Luis. ¡Quiera el cielo que nuestras esperanzas se cumplan!

FIN.


LIBRARY OF CONGRESS
0 017 374 469 9